BREVE HISTORIA de...

CLEOPATRA

Miguel Ángel Novillo López



Una reina entre dos mundos. Descubra la intensa y esclarecedora historia de esta ambiciosa mujer de extraordinaria inteligencia y belleza que cautivó a hombres de la talla de Julio César y Marco Antonio para salvar la independencia de Egipto y su propio poder

nowtilus saber

Breve historia de Cleopatra

Breve historia de Cleopatra

Miguel Ángel Novillo López



Colección: Breve Historia
www.brevehistoria.com

Título: Breve historia de Cleopatra
Autor: © Miguel Ángel Novillo López
Director de la colección: José Luis ibáñez Salas

Copyright de la presente edición: © 2012 Ediciones Nowtilus, S.L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Responsable editorial: Isabel López-Ayllón Martínez

ISBN edición impresa: 978-84-9967-438-4
ISBN impresión bajo demanda: 978-84-9967-439-1
ISBN edición digital: 978-84-9967-440-7
Fecha de edición: Enero 2013

Maquetación: www.taskforsome.com

A mi familia porque siempre está

Prólogo

El nombre de Cleopatra evoca inmediatamente un mito relacionado con el exotismo de Oriente y los excesos del poder femenino. Con frecuencia, se olvida que descendía de uno de los generales de Alejandro Magno, Ptolomeo Lagos, y que fue la reina de un estado que albergó uno de los centros culturales más importantes del Mediterráneo antiguo. Raras veces se ha valorado su labor como gobernante, pero sí episodios amorosos que forjaron su leyenda de ser apasionado, tanto en sus relaciones con los hombres como en la toma de decisiones políticas. Con estos rasgos se presenta su biografía, impregnada de leyendas que no resulta fácil desmontar. De manera especial, han sido artistas los que han utilizado los datos de la vida de esta mujer egipcia para realizar sus creaciones literarias, pictóricas, operísticas o cinematográficas, en las que predomina la imagen de una mujer atractiva, seductora y sensual, evidentemente cargada de prejuicios misóginos.

Por el contexto histórico en el que transcurrió su existencia, que coincidió con un momento crucial en la historia del Mediterráneo antiguo, los historiadores han intentado descubrir la realidad que esconde el mito de la última reina ptolemaica. Sin embargo, al igual que ocurrió con los artistas, en la mayoría de las investigaciones académicas se observa la repetición de juicios, impregnados de cierta animadversión hacia el personaje, porque en el fondo también existe sobre Oriente y el poder en manos femeninas. Tales percepciones han pervivido en la historiografía hasta hace no mucho tiempo, si bien las investigaciones de las últimas dos décadas han intentado una aproximación más objetiva a la biografía de la reina. Los estudios sobre mujeres y género, en este sentido, han ejercido una notable influencia en las nuevas interpretaciones sobre la representación del personaje y los discursos construidos sobre su biografía, en el presente y en el pasado.

Con el afán de difundir el conocimiento de la biografía de este atractivo mito, que sigue fascinando a los especialistas en historia antigua, a los artistas y también al gran público, Miguel Ángel Novillo ha elaborado la presente obra. Como especialista en el estudio de la sociedad romana antigua, conoce bien el contexto de la época y las fuentes, sobre todo las aportaciones de la literatura grecolatina. A partir de las informaciones de los autores antiguos, también de otros testimonios numismáticos o iconográficos y de las aportaciones de investigadores contemporáneos, el autor

construye su relato de la vida de la reina, marcada por sus relaciones con los romanos del momento, que al final la condujeron a un destino trágico.

El libro comienza con unas reflexiones sobre el mito de Cleopatra a través del tiempo, de gran utilidad para familiarizarse con los orígenes y persistencia de las leyendas en torno a la reina egipcia. En *Las mil caras de Cleopatra,* el autor hace un breve recorrido por la historia de la literatura, también del cine y la ópera, para mostrar hasta qué punto interesó el personaje, el más biografiado de la Antigüedad. Aquí se encontrarán datos curiosos sobre las recreaciones fílmicas de la mítica ptolemaica.

A continuación, para conocer bien el reino que heredó Cleopatra, se dedican dos capítulos a explicar la importancia de la dinastía ptolemaica y el caso de Alejandría. A propósito de los ptolomeos, se cuenta con detalle el origen de la dinastía, aludiendo a las etapas precedentes a la conquista alejandrina, y desfilan los diferentes faraones de esta familia y sus luchas por el poder. En el caso de la ciudad fundada por Alejandro Magno, se proporciona una descripción detallada de sus edificios y calles, destacando sus características de ciudad griega en territorio egipcio. Del papel de la Biblioteca o el Museo, que tanto enorgullecían a la reina, se hacen notables comentarios.

Tras esta introducción al Egipto de la época, los siguientes capítulos se adentran ya propiamente en la biografía de la reina, siguiendo un hilo cronológico, y destacan la progresiva presencia de los personajes romanos, de Pompeyo a Octavio. En «Cleopatra VII», se explica cómo Ptolomeo XII Auletes nombró sucesores a Cleopatra, a quien había preparado para reinar, y a otro de sus hijos, Ptolomeo XIII; también se alude a las difíciles relaciones entre los hermanos, que condujeron a un enfrentamiento armado. En este conflicto, intervino César, mediando en lo que se llamó la guerra de Alejandría, aunque tomó partido finalmente por Cleopatra. Gracias a la ayuda del dictador romano, la reina ptolemaica se desembarazó de su hermano y empezó a dirigir los destinos de Egipto. Con el apoyo romano, tenía garantías de controlar el reino.

A partir del capítulo «Julio César y Cleopatra», se empieza a narrar el reinado de la última ptolemaica, teniendo en cuenta las relaciones con Roma y su repercusión en la vida de la reina y en el país del Nilo. De las relaciones con el dictador, se describe el viaje de la gobernante egipcia a Roma y el nacimiento de Cesarión, el primogénito de la reina y único hijo que tuvo el romano, tras morir su hija Julia; con detalle, se explica la política cesariana en tierras egipcias y la renuncia a una conquista militar en ese momento. Tras la muerte del antiguo triunviro, la persecución de los cesaricidas y la nueva guerra civil que asola la sociedad romana se describen con detalle, apareciendo Cleopatra como simple espectadora de los acontecimientos.

La presencia en Egipto del lugarteniente de César nos introduce en «Marco Antonio y Cleopatra». Junto a su relación amorosa, se refieren los intereses políticos que presidían esta unión, que condujeron al enfrentamiento con Augusto. Las «Donaciones de Alejandría» serían el motivo de la ruptura definitiva de la alianza entre los romanos y el desencadenante de una nueva guerra civil, que en Roma se presentó como un conflicto contra Cleopatra y Egipto. En la propaganda octaviana se desprestigió a Marco Antonio por su filoorientalismo y los hijos habidos con Cleopatra, pero, ante todo, se temía que se hubiera reconocido a Cesarión como legítimo heredero de César, lo que ponía en peligro el papel de Octavio en Occidente. De ahí la guerra inevitable, que se dirimió en Accio, con

el estrepitoso fracaso del bando egipcio. El nuevo dueño del Mediterráneo, de haber podido, hubiese impuesto un final deshonroso a la reina, que se dio muerte para evitar humillaciones impensables en un monarca del Nilo. Con su preparado y espectacular suicidio finaliza la obra, seguida de un breve epílogo, donde se hacen consideraciones sobre la necesidad de analizar con cautela las informaciones de la historiografía grecolatina, e incluso una propuesta de historia virtual. El autor plantea qué hubiera pasado en la historia del Mediterráneo si Cleopatra hubiese conseguido reinar.

Junto a los textos que nos ilustran sobre la vida de la reina, son muy interesantes las imágenes de Cleopatra en la historia de la pintura de Occidente, que se intercalan en las diferentes páginas del libro. Se trata de representaciones de marcado erotismo, o de una exagerada exhibición del lujo que pareció presidir la vida de esta ptolemaica.

Esta obra pretende ser un acercamiento a la biografía de Cleopatra, en la que el autor se ha dejado seducir por la poderosa e intemporal imagen de la reina. Por ello, al margen de narrar otros acontecimientos de su existencia, Miguel Ángel Novillo no se sustrae del todo a los episodios amorosos que se han utilizado para crear el mito de mujer apasionada y seductora. Así la presenta cuando se da a conocer ante César y tiempo después ante Marco Antonio. Tampoco se desdeñan apreciaciones sobre su ambición y su afán de poder, afirmando que, por ello, llegó a desembarazarse de su segundo hermano, Ptolomeo XIV. Esta serie de elementos inexcusablemente se introducen siempre en las innumerables biografías sobre la reina, porque con profusión se encuentran en los relatos de la literatura antigua, reproducidos por la historiografía moderna. Con seguridad, son este tipo de elementos asociados a la vida de la reina que proporcionan detalles de cierta morbosidad los que sigue haciéndola tan atractiva.

En realidad, cuando se intenta elaborar la biografía de un personaje mítico, que todo el mundo pretende conocer, no es fácil convencer de tu versión del mito. En el caso de esta reina, como afirma Miguel Ángel Novillo, «cada uno de nosotros, ineludiblemente, será el directo responsable de construir su propia Cleopatra». Como autor de esta obra ha recreado una imagen de la ptolemaica como una mujer activamente involucrada en los asuntos políticos, de Oriente y Occidente, e interesada en convertir Egipto en el estado director de los destinos del Mediterráneo. Se nos presenta como un personaje ávido de poder que se relacionó con César y Marco Antonio por intereses políticos, pero sin marginar las armas de la seducción femenina para lograr el apoyo romano a su labor como reina de Egipto. Así aparece el personaje en la literatura grecolatina, y la imagen de Cleopatra sigue aferrada a la pasión erótica y el ansia de poder, porque se trata de la construcción de una imagen realizada por romanos y desde la defensa de valores culturales propios de Occidente. El hecho de que el autor sea experto en la historia política del momento, habiendo realizado interesantes aportaciones sobre personajes como César, entre otros, ha marcado el planteamiento de esta obra, que proporciona notable y concisa información sobre la sociedad romana de la época, en la que el modelo republicano se desvanecía irremediablemente.

Pero, recordando las afirmaciones del autor, son posibles otros acercamientos cuando intentamos averiguar qué se esconde detrás del mito. Sin duda, la vida de Cleopatra es también muy atractiva si la contemplamos desde la perspectiva de Egipto y no con miradas sólo occidentales. En este sentido, merece la pena juzgar su labor como gobernante, al margen de que fuese mujer, porque las dosis de

ambición también están presentes en los políticos varones de su tiempo. Igualmente conviene matizar y reflexionar sobre el uso de las armas de la seducción como las únicas que podía utilizar para granjearse el apoyo político de los líderes romanos; esta valoración, en el fondo, parece indicar la debilidad masculina ante el poder de las artes eróticas de algunas mujeres. El hecho de su suicidio, sin duda espectacular, muestra más que cualquier otro acto de su biografía que ante todo era reina, evidenciando un gran valor además de inteligencia en sus decisiones políticas, lo que chocaría con la imagen de mujer apasionada.

A partir de los datos que proporciona esta obra, el lector podrá compartir las miradas del autor, o quizá pensar en otras posibles versiones del mito. Por mi parte, comparto con Miguel Ángel Novillo la fascinación por la biografía de un personaje, sobre el que se ha escrito y merece la pena seguir escribiendo, para disfrute del gran público y para enriquecer nuestro conocimiento sobre la convulsa historia del Mediterráneo. Pero prefiero pensar en Cleopatra como la reina que recogió la herencia greco-macedonia para gobernar Egipto, mostrando notables habilidades en su labor política, que se han intentando minimizar al exagerar con notable maledicencia sus actitudes de ser sensual. Probablemente, si Cleopatra no hubiese disfrutado realmente de parcelas de poder, ni hubiera reinado en Egipto, se hubieran contado otras historias sobre su vida. La que nos ofrece el autor se suma a esa lista de recreaciones del mito, porque otra cosa no puede hacerse con esa legendaria reina, y debemos congratularnos de que pueda contribuir a suscitar el interés por Cleopatra y Egipto, pero también por conocer la sociedad antigua.

Rosa María Cid López
Grupo Deméter. Historia, Mujeres y Género
Universidad de Oviedo

Introducción

Las mil caras de Cleopatra

En la historia del mundo occidental pocas figuras femeninas han sido tan relevantes y significativas como la última reina del Egipto ptolemaico, Cleopatra VII Nea Thea Philopator ('la que ama a su patria'). Vivió hace más de dos mil años y aún hoy sigue siendo tremendamente popular. Fue odiada como paradigma de la irrupción de lo oriental y como corruptora de los varones más ilustres de Roma y, sin embargo, nunca dejó de provocar fascinación. Desde el momento de su muerte el 12 de agosto del 30 a. C., se convirtió en el símbolo del poder femenino y de la pasión amorosa. Personificó la riqueza de Egipto, del Nilo y de Alejandría, y en todo momento su persona estuvo vinculada a los hombres más celebres de su tiempo. Las relaciones personales que mantuvo con Julio César y con Marco Antonio respondieron, en realidad, a razones de índole política con el único fin de preservar la independencia del reino que ella gobernaba. Identificada con la seducción, la pasión, el placer, la frivolidad y la manipulación, estas cualidades han dejado en un segundo plano otras importantes facetas como la posesión de una amplia y rica cultura –se afirma que hablaba hasta ocho lenguas, entre ellas el griego, el egipcio (la primera de los lágidas en aprenderlo), el arameo y el latín; leyó y estudió las epopeyas de Homero, las obras de Hesíodo y de Píndaro, las tragedias de Eurípides, las comedias de Menandro, las historias de Heródoto y de Tucídides, y los discursos de Demóstenes; estudió aritmética, geometría, medicina, música y canto–, sus dotes como soberana y estadista y su notable capacidad como madre.



Cleopatra, dibujo de Giulio Clovio (1498-1578) tomado de Rafael, Museo del Louvre, París.

Pero más allá de las historias que la han convertido en un mito, ¿quién fue en realidad Cleopatra y cuál fue la razón de su éxito?

Mujer extraordinaria, poderosa y extravagante en la que se conjugaron la belleza, la inteligencia y el poder, y que alcanzó la inmortalidad no como diosa sino como mujer, la leyenda de Cleopatra sirvió de inspiración a varios historiadores, exploradores, poetas, dramaturgos, músicos, cineastas y pintores. Multitud de dramas, tragedias, comedias y musicales están basados en su vida. Su historia de amor fue adaptada a la ópera –estrenada en Londres en 1724, sería la ópera de Haendel *Julio César en Egipto* la pieza que tuvo mayor repercusión– y también ha sido la protagonista de numerosas novelas y producciones cinematográficas. Asimismo, diversos pintores de todos los tiempos se han inspirado en dos momentos decisivos de su vida: el encuentro con Marco Antonio en Tarso, sobre todo a partir del siglo XIX, y su suicidio. De todas las mujeres de la Historia, Cleopatra es la que más se ha prestado a una intensa erotización en la representación de su muerte.

Son múltiples los obstáculos que el historiador ha de superar para reconstruir fidedignamente la vida y obra de una mujer tan singular como Cleopatra. Tanto ella como su contexto ofrecen dificultades abrumadoras para cualquiera que quiera adentrarse en su conocimiento, y son innumerables los estudios y las investigaciones existentes: hay muchas más fuentes de información que las puramente literarias, pues no sólo son las fuentes escritas las que nos aportan información sobre Cleopatra, y es que para poder alcanzar la reconstrucción más completa y veraz sobre su

persona se hace necesario recurrir a fuentes de índole arqueológica, epigráfica, paleográfica, numismática, topográfica y prosopográfica. Tal volumen de títulos permitiría suponer que ya está dicho todo sobre ella y su época, pero sin embargo tan sólo existe una multiplicidad de visiones históricas que han configurado diversas interpretaciones de un mismo personaje, hasta el punto de que puede afirmarse que cada época ha contado con su propia Cleopatra.



Varios artistas reflejaron en sus pinturas la vida de dispendios y excesos, así como la conducta extravagante y frívola de Cleopatra. En la imagen, *El banquete de Cleopatra*, Jacob Jordaens, 1653. Museo del Hermitage, Rusia.

Las fuentes rigurosamente contemporáneas al reinado de Cleopatra son escasas y muy sucintas, pues Julio César (100-44 a. C.) y Cicerón (106-43 a. C.) no aportan ningún detalle de los acontecimientos –únicamente se conserva una carta en la que Cicerón se refiere a la primera estancia de Cleopatra en Roma en el otoño del 46 a. C.–. Además, hay que tener presente que Cicerón, defensor a ultranza del orden establecido, marcó el inicio de una campaña difamatoria contra Cleopatra al no tolerar la concepción del poder dinástico del Egipto ptolemaico.

Habría que esperar a la conclusión del conflicto entre Marco Antonio y Octavio y a la consolidación del principado de este para encontrar fuentes de información más amplias aunque, no obstante, profundamente propagandísticas y literarias, como las de Virgilio (70-19 a. C.), Horacio

(65-8 a. C.), Propercio (47-15 a. C.), Plinio el Viejo (23-79), Lucano (39-65) o Flavio Josefo (38-101), quienes se encargaron de que Cleopatra pasara a la historia como «la reina de las meretrices» –Lucano dijo de ella que era «la vergüenza del Nilo, la fatal Erinia del Lacio, impúdica para desgracia de Roma»;Flavio Josefo nunca le perdonó que, en un momento crítico de escasez de trigo en Egipto, ordenara el reparto entre la población excluyendo específicamente a la colonia judía de Alejandría–. Esta misma actitud se detecta igualmente en autores posteriores como Suetonio (70-126), Apiano (95-165) o Aulo Gelio (170), claros defensores del orden establecido. Por consiguiente, la imagen y el papel de Cleopatra como reina de Egipto desaparecen de las fuentes de época augustea para dar lugar al nacimiento del estereotipo de fémina ambiciosa y calculadora. Sólo Estrabón (64 a. C.-24) escapó ligeramente de esta corriente y puso de manifiesto la sofisticación y el centralismo cultural de Alejandría.

Las *Vidas paralelas* de Plutarco (46-120), autor que en el momento de abordar a Cleopatra se sirvió de Olimpo, el médico personal de la reina, constituyen una amplia fuente que, si bien continuó en parte la tradición peyorativa imperante en el siglo I, otorgó algunos rasgos positivos al carácter de nuestro personaje. Además, con Plutarco se comenzó a configurar el mito amoroso de Cleopatra, por lo que es posible afirmar que la Cleopatra que pasó a William Shakespeare (1564-1616) y a la cultura occidental estaba ya muy desarrollada en los escritos plutarqueos. El siglo II marcó, por ende, la «romantización» en la Antigüedad de la figura de Cleopatra. Es decir, la imagen de Cleopatra como gobernante se fue difuminando cada vez más a medida que triunfaba el aspecto personal de sus apasionadas relaciones amorosas.

Con respecto a las fuentes más tardías, la *Historia Augusta* sugiere claramente una gran mitificación de Cleopatra, y las fuentes de finales del siglo III y del siglo IV son muy poco conocidas y nulamente utilizadas en el desarrollo del mito.

Tan sólo Plutarco y Dion Casio (155-229) prescindieron de los prejuicios sobre la reina egipcia, si bien es cierto que continuaron recreándose en sus relaciones amorosas y en su origen extranjero. Curiosamente es Plutarco, a través de las *Vidas* de Julio César y, sobre todo, de Marco Antonio, el autor que más información nos ha legado sobre Cleopatra. En este sentido, el autor de Queronea dejó la única descripción física de la reina que se conserva, descripción que no puede ser cotejada plenamente con las imágenes, ya que existen muy pocas esculturas con veracidad atribuidas a ella –el probable mestizaje greco-egipcio de Cleopatra llevó a los artistas de la época a realizar dos representaciones suyas, de idéntica simbología, en versión helenizante y en versión egiptizante–. Las imágenes más seguras que podemos atribuir a Cleopatra son tres bustos: el que se encuentra en el Antikenmuseum de Berlín, el presente en el Museo Gregoriano Profano del Vaticano y el que se encuentra en una colección particular de Londres, comúnmente conocido como Cleopatra Nahman.

Como paradigma de la mujer cautivadora, se supuso que era perfecta hasta que los últimos descubrimientos numismáticos y, en parte, escultóricos han permitido demostrar que su rostro no se ajustaba ni a los cánones de la belleza clásicos ni tampoco a los egipcios. Pese a todo, Dion Casio afirmó que Cleopatra era de una excelente belleza, lo que la convertía en una irresistible seductora: «era espléndida de ver y de escuchar, tenía el poder de conquistar los corazones más reacios al amor e incluso aquellos a los que la edad había enfriado». Plutarco, por su parte, matizó más: «su belleza no

era tanta que deslumbrase o que dejase suspensos a los que la veían; sin embargo, su trato poseía un atractivo irresistible y sus palabras eran tan amables que era imposible no quedar prendado».

Al parecer, Cleopatra cuidó mucho su imagen y otorgó gran importancia a sus apariciones públicas. Los autores grecorromanos no nos ofrecen una información específica y detallada sobre su aspecto físico y, en todo caso, las efigies de la reina que aparecen en las monedas nos sugieren un tipo mediterráneo oriental, por lo cual es más que razonable deducir que Cleopatra era morena y tenía la tez de la piel de color oliváceo claro.

Una moneda de cobre descubierta en 2007, en Alejandría, muestra a una Cleopatra en su juventud, luciendo la diadema de la monarquía, y con el cabello recogido en un moño. Sin duda, era de estatura pequeña. El aspecto general de sus facciones denota pulcritud y delicadeza, y sus ojos son grandes. La famosa nariz de la faraona no es tan larga, pero desde luego puede considerarse más semítica que griega clásica. Su boca es bastante amplia con labios bien dibujados. Su barbilla resulta prominente, pero no en exceso. En conclusión, la impresión de conjunto que se extrae de esta moneda es la de la mujer, si no hermosa, por lo menos de buen ver que tan famosa la hizo: a pesar de la leyenda, la belleza de Cleopatra no debió ser tan espectacular, pues al mismo tiempo se resaltó la superioridad de la belleza de Octavia, esposa de Marco Antonio.





En las monedas no parece apreciarse su supuesta belleza, sino el excesivo tamaño de su nariz, e incluso su forma ganchuda. En la imagen, moneda de ochenta dracmas emitida por Cleopatra en la ceca de Alejandría, entre los años 51-31 a. C.

A pesar de haber sido objeto de numerosas recreaciones literarias y artísticas, su vida y obra han sufrido constantes tergiversaciones que, como señala Rosa María Cid López, profesora titular de Historia Antigua en la Universidad de Oviedo y prologuista de este libro, se detectan igualmente en varias investigaciones históricas, teóricamente más rigurosas en la interpretación de los hechos. En este sentido, y como puso de manifiesto el clasicista y numismático inglés Michael Grant en su obra

Cleopatra, no sobra decir que tal vez sea el personaje más adulterado de la Antigüedad, pues relatar su vida comportó el riesgo de hablar más de otros personajes de su tiempo que de ella misma.

Tras los autores de época clásica, entre la Edad Media y el siglo XIX se pasó de la mujer de mala vida, codiciosa, cruel y lasciva al arquetipo mismo de la mujer ideal. Dante Alighieri (1265-1321) y Giovanni Boccaccio (1313-1375) presentaron a una reina de Egipto muy sensual que sentó las bases del futuro tratamiento que Cleopatra tuvo ente los siglos XIV y XVI con autores como Leonardo Bruni (1370-1444), Isabel de Villena (1430-1490) o Juan Luis Vives (1492-1540). En *De mulieribus claris,* Boccacio es uno de los primeros autores en presentarla como una mujer segura de sí misma y como una gran reina y estadista. Poco después, Geoffrey Chaucer (1342-1400) inició en Inglaterra con *La leyenda de la buena mujer* una corriente de simpatía hacia Cleopatra despojándola de ese carácter malévolo que transmitían las fuentes posteriores a Augusto, lo que harán igualmente siglos más tarde dramaturgos como Pierre de Bourdeille (1540-1614), Pierre Corneille (1606-1684), Alexander Pushkin (1799-1837) o José Zorrilla (1817-1893).

En época moderna, la producción historiográfica se caracteriza por el empleo de manera acrítica de la información aportada por los autores grecorromanos a la hora de reconstruir la época y la vida de Cleopatra. Probablemente, el punto de partida de la leyenda de Cleopatra ha de situarse en William Shakespeare y su célebre tragedia *Marco Antonio y Cleopatra,* estrenada en 1607, en la que el autor inglés se sirvió para su elaboración de las biografías que sobre Julio César y Marco Antonio escribiera muchos siglos antes Plutarco, quien, como hemos señalado, parecía describir más a una prostituta que a una reina. La obra de Shakespeare, que convirtió a Cleopatra en una de las grandes figuras post-románticas de Occidente, inspiró a autores de la talla de John Dryden (1631-1700), Victorien Sardou (1831-1908), George Bernard Shaw (1856-1950) o a varios autores alemanes del movimiento literario del *Sturm und Drang*.

En el siglo XIX, aparecieron las primeras biografías propiamente históricas sobre Cleopatra. En esta línea, si en 1838 la obra de Théophile Gauthier *Una noche de Cleopatra* presentaba a la reina del Egipto ptolemaico como una mujer promiscua, ya en el siglo XX *César y Cleopatra* (1901), de Georges Bernard Shaw, o *No digas que fue un sueño* (1986), de Terenci Moix, recrean a una joven caracterizada por una amplia y rica cultura, la inocencia y la pasión. Asimismo, desde finales del siglo XIX Cleopatra también ha sido protagonista de la novela de aventuras, como queda patente en el libro de Henry Rider Haggard *Cleopatra* (1889), en la que la figura de la reina de Egipto cede ante el halo fatídico de «mujer fatal». Finalmente, el conjunto de publicaciones se completa con los numerosos trabajos de los últimos años que, como indica Rosa María Cid López, son más próximas a la novela histórica que a los trabajos de investigación, en las que se aborda fundamentalmente la psicología del personaje.

Por otro lado, y como hemos apuntado anteriormente, es necesario señalar que Cleopatra representa el personaje femenino de la Antigüedad que ha inspirado mayor número de producciones cinematográficas, las cuales, de hecho, han ido creando y transformando la imagen y la leyenda de la reina del Nilo. Como apunta la escritora británica Lucy Hughes-Hallet, el libro de Shakespeare sirvió de base a numerosas recreaciones cinematográficas, un número muy significativo pertenecientes al cine mudo, como la realizada en 1899 por Georges Méliès: *Cleopatra*. Sin duda, entre las películas

más significativas que han permitido a muchos tener una primera imagen, real o ficticia, de cómo fue la reina del Nilo y el mundo que la rodeó, destaca la realizada por Joseph L. Mankiewicz, *Cleopatra*, estrenada en 1963 y protagonizada por Elizabeth Taylor, mujer cuya vida guardó ciertos paralelismos con la de la reina de Egipto.

Director	Título	Año
G. Méliès	*Cleopatra*	1899
Vitagraph Company	*Antonio y Cleopatra*	1908
Ch. Gaskil	*Cleopatra*	1912
E. Guazzoni	*Marco Antonio y Cleopatra*	1913
J. Gordon Edward	*Cleopatra*	1917
C. B. DeMille	*Cleopatra*	1934
G. Pascula	*César y Cleopatra*	1945
R. Gavaldón	*La vida íntima de Marco Antonio y Cleopatra*	1946
W. Castle	*La serpiente del Nilo*	1953
M. Mattoli	*Las noches de Cleopatra*	1953
K. Browning	*César y Cleopatra*	1956
V. Cottafavi	*Las legiones de Cleopatra*	1960
P. Pierotti y V. Tourjanski	*Una reina para César*	1962
J. L. Mankiewicz	*Cleopatra*	1963
F. Cerchio	*Cleopatra*	1963
G. Thomas	*Cuidado con Cleopatra*	1964
F. Baldi	*La batalla de Roma*	1964
R. Goscinny y A. Uderzo	*Cleopatra*	1968
Ch. Heston	*Marco Antonio y Cleopatra*	1972
A. Chabat	*Astérix y Obélix: misión Cleopatra*	2002

1

La dinastía ptolemaica

Tras la caída del Imperio asirio en el año 612 a. C., Egipto ejerció de nuevo un papel fundamental en el recién instaurado equilibrio geopolítico de la región. Con la dinastía saíta (664-525 a. C.) –denominada así por tener su capital en Sais– Egipto conoció la última época de esplendor en la que dominó a sus rivales y promovió grandes empresas expedicionarias y constructoras, como la apertura de un gran canal entre el Nilo y el mar Rojo. El último rey de dicha dinastía fue Psamético III, que subió al trono en el año 526 a. C., tras la muerte de Amasis (570-526 a. C.). No obstante, Psamético III tan sólo estuvo en el poder durante un año, ya que en el 525 a. C. el rey persa Cambises II (528-521 a. C.), tras derrotarlo en la batalla de Pelusio, en el extremo nordeste del delta del Nilo, se apoderó de sus tierras convirtiéndolas en una nueva provincia del Imperio persa. Acto seguido, y bajo la dominación persa, Egipto entró de lleno en la XXVII dinastía (525-404 a. C.).

Pese a lo que pudiera parecer, los soberanos persas se mantuvieron respetuosos con las tradiciones egipcias. Sin embargo, durante las dinastías XXVIII (404-399 a. C.) y XXIX (399-378 a. C.), en Egipto se produjeron numerosos levantamientos contra la ocupación extranjera, que dieron origen al corto, pero a la vez próspero, periodo de la XXX dinastía (378-342 a. C.), con los últimos faraones propiamente egipcios, Nectánebo I (378-361 a. C.), quien reformó la legislación, restauró los principales templos de Egipto y reanudó las relaciones comerciales con Grecia y Oriente, y Nectánebo II (359-353 a. C.), que contó con el apoyo del pueblo espartano para lograr todos sus propósitos.

Tras la reconquista de Egipto por Artajerjes III en el 343 a. C., Egipto cayó por segunda vez bajo la dominación persa. El propio Artajerjes y sus sucesores, Arses y Darío III, no se autoproclamaron faraones, aunque sometieron a Egipto hasta el año 332 a. C., año en el que Alejandro Magno (356-323 a. C.), rey de Macedonia e hijo de Filipo II y de Olimpia, logró la victoria definitiva sobre los persas.

Los egipcios, que detestaban con todas sus fuerzas a los persas, acogieron efusivamente a Alejandro. En poco tiempo, el macedonio logró ocupar todo Egipto imponiendo una administración fiscal y militar de estilo griego sobre los órganos de poder egipcios. Como salvador y libertador del pueblo egipcio, se le concedió la corona de los dos reinos, esto es, del Alto y del Bajo Egipto, y fue nombrado faraón a fines del 332 a. C. en Menfis.



En este bajorrelieve procedente del complejo religioso de Karnak se representa a Alejandro Magno como faraón durante la entrega de ofrendas al dios Amón (finales del s. IV a. C.).

Dos acontecimientos significativos evidenciaron la presencia de Alejandro en Egipto: la fundación de Alejandría, la nueva capital, junto al delta del Nilo en el 331 a. C., y la visita al oasis de Siwa, en el desierto de Libia, para consultar el oráculo del dios Amón, que le reconoció como hijo

prometiéndole soberanía universal. De esta manera, la autoridad del macedonio sobre Egipto fue legitimada directamente por el mundo divino.

Los Ptolomeos

Con motivo de las nuevas campañas programadas por Alejandro en Oriente, en el año 331 a. C. el rey macedonio dejó en Egipto a un virrey que debía administrar el país en su nombre. Pero pocos años más tarde, en el verano del 323 a. C., mientras se encontraba en Babilonia preparando la expedición a Arabia, Alejandro murió, víctima muy probablemente de unas fiebres tremendas, a la temprana edad de treinta y tres años –se ha barajado asimismo la posibilidad de que fuese envenenado por los hijos de Antípatro, uno de los más ilustres generales macedonios de Filipo II–. Su cuerpo sería trasladado a Alejandría, donde se le daría sepultura.

Muerto Alejandro, sus generales se repartieron su inmenso imperio. Egipto fue asignado a Ptolomeo, el hijo de Lagos, uno de los más distinguidos generales que luchó junto al rey macedonio –de ahí que a la dinastía ptolemaica se la conozca también como dinastía «lágida»–, quien en un primer momento asumió las funciones propias de un virrey y ejerció el poder primero en nombre del hermano de Alejandro, Filipo Arrideo y, más tarde, de su hijo Alejandro IV.



En el 305 a. C., Ptolomeo se autoproclamó rey de Egipto iniciando un nuevo período en la historia de Egipto, el período helenístico. Busto marmóreo de Ptolomeo I Sóter (s. III a. C.). Museo del Louvre, París.

Sin embargo, en el año 305 a. C., se autoproclamó oficialmente soberano de un reino independiente con el nombre de Ptolomeo I «Sóter» –el Salvador– (322-282 a. C.). Como nuevo soberano de Egipto, logró un protectorado sobre numerosas islas griegas del mar Egeo y decidió consolidar y expandir sus dominios mediante lazos matrimoniales que garantizasen la paz con posibles enemigos. Asimismo, impulsó la organización económica y administrativa del país –introdujo la acuñación monetaria en Egipto–, restauró numerosos templos destruidos por los persas, estableció el culto al dios Serapis como divinidad sincrética greco-egipcia, procuró ofrecer una imagen de armonía dentro de la familia y mostró en todo momento benevolencia hacia sus súbditos. Sin embargo, con Ptolomeo I comenzó una fuerte división social entre greco-macedonios, egipcios y judíos que imperaría por el resto de los tiempos.



Serapis era una divinidad greco-egipcia a la que Ptolomeo I declaró deidad oficial de Egipto y de Grecia con objeto de vincular culturalmente a los dos pueblos. Estatua marmórea de Serapis. Copia romana del siglo II d. C. de un original griego del 320 a. C. Museo Pío-Clementino, Vaticano.

Los Ptolomeos procuraron en todo momento garantizar la sucesión pacífica del poder real de un miembro a otro mediante la asociación del soberano con el futuro sucesor del trono. Este fue el caso de Ptolomeo I, al asociar al trono a su hijo Ptolomeo II «Philadelphos» –'el que ama a su hermana'– (285-246 a. C.). Para dotar a la dinastía de mayor estabilidad se recurrió también al matrimonio entre parientes. El primer caso se produjo entre Ptolomeo II y su hermana Arsínoe II, una poderosa y ambiciosa mujer que logró que su hermano repudiara a su primera esposa, Arsínoe I, la hija de Lisímaco, uno de los principales generales de Alejandro. El reinado de Ptolomeo II fue un período de gran prosperidad gracias a sus dotes diplomáticas: fundó nuevas ciudades a lo largo del mar Rojo para facilitar las relaciones comerciales con India y Arabia, dotó a la economía y a la organización administrativa de una estricta planificación y de un nuevo sistema monetario con objeto de maximizar la producción, impulsó programas de irrigación, respetó la religión de sus súbditos, oficializó el culto dinástico, es decir, el culto religioso al rey en vida, ordenó la construcción del faro, del museo y de la biblioteca de Alejandría y organizó juegos en honor del fundador de la dinastía que llegarían a superar a los Juegos Olímpicos.



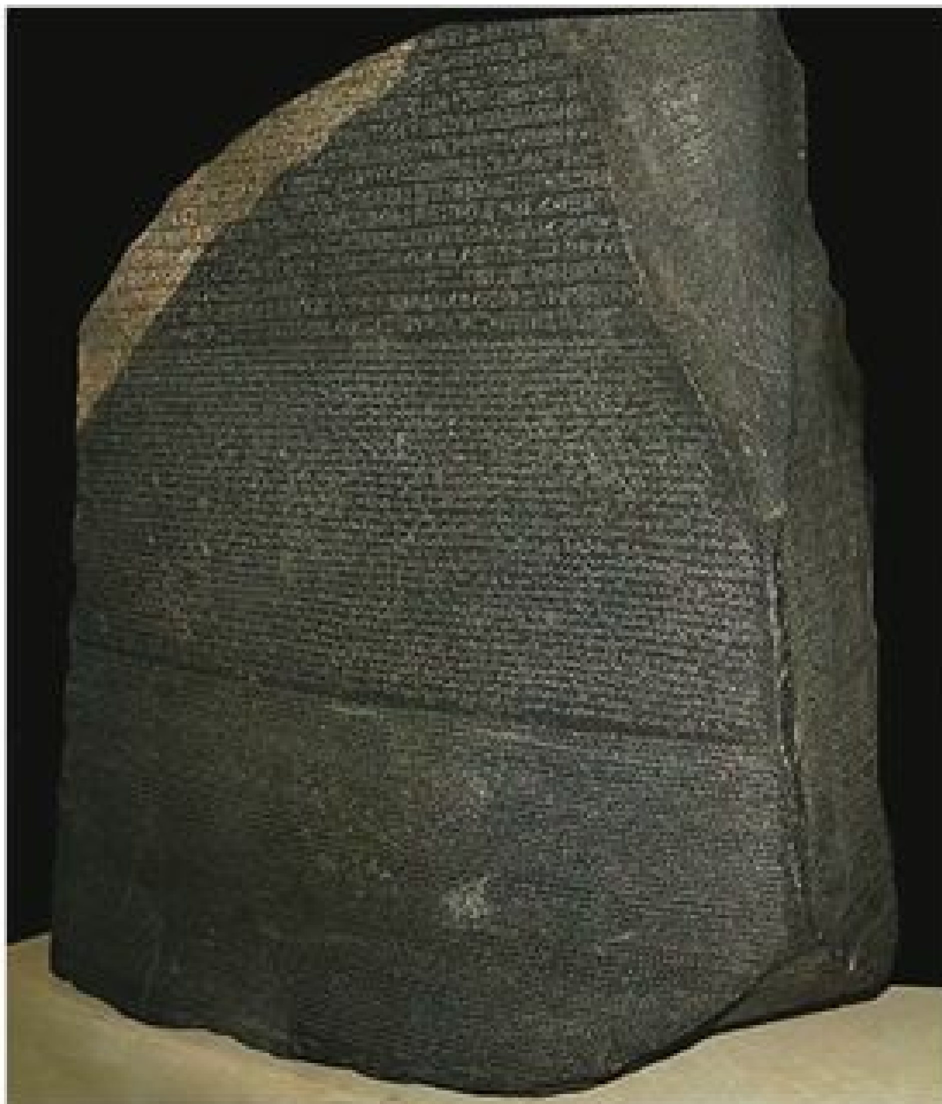
Ptolomeo II hizo de Alejandría el principal núcleo cultural del mundo antiguo con la famosa biblioteca. Bajorrelieve en el templo de File en el que se representa a Ptolomeo II dando ofrendas a la diosa Isis (primera mitad del s. III a. C.).

Durante los reinados de Ptolomeo III «Evergetes» –'el benefactor'– (246-221 a. C.) y de Ptolomeo IV «Philopator» –'el amante de su padre'– (221-204 a. C.), el hijo y el nieto de Ptolomeo II, respectivamente, se produjo un gran desarrollo cultural y se alcanzaron victorias militares y diplomáticas en Cirenaica y en Siria. No obstante, en el año 208 a. C. se sucedieron varias revueltas en Egipto, concretamente en la Tebaida, en el Alto Egipto, que no fueron sofocadas hasta el reinado de Ptolomeo V «Epiphanes» –'la manifestación del dios'– (204-180 a. C.). En este sentido, se perdieron definitivamente algunos territorios en Asia Menor, Palestina y el mar Egeo.

A comienzos del siglo III a. C., los Ptolomeos eran dueños de un inmenso imperio fruto de iniciativas diplomáticas y militares. Sin embargo, al final del mismo sus posesiones extraterritoriales quedaron limitadas simplemente a la isla de Chipre y a la ciudad de Cirene. Paralelamente, las intrigas y las rivalidades palaciegas fueron cada vez más frecuentes. Así las cosas, los cortesanos griegos Agatocles y Sosibio organizaron la sucesión de Ptolomeo V al trono tras haber asesinado en Alejandría a su madre Arsínoe III.

Durante el reinado de Ptolomeo VI «Philometor» –'el amante de su madre'– (180-145 a. C.), el soberano seleúcida Antíoco V, dueño de Siria, invadió Egipto en dos ocasiones. En el año 168 a. C., un emisario de Roma, Popilio Lenates, llegó a Egipto obligando a Antíoco a que abandonara el país del Nilo. El seleúcida no pudo hacer otra cosa más que obedecer. A partir de entonces, la

independencia del reinado de Ptolomeo VI dependía enteramente de la discreción y de la voluntad de Roma.



La coronación oficial de Ptolomeo V tuvo lugar en Menfis en el año 196 a. C. Con motivo de dicho evento, el clero egipcio publicó un decreto escrito en tres alfabetos –jeroglífico, demótico y griego– sobre una estela pétrea descubierta en 1799 y conocida como la Rosseta. Museo Británico, Londres.

Los años que transcurrieron entre los reinados de Ptolomeo VI y de Ptolomeo XI (88-80 a. C.), estuvieron marcados por una serie de conflictos entre hermanos enfrentados por el ejercicio del poder. El conflicto entre Ptolomeo VI y su hermano Ptolomeo VIII Evergetes II (145-116 a. C.) se saldó con el nombramiento de este último como soberano de Cirene. Acto seguido, Ptolomeo VIII, gracias a la intervención de Roma, consiguió convertirse en soberano de Egipto ordenando el asesinato del legítimo heredero al trono, Ptolomeo VII Neophilopator, hijo de Ptolomeo VI Philometor y de su hermana Cleopatra II.

Ptolomeo VIII Evergetes II (145-116 a. C.) mostró innegables facultades como hombre de Estado y político.

En el año 131 a. C., se produjo en Alejandría una revuelta instigada por Cleopatra II, y Ptolomeo VIII se vio forzado a abandonar Egipto, adonde únicamente volvió en el 127 a. C., tras reconquistar Alejandría. Paralelamente, Cleopatra II había huido a Siria pero volvería a Egipto en el 124 a. C.

Ptolomeo VIII tuvo dos hijos con su esposa, y a la vez sobrina, Cleopatra III: Ptolomeo IX Sóter II (116-107 a. C.) y Ptolomeo X Alexandros I (107-88 a. C.), quienes se enfrentaron por asumir el poder. El reinado de Cleopatra III y de Ptolomeo IX Sóter II comenzó con la muerte de Ptolomeo VIII en el año 116 a. C. Entonces, Cleopatra III expulsó a su hijo mayor del trono y lo sustituyó por su hijo menor Ptolomeo X, quien terminó asesinándola en el año 101 a. C. Acto seguido, Ptolomeo X gobernó junto a su esposa Berenice III, hija de Ptolomeo IX.

Fue Ptolomeo X quien llevó cabo un pacto ruinoso con Roma, mediante el cual legó Egipto como garantía de un préstamo, necesario para poder sufragar las costosas guerras civiles. A la muerte del rey en el 88 a. C., Ptolomeo IX recuperó el trono. Cuando falleció, estallaron nuevos conflictos. Ptolomeo XI Alexandros II (80 a. C.) llegó entonces al trono. Era hijo de Ptolomeo X y estaba protegido por el entonces dictador romano Lucio Cornelio Sila, quien le obligó a contraer matrimonio con su madrastra Berenice III. Sin embargo, este matrimonio acabó en tragedia porque en el 80 a. C. Berenice III murió asesinada por decisión de su esposo, que a los pocos días encontraría el mismo destino de manos de los alejandrinos enojados por sus actos. Se debe indicar que Ptolomeo XI dejó un testamento en el que permitía a Roma el derecho de anexionarse Egipto y Chipre en cualquier momento.

Finalmente, el trono fue ocupado por Ptolomeo XII Neos Dionisos (80-51 a. C.), conocido como «Auletes» –'el flautista'–, hijo de Ptolomeo IX y hermano de Berenice III. Las fuentes lo describen como un hombre débil amante de la música y del vino. Contrajo matrimonio con su hermana Cleopatra V, con la que tuvo dos hijas, Cleopatra VI y Berenice IV. La protagonista del libro que nos ocupa, Cleopatra VII, fue quizás la última hija de este matrimonio o nació del segundo matrimonio que Ptolomeo XII contrajo con una reina cuyo nombre se desconoce, pero de la que sí se sabe que tuvo tres descendientes: Arsínoe, Ptolomeo XIII y Ptolomeo XIV. Aunque el nombre de la madre de Cleopatra VII es desconocido, no existe ninguna duda de que era la hija de una reina, porque si hubiera sido ilegítima sería impensable que la propaganda romana contra la faraona egipcia no se hubiera hecho eco de este dato –como veremos más adelante, los escritores romanos, a pesar de no tratar bien a Cleopatra VII, no insinuaron en ningún momento que no fuera la legítima reina de Egipto.

Durante el reinado de Ptolomeo XII, imperó el descontento entre el pueblo egipcio por la subida constante de los impuestos, muchos de los cuales sirvieron para garantizar al soberano los medios necesarios para mantenerlo en el trono.



Ptolomeo XII era el hijo bastardo de Ptolomeo XI. Su reconocimiento como soberano legítimo de Egipto en el 59 a. C. se hizo posible gracias a los sobornos realizados a Pompeyo y a Julio César. No obstante, en dicho reconocimiento Roma no incluyó a Chipre, que se anexionó en el 58 a. C. ante la pasividad del rey egipcio. Consolidado como rey, fue famoso por su corrupción y maldad y por buscar en todo momento apoyos en Roma. Busto marmóreo de Ptolomeo XII (primera mitad del s. I a. C.). Museo del Louvre, París.

En el año 58 a. C. estalló una rebelión general y Ptolomeo XII no tuvo más remedio que buscar refugio en Roma. Al año siguiente, sus hijas Berenice IV y Cleopatra VI tomaron el poder como reinas de Egipto. No obstante, en el 55 a. C. Roma intervino en este convulso panorama restableciendo en el trono a Ptolomeo XII. Fue en este preciso momento cuando Ptolomeo XII asoció al trono a sus hijos Ptolomeo XIII y Cleopatra VII, que tuvieron que contraer matrimonio según la ley ptolemaica. A su muerte en el 51 a. C., su testamento fue depositado en Roma. Cneo Pompeyo, entonces triunviro junto con Marco Licinio Craso y Cayo Julio César, fue nombrado por el Senado tutor de Ptolomeo XIII a la vez que en Egipto los tutores del faraón decretaban la expulsión de Cleopatra VII, quien prefirió abandonar el país y marchar a Siria, donde comenzaría a formar su propio ejército.

2

Alejandría: una polis griega en el Egipto ptolemaico

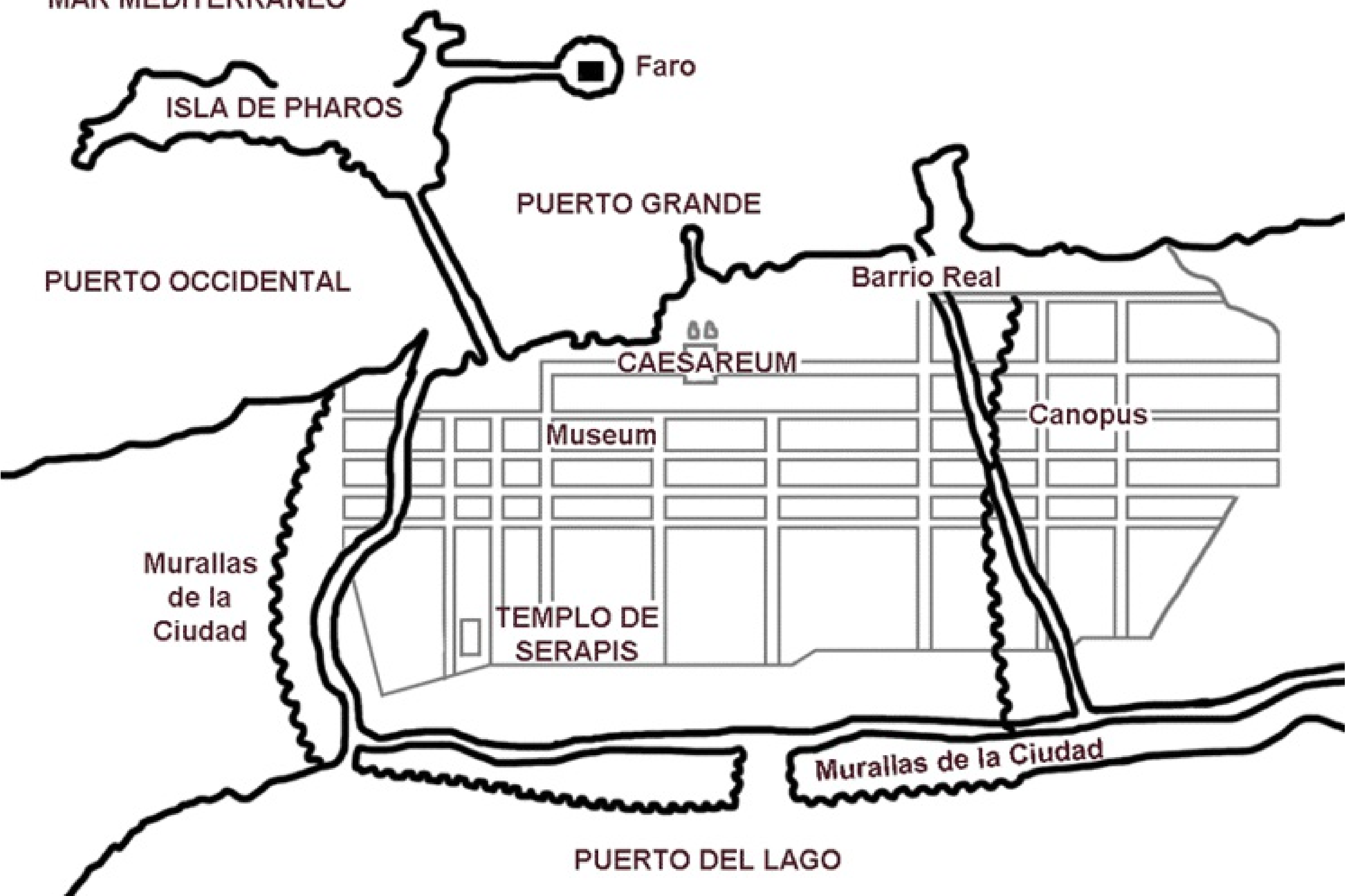
Según la tradición, Alejandría, la futura capital del Egipto ptolemaico, situada en un área muy productiva en el cruce entre Europa, Asia y África, fue fundada por el rey macedonio Alejandro Magno el 7 de abril del 331 a. C. En esta ocasión, y como a las otras setenta ciudades que fundó con anterioridad, el rey macedonio le asignó el nombre de «Alejandría». En *Vida de Alejandro,* Plutarco relata que la elección del emplazamiento en el que se iba a fundar Alejandría le llegó a Alejandro a través de un sueño en el que le visitó un venerable y anciano profeta que, citando un pasaje de Homero, poeta griego del siglo VIII a. C., señaló el lugar idóneo donde crear la nueva urbe. La ciudad se diseñó siguiendo el patrón urbanístico que se venía utilizando en Grecia desde el siglo V a. C., es decir, siguiendo la planta hipodámica. Dinócrates de Rodas, el arquitecto más importante a finales del siglo IV a. C., fue el encargado de realizar los planos. Como el resto de ciudades griegas, Alejandría contaría con una gran plaza central, es decir, el *agora,* y con una calle principal de treinta metros de anchura y seis kilómetros de largo que atravesaba la ciudad, con calles paralelas y perpendiculares, cruzándose siempre en ángulo recto. El geógrafo Estrabón, que visitó Alejandría entre los años 25 y 24 a. C., describe en su *Geografía* cómo fue realmente la ciudad. Gracias a sus estudios, es posible afirmar que en el área norte se encontraban el museo, los palacios reales, varios jardines, la tumba de Alejandro Magno y las de los primeros Ptolomeos, y que en el área sur se situaban algunos templos y edificios públicos.



Estrabón nos informa de que el Palacio Real, situado en el norte de Alejandría, concretamente en el promontorio de Lochias, ocupaba una tercera o cuarta parte de toda la ciudad. Se trataba de un palacio de tradición griega completamente decorado con mármol blanco y con un amplio jardín en el que existían numerosas y hermosas fuentes y estatuas. En la imagen, reconstrucción del Palacio Real de Alejandría.

El lugar exacto sobre el que el rey macedonio fundó Alejandría se llamaba Rhakotis, un pequeño poblado habitado por pescadores que con el tiempo se convertiría en uno de los barrios de la ciudad donde residiría mayoritariamente la comunidad egipcia.

La fundación del puerto de Alejandría hizo posible que Egipto pudiese contar con el puerto marítimo del que hasta entonces había carecido, pues a través de él los productos egipcios tendrían una fácil salida. Fundado por Alejandro Magno, el puerto se encontraba dispuesto a lo largo de una estrecha extensión de tierra entre el mar, al norte, y el lago Mareotis (hoy, lago Maryut), al sur, mirando a la isla de Faros, que estaba situada a poco más de un kilómetro y medio de distancia. La isla de Faros estaba unida a la costa por medio de un largo dique de mil quinientos metros de largo, llamado el Heptastadion (‘siete estadios’), que funcionaba también como un rompeolas creando de esta manera dos puertos separados: el Gran Puerto en el este y el Puerto del Buen Regreso en el oeste, que es el que continúa empleándose en la actualidad.


MAR MEDITERRÁNEO
Faro
ISLA DE PHAROS
PUERTO GRANDE
PUERTO OCCIDENTAL
Barrio Real
CAESAREUM
Canopus
Museum
Murallas de la Ciudad
TEMPLO DE SERAPIS
Murallas de la Ciudad
PUERTO DEL LAGO

Plano de Alejandría en la Antigüedad, según Jean Victor Duruy.

En tiempos de Cleopatra VII, Alejandría era la mayor ciudad del mundo antiguo, con una población muy densa y cosmopolita que, según el historiador griego del siglo I a. C. Diodoro Sículo, superó los trescientos mil residentes libres, a los que habría que sumar además más de setecientas mil personas que vivían en los suburbios. La gran mayoría de la población de Alejandría era griega o helenizada y residía en el centro de la ciudad. Por su parte, la población egipcia, que nunca llegó a concebir Alejandría como su auténtica capital al estar demasiado alejada de los venerables centros indígenas, se concentró fundamentalmente en la parte occidental, donde se encontraba el pequeño poblado de Rhakotis. Por otro lado, el área oriental de la ciudad estuvo ocupada durante el periodo de dominación romana por la importante y numerosa comunidad judía, que gozó de todos los derechos civiles pero mantuvo todas las prerrogativas concedidas anteriormente por los reyes persas constituyendo una comunidad políticamente independiente y autónoma, limitada únicamente por la subordinación a la administración ptolemaica y a la romana. Además, desde el principio del periodo ptolemaico, un gran número de emigrantes procedentes de diversas partes del Mediterráneo también llegaron a Alejandría atraídos por la riqueza y las oportunidades comerciales que proporcionaba la ciudad.



Alejandría funcionó como un gran mercado en el que se podían encontrar todo tipo de productos y en el que convivieron un importante número de marinos, comerciantes y artesanos. Las estatuillas de terracota fabricadas en Alejandría expresaban el gusto alejandrino por el realismo exagerado, lo grotesco e incluso lo deforme. En la imagen, estatuilla de terracota procedente de Alejandría. Museo de Alejandría, Egipto.

El faro

Una de las construcciones más relevantes de Alejandría fue sin lugar a dudas el faro, considerado una de las siete Maravillas del Mundo. Ubicado en el lado oriental de la isla de Faros, las obras comenzaron durante el reinado de Ptolomeo I y no fue inaugurado hasta el de su hijo Ptolomeo II, entre los años 280-279 a. C. Contaba con una compleja estructura formada por tres niveles distintos: el primero cuadrangular, el segundo octogonal y el tercero cilíndrico. La estructura alcanzaba los ciento veinte metros de altura y su cúspide estaba coronada por una estatua de Poseidón, el dios griego del mar. Dentro del faro había un fuego cuya luz podía ser proyectada fuera mediante enormes espejos, lo que hacía posible que pudiera ser vista a más de treinta kilómetros de distancia.

En la actualidad, es relativamente poco lo que se conoce del faro en los siglos que siguieron al periodo de dominación romana. No obstante, se sabe a ciencia cierta que fue víctima de varios terremotos y que, en el año 1477, sus restos fueron transformados en una fortaleza por orden del sultán Qait Bey. Asimismo, hemos de tener en consideración que la reducción de la costa provocó que más de una construcción desapareciera bajo el nivel del mar.



La influencia del faro de Alejandría continuó incluso después de su destrucción y, de hecho, el término «faro» fue adoptado por numerosos idiomas. Más aún, su forma se convirtió muy probablemente en el patrón de otros faros, minaretes y campanarios de todas las épocas. En la imagen, reverso de una moneda romana con la imagen del faro de Alejandría.

El Serapeion

Como se indicó en el capítulo anterior, los Ptolomeos establecieron un culto nacional hermanando creencias griegas y egipcias y levantaron en el suroeste de la ciudad un templo a Serapis, la divinidad oficial. Las excavaciones arqueológicas efectuadas en 1945 sacaron a la luz unas placas de mármol con el nombre de Ptolomeo III, lo que permite poder barajar la hipótesis de que dicho rey levantó, sobre el templo construido en tiempos de Ptolomeo I, uno mayor. Lo que sí es posible afirmar es que Ptolomeo III fue el responsable de construir en el Serapeion una biblioteca que funcionó como auxiliar de la gran biblioteca de Alejandría. Sobre el templo que construyó Ptolomeo III, en tiempos del emperador Claudio (41-54) se erigió uno fastuoso al que Amiano Marcelino (330-400) consideró una de las Maravillas del Mundo.



Entre los muchos templos que existieron en Alejandría, uno de los más significativos fue el Serapeion, un espléndido santuario construido sobre una colina y cubierto con un tejado dorado. En la imagen, reverso de una moneda egipcia del siglo I a. C. con la imagen del Serapeion de Alejandría.

El templo mantuvo su actividad durante siglos y fue muy frecuentado por todo tipo de peregrinos, hasta que en el año 391 el patriarca cristiano de Alejandría, Teófilo, arrasó el edificio en su deseo de acabar con los cultos paganos.

El Caesareion

Dedicado al emperador Augusto (27 a. C.-14 d. C.), el primer emperador de Roma, la construcción del templo comenzó realmente en tiempos de Cleopatra VII. Su entrada estaba flanqueada por dos grandes obeliscos que fueron transportados desde Heliópolis y desmontados a fines del siglo XIX –en

la actualidad, el primero puede encontrarse a orillas del río Támesis en Londres, y el segundo en Central Park, Nueva York.

Con el emperador Constantino (306-337) el Caesareion se transformó en una iglesia dedicada a la figura de san Miguel, y desde mediados del siglo IV se convirtió en la sede oficial del patriarca de Alejandría.

La tumba de Alejandro Magno

La información disponible sobre la tumba de Alejandro Magno es realmente escasa –Estrabón nos informa de que los restos del rey macedonio se guardaron originariamente en un sarcófago de oro que Ptolomeo XI sustituyó por uno de alabastro–. Conocida también como «Sema», en la actualidad no se conservan los restos de la tumba, complejo que fue visitado por los emperadores romanos Augusto, Calígula, Septimio Severo y Caracalla, y que les sirvió como modelo a partir del cual construyeron sus propios mausoleos. Al igual que otras muchas construcciones del Egipto ptolemaico, la tumba de Alejandro Magno estuvo sujeta a múltiples saqueos hasta que finalmente acabó por desaparecer a fines del siglo IV.

El museo y la biblioteca

El reinado de Alejandro Magno y la fundación de Alejandría no sólo trajeron consigo la profunda transformación del mundo griego sino también la de toda la civilización mediterránea, que asumió la impronta helenística. Fueron tres las circunstancias que concurrieron a la grandeza y fama de Alejandría: se convirtió en la nueva capital de un próspero reino, contó con el complejo portuario más importante de la época y fue el centro intelectual del mundo griego, a lo que contribuyeron indiscutiblemente su museo y su biblioteca.

La creación del museo y de la biblioteca se fundamentó no sólo en motivos puramente idealistas, sino también en la conveniencia política: era uno de los instrumentos más poderosos para la helenización, lo que justificaba el hecho de que la literatura egipcia no estuviese presente. La práctica totalidad de sus fondos estaban escritos en griego y la mayoría de los autores en ella representados eran igualmente griegos –los autores que escribían en otras lenguas se traducían al griego.



En la actualidad, los restos más significativos de la Alejandría ptolemaica se pueden encontrar en el complejo de Kom ed-Dik, una pequeña colina en el centro de la ciudad donde se pensaba erróneamente que se encontraba la tumba de Alejandro Magno. En la imagen, la colina de Kom ed-Dik.

El museo, templo consagrado a las Musas, las diosas de las artes y de las ciencias, fue en realidad un centro de investigaciones científicas que sirvió de lugar de encuentro a los más importantes filósofos, científicos, poetas y estudiosos del momento –los sabios recibían subsidios del soberano para poder dedicarse enteramente a las investigaciones–. No existe ninguna fuente que permita asegurar si el fundador del museo fue Ptolomeo I o su hijo, Ptolomeo II, pero todos los indicios permiten afirmar que el primero fue el creador y el segundo el que culminó la obra. Según la descripción de Estrabón, el museo contaba, entre otras dependencias, con un pórtico para pasear, un comedor y una exedra, es decir, una construcción descubierta de planta semicircular rodeada de bancos adosados a las paredes donde se realizaban las lecturas públicas.

Entre los sabios que frecuentaron el Museo destacaron personajes tan ilustres como el filósofo Herófilo de Calcedonia (340-300 a. C.), el matemático y físico Arquímedes (287-212 a. C.), Aristarco de Samos (310-230 a. C.), defensor de la visión heliocéntrica del Universo, Hiparco de Nicea (190-120 a. C.), defensor de la visión geocéntrica del Universo, Eratóstenes (276-194 a. C.), que calculó la circunferencia terrestre con un margen de error inferior al 1 %, el matemático Apolonio de Pérgamo (262-190 a. C.), el ingeniero Herón de Alejandría (10-70), el geógrafo y matemático Claudio Ptolomeo (100-170), o el médico Galeno (130-200).

Con respecto a la biblioteca, los textos clásicos establecen su fundación alrededor del año 295 a. C., si bien el testimonio más antiguo es del siglo II a. C. y está recogido en la «Carta de Aristeas a Filócrates», escrita por un judío, en la que ofrece una explicación de la primera traducción de la Torá.



Manetón, un sacerdote egipcio encargado de la administración del museo y que vivió durante los reinados de Ptolomeo I y de Ptolomeo II, es una figura cuyo trabajo es de vital importancia para los egiptólogos, ya que, basándose en los archivos secretos de los sacerdotes egipcios, compuso una obra en tres volúmenes sobre la historia del Egipto faraónico. Agrupó a los antiguos soberanos egipcios en treinta dinastías, e incluso recogió una XXXI dinastía que incluía a los últimos reyes persas y al propio Alejandro Magno.

La biblioteca de Alejandría presentó una amplísima colección bibliográfica. El autor de la «Carta de Aristeas a Filócrates» indica que a comienzos del siglo III a. C. contaba con más de doscientos mil volúmenes. Por su parte, Tzetzes, erudito bizantino del siglo XII, afirma que albergaba más de medio millón de rollos. Aulo Gelio, autor del siglo II, en su obra *Noches áticas* da la cifra de setecientos mil volúmenes en el momento de la ocupación de Alejandría por Julio César –es probable que estas cifras sean exageradas–.

Hay que tener presente que cuando los textos clásicos hablan de volúmenes no se refieren a una obra completa sino al rollo en sí, pues una obra podía ocupar un número bastante considerable de rollos.

En lo que se refiere a la adquisición de las obras, estas se solían conseguir por medio de la donación o de la compra. No obstante, Galeno nos informa de la confiscación que en el puerto de Alejandría se hacía sobre los libros que había en los barcos que atracaban en él. Asimismo, fue tanta la demanda de libros y tan altos sus precios, sobre todo a partir del siglo I a. C., que fueron muy comunes las falsificaciones de las obras difíciles de conseguir.

La biblioteca de Alejandría estuvo dirigida en todo momento por hombres insignes que al mismo tiempo ejercieron como profesores de los hijos de la nobleza.

En la biblioteca surgió la idea de la selección bibliográfica como consecuencia del aumento considerable de sus fondos. Los autores que figuraban en los repertorios bibliográficos fueron llamados en griego eklektoi y en latín classici. En este sentido, Calímaco de Cirene fue el responsable en el siglo III a. C. de la más importante innovación bibliotecaria con el perfeccionamiento de un sistema para clasificar todos los documentos. La organización de los fondos se fundamentaba en la división de los autores griegos y latinos entre las categorías de prosa y poesía: dentro de la poesía se incluía a los poetas dramáticos, los de comedia, los líricos y los épicos; en la prosa se encontrarían los filósofos, los oradores e historiadores. Las tablas de autores se organizaban por orden alfabético y contaban con una pequeña biografía y la lista de las obras igualmente alfabética. Los volúmenes se colocaban en estanterías o armarios de madera en posición horizontal y con un tejuelo que permitiese conocer al autor y la obra. Cada armario tendría designado un número y ese número situado en el catálogo junto a cada título indicaba su exacta localización.

Julio César y Marco Antonio estuvieron muy ligados al destino de la biblioteca de Alejandría. A Julio César se le atribuye el incendio de la biblioteca y la desaparición de la mayoría de sus fondos durante la Guerra de Alejandría de los años 48-47 a. C. Durante el ataque egipcio del general Aquilas, Julio César ordenó quemar unos barcos que había en el puerto para evitar que cayeran en manos de los egipcios. El incendio pudo alcanzar algunas instalaciones de tierra quemando una gran cantidad de rollos depositados en el puerto e incluso haberse extendido a la biblioteca. En su *Guerra Civil,* Julio César informa del incendio de los barcos sin mencionar la biblioteca. Cicerón, contemporáneo a los hechos, no hace ningún comentario al incendio de la biblioteca, hecho que de ser cierto le hubiese impresionado lo suficiente como para dejar testimonio escrito. Por su parte, Estrabón no hace tampoco ninguna referencia a ello y Lucano, en la *Farsalia,* realiza una detallada descripción del incendio que saltó de los barcos a los edificios colindantes sin decir nada de la biblioteca.

La primera noticia del incendio de la biblioteca de Alejandría aparece en la obra de Plutarco *Vida de Julio César:* «el fuego se propagó de las naves a la célebre biblioteca y la consumió»; Séneca recoge en *De tranquillitate animi* una cita sobre el incendio de los libros como consecuencia de la acción militar del ejército cesariano: «cuarenta mil libros ardieron en Alejandría»; Dion Casio (155-229), en *Historia de Roma,* describe la contienda entre el general egipcio Aquilas y Julio César confirmando el incendio de los almacenes de grano y multitud de libros; Amiano Marcelino, en *Historia romana,* informa de que setenta mil volúmenes almacenados en el Serapeion se quemaron en tiempos de Julio César; Orosio, por su parte, afirma en *Historia adversus paganos* que ardieron más de cuarenta mil libros.

En lo que afecta a Marco Antonio, en *Vida de Marco Antonio* Plutarco afirma que el general romano regaló a Cleopatra más de doscientos mil volúmenes procedentes de la biblioteca de Pérgamo para compensarla por la pérdida de las obras que había sufrido la biblioteca de Alejandría en tiempos de Julio César.

El nacimiento de Constantinopla en el 330 como capital del Imperio romano de Oriente colocó a Alejandría en un segundo plano dentro del mundo helenístico, y el reconocimiento del cristianismo por Constantino trajo consigo la progresiva decadencia del museo y de la biblioteca.



En 1974 se gestó la idea de crear una gran biblioteca que funcionase como centro aglutinador y difusor de la cultura de los países mediterráneos y del Próximo Oriente. El proyecto tuvo una formidable acogida y en 1986 fue expuesto al director general de la UNESCO, Amadou-Mahtar M'Bow, al que se le solicitó ayuda internacional. Finalmente, la nueva biblioteca de Alejandría fue inaugurada a finales del 2002 en el emplazamiento donde supuestamente se encontraba la original. En la imagen, complejo de la nueva biblioteca de Alejandría.

El cierre del museo y de la biblioteca se produjo muy probablemente durante el reinado de Teodosio. La destrucción total se ha atribuido a los árabes pero ello no deja de tener mucho de leyenda, pues un gran volumen de obras clásicas nos ha llegado a través de ellos.

Por consiguiente, las verdaderas razones de la desaparición tanto del museo como de la biblioteca fueron varias: las guerras, las invasiones, los saqueos, el fanatismo religioso, la degradación del papiro, la dispersión de los fondos y, sobre todo, la inactividad y la desidia.

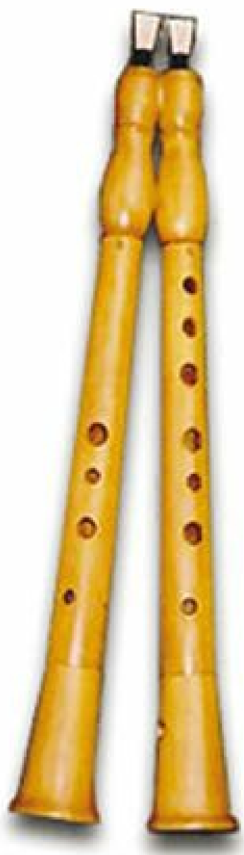
3

Cleopatra VII

A mediados del siglo I a. C., el Egipto en el que vivió Cleopatra se encontraba lejos de ser el poderoso y culto reino fundado en el 305 a. C. por Ptolomeo I, pues el país regado por el Nilo habría de convertirse en un simple estado satélite de Roma.

Ptolomeo XII Auletes

Bruscamente elevado al trono con motivo de una tragedia palaciega, Ptolomeo XII (112-51 a. C.) no era más que un bastardo que carecía de la formación necesaria para poder afrontar el poder. Frente a las dificultades que poco a poco destrozaban el país, Ptolomeo XII mostraba una gran despreocupación y tan sólo ofrecía como solución la práctica intensa de medidas corruptas. Si algo caracterizó a este rey por encima de sus antecesores, fue que llevó más lejos que ningún otro su culto personal proclamándose «dios Neo-Dioniso», lo que le valió el ridículo apodo de «Auletes», es decir, ‘flautista’, pues, según relatan los autores clásicos, el padre de Cleopatra era muy conocido por su afición a las fiestas y los banquetes en los que con frecuencia se emborrachaba y exhibía rodeado de bailarinas representando el papel de músico.



Estrabón, geógrafo e historiador griego de los siglos I a. C.-I d. C., apuntó que además de sus otros excesos, Ptolomeo XII añadía el de profesar por la flauta una verdadera pasión, mostrándose tan orgulloso de su talento de virtuoso musical que no sentía vergüenza en celebrar en su palacio concursos de música y participar en ellos para disputar los premios a los otros concursantes. En la imagen, reconstrucción de un aulós u oboe doble.

Dado que no debía el poder más que a la voluntad de la plebe urbana de Alejandría, Ptolomeo XII buscó interesadamente un apoyo exterior con el propósito de fundamentar su legitimidad en el mismo. Este soporte sólo lo encontraría en el poderío de Roma. En el año 88 a. C., su tío Ptolomeo Alejandro, en una última intentona de cerrarle el camino de regreso a su hermano Ptolomeo IX, había legado el reino de Egipto a Roma. Nadie pensó en aquel momento en la posibilidad de que dicho testamento se cumpliera, pues Roma estaba obsesionada con los conflictos internos y la amenaza representada por Mitrídates VI el Grande, rey del Ponto. Ocho años más tarde, esta se había disipado considerablemente y Lucio Cornelio Sila gobernaba Roma en solitario en calidad de dictador. Se daban, por consiguiente, todas las condiciones necesarias para que la llegada de un nuevo rey a Alejandría suscitara un repentino interés por el testamento de Ptolomeo Alejandro.

Durante años, Ptolomeo XII colmó de cuantiosas recompensas a todo aquel que pudiera contribuir a su reconocimiento oficial. En este sentido, sus costosos esfuerzos no se vieron finalmente recompensados hasta el año 59 a. C., cuando los cónsules en ejercicio, Cneo Pompeyo y Julio César, lograron convencer, previo soborno por parte de Ptolomeo XII, a los senadores de que se le concediera el título de «amigo y aliado de Roma». Pese a todo, para compensar los deseos de los partidarios de la adhesión, Roma decidió aprobar la anexión de la isla de Chipre. En este sentido, la pasividad y la desidia con la que Ptolomeo XII aceptó el expolio territorial de su hermano, indignó sobremanera al pueblo de Alejandría, que terminó por sublevarse en el 58 a. C.



Hasta que Cneo Pompeyo y Julio César mostrasen al mundo sus facultades, Aulo Gabinio fue una de las más importantes personalidades de la República romana. En la imagen, tetradracma de Aulo Gabinio.

Como consecuencia de la sublevación, Ptolomeo XII salió precipitadamente de la ciudad y los alejandrinos colocaron en el poder a su primogénita, Berenice IV (76-55 a. C.), y enviaron a Roma una delegación para que el Senado arbitrase en el conflicto que enfrentaba a padre e hija. Ptolomeo XII, desesperado, buscó refugio en Éfeso, en Asia Menor. Cleopatra, que por entonces tenía diez años –las fuentes clásicas señalan que nació en Alejandría en el 69 a. C.–, se encontraba en la capital del reino donde gobernaba su hermanastra.

Con este panorama, Roma decidió intervenir militarmente en el asunto. Un ayudante de Cneo Pompeyo, Aulo Gabinio, gobernador de Siria, marchó sobre Egipto al frente de un poderoso ejército.

Tras diversos intentos fallidos, a comienzos del 55 a. C. Ptolomeo XII logró comprar la voluntad de Aulo Gabinio para que le restableciera en el trono por la fuerza de las armas. De este modo, Aulo Gabinio marchó sobre Egipto al frente de un poderoso ejército con el que logró tomar las ciudades de Pelusio y de Alejandría y dar muerte a Arquelao, el marido de Berenice IV. De esta manera, Ptolomeo XII logró entrar victorioso en la capital egipcia ordenando asesinar a su hija mayor.

Restablecido Ptolomeo XII en el trono, Aulo Gabinio abandonó Egipto, si bien tomó la precaución de dejar en Alejandría una guarnición militar integrada fundamentalmente por mercenarios romanos y galos. Además, Rabirio, uno de los más importantes acreedores del rey, pasaría a ejercer el título de *dioicetes* de Egipto, es decir, ministro de Hacienda, con el propósito de que pudiera cobrarse las deudas de Ptolomeo XII acudiendo directamente a la fuente de los ingresos reales, o lo que es lo mismo, a costa del pueblo egipcio.

Con apenas dieciocho años recién cumplidos, Cleopatra VII fue testigo de todas las atrocidades que acompañaron a la restauración de su padre en el poder: el asesinato de su hermana mayor, los excesos y los abusos de las legiones de Aulo Gabinio o las represalias que se tomaron sobre todos aquellos que no se mostraban lo suficientemente entusiasmados por el regreso de Ptolomeo XII.

Durante el reinado de Auletes imperó el descontento del pueblo egipcio como consecuencia del aumento desproporcionado de los impuestos, muchos de los cuales se habían fijado para garantizar al rey el dinero necesario para mantenerlo en el trono.



En el Egipto ptolemaico los funcionarios administraban el reino siguiendo una estructura piramidal. En la cúspide de esta jerarquía se encontraba el *dioicetes,* supervisor de la recaudación de los impuestos que afluían a las arcas o a los graneros reales. En la imagen, estatua de Panemerit, gobernador de Tanis, época ptolemaica tardía. Museo del Louvre, París.

Una de las últimas medidas que adoptó Ptolomeo XII fue eliminar a Rabirio. El 22 de marzo del 51 a. C., Ptolomeo XII murió a consecuencia de una grave enfermedad, lo que agudizó considerablemente la cuestión sucesoria. La noticia de su muerte no llegaría a Roma hasta el verano de ese mismo año.

La formación de Cleopatra VII

Como norma general, los niños encuentran poco espacio en la documentación histórica y por tanto son muy pocos los datos que manejamos con claridad acerca de la niñez y adolescencia de Cleopatra VII y la relación que esta mantuvo con su padre. Criada junto a los demás infantes en la biblioteca y en el museo de Alejandría, tuvo a su disposición una serie de cultivados maestros que se encargaron de su formación.

El sexismo de la tradición helénica en la enseñanza condenaba a las niñas a la ignorancia, pues tan sólo los varones tenían acceso al gimnasio y por ende a la formación.

El programa pedagógico era muy amplio y los Ptolomeos favorecieron la creación de una red de escuelas primarias y secundarias en las que se instruía a la élite griega destinada a ejercer el poder sobre las masas indígenas. En tiempos de Cleopatra, la enseñanza que se impartía en estas escuelas concedía una gran importancia a las disciplinas literarias. Por lo tanto, Cleopatra leyó, copió y estudió con toda seguridad las epopeyas de Homero, las obras de Hesíodo y de Píndaro, las tragedias de Eurípides, las comedias de Menandro y las *Historias* de Heródoto y de Tucídides. Asimismo, la reina aprendería el arte de la retórica en los discursos de Demóstenes, al igual que seguiría varios cursos de aritmética, geometría, astronomía y medicina.



Los soberanos eruditos eran la norma en los tiempos helenísticos. En este sentido, un importante modelo político y cultural para Cleopatra VII fue Mitrídates VI el Grande (132-63 a. C.), rey del Ponto, con quien compartió su propósito de frenar el expansionismo romano. En la imagen, busto marmóreo del siglo I a. C. de Mitrídates VI. Museo del Louvre, París.

El gran potencial intelectual de Cleopatra quedó manifiesto a lo largo de toda su vida. Como se ha señalado ya, fue una mujer particularmente dotada para las lenguas extranjeras cuando el aprendizaje de estas apenas figuraba en el programa de la educación helénica; dominaba el etíope, el troglodita, el hebreo, el árabe, el sirio, el medo, el parto, el egipcio y el griego, y tenía conocimientos notables del latín. Es sumamente significativo el hecho de que ningún Ptolomeo se dignara a aprender la lengua autóctona de la mayoría de sus súbditos, el egipcio demótico, por lo que Cleopatra se nos presenta como un caso realmente excepcional en el seno de su dinastía –se ha considerado incluso que su conocimiento del egipcio podría deberse al supuesto origen de su madre, que si no fue Cleopatra Trifene, habría podido pertenecer a la familia de los sumos sacerdotes de Menfis–. A muy temprana edad, predispuso a su alrededor a los mejores eruditos del momento, como Estrabón de Amasia o Nicolás de Damasco, y su curiosidad mental, su gusto por la reflexión y su inteligencia estuvieron siempre acompañados de un gran sentido del humor, que en ocasiones rompía los límites de la insolencia.



En tiempos de Cleopatra VII, Alejandría era un importante centro de estudios médicos y farmacológicos. A la reina se le atribuye la autoría de un tratado con ocho prescripciones para curar la alopecia y otros remedios contra la caída del cabello y la caspa. En la imagen, pintura egipcia en la que se representa el nenúfar, uno de los ingredientes favoritos en los baños de Cleopatra VII que, además, y junto con el coriandro, se utilizaba para bajar la fiebre..

Es necesario señalar, asimismo, otro aspecto importante de su formación que hizo de ella una reina sin parangón: la experiencia directa que pudo adquirir mediante la observación de las costumbres de la corte y de las intrigas políticas que marcaron el final del reinado de su padre.

Los primeros años de Cleopatra VII en el poder

En realidad, el principal peligro para el mantenimiento de la paz y la concordia del país estaba representado por los desacuerdos entre los herederos. Ptolomeo XII, una vez eliminada Berenice IV, tenía todavía cuatro hijos, dos de ellos mujeres. Antes de morir tuvo la necesidad de diseñar una monarquía colegiada que garantizara la unidad y el orden, modelo que ya contaba con precedentes, pero cuya aplicación práctica había demostrado ser una fórmula quebrantable.

En el testamento que Ptolomeo XII decidió depositar en el Senado de Roma para confirmar su buen cumplimiento se determinaba finalmente que compartieran el trono el mayor de sus hijos, Ptolomeo XIII, un niño de apenas diez años, y la mayor de sus hijas, Cleopatra VII, de dieciocho. El Senado de Roma le confió el testamento a Cneo Pompeyo, quien en esos años dominaba Roma prácticamente en solitario y estaba considerado el protector oficioso de la dinastía; pero, ¿garantizaba ello suficientemente su cumplimiento?

El matrimonio que, según la tradición, Cleopatra contrajo con su hermano Ptolomeo XIII, le dejó entera libertad para poder gobernar el país a su modo dejando fuera de todas las decisiones a su hermano. Se convirtió, entonces, en Cleopatra VII Filopátor ('la que ama a su padre'), «señora de las dos tierras», reina del Alto y del Bajo Egipto.

En agosto del 51 a. C., recurriendo a una serie de maniobras autoritarias pero a la vez inteligentes, Cleopatra se libró de la corregencia de su hermano, hecho que quedó constatado en la datación de los documentos en los que a partir de entonces sólo aparecía el nombre de la reina y no el de Ptolomeo XIII. Los inmensos poderes del faraón se concentraban ahora en sus manos: ella era la ley viviente, responsable del orden y de la prosperidad, propietaria de sus súbditos y de su territorio, auténtica divinidad coronada a la que rendían un culto real tanto los sacerdotes egipcios como el clero griego.

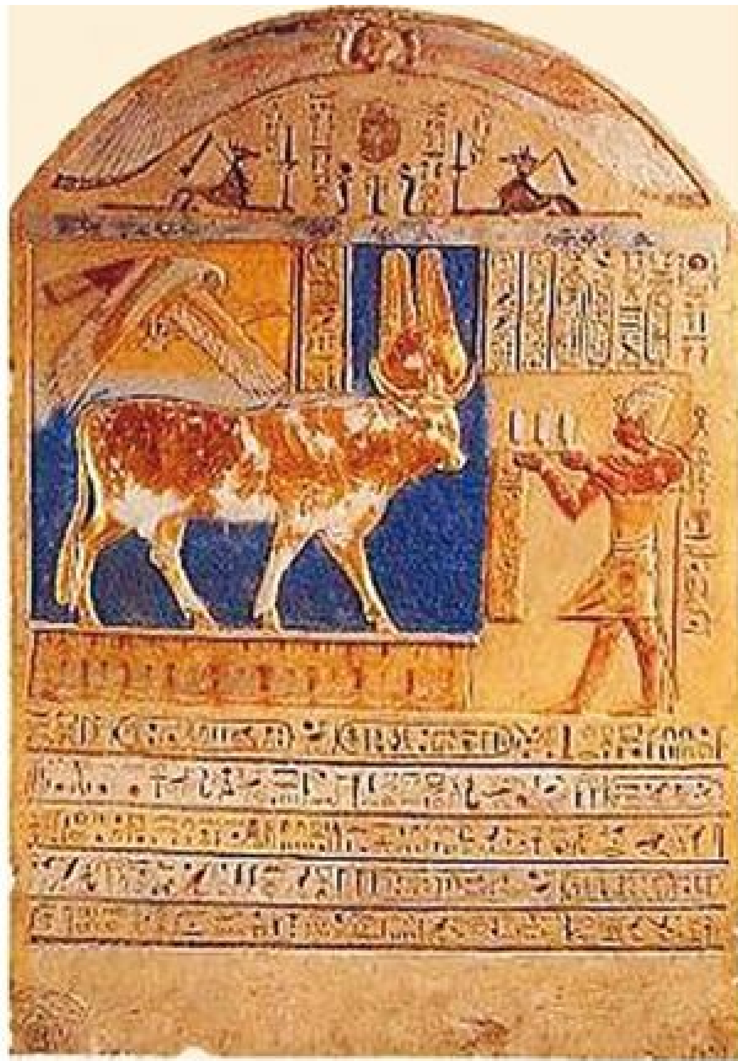
Como sus antecesores, Cleopatra iba a gobernar mediante edictos, decretos e instrucciones, ayudada por un personal especializado compuesto de cortesanos, amigos y parientes. Asistida por el *dioicetes,* supervisaba la actuación de los funcionarios y los estrategas griegos que se encontraban al frente de las circunscripciones territoriales. Pero al igual que todo faraón, tenía que ser accesible al pueblo, recibir directamente las súplicas y las peticiones o administrar justicia personalmente. Cleopatra dio muy pronto claras muestras de su genio político adoptando rápidamente las medidas que consideró más oportunas. Así pues, devaluó la moneda en un tercio con el propósito de facilitar las exportaciones, lanzó un programa de empréstitos obligatorios e inauguró una nueva política religiosa con el objeto de ganar la voluntad de la casta sacerdotal poseedora de buena parte de las tierras.

Pero las competencias que tenía que asumir Cleopatra se hicieron progresivamente más complicadas: la burocracia paralizaba el país, los campesinos, castigados por las graves hambrunas de los años 50-49 a. C., se rebelaban y pasaban a engrosar las bandas de forajidos que asolaban los campos y la moneda egipcia estaba considerablemente debilitada. Por ende, el país dependía cada vez más de Roma.

El 15 de marzo del 49 a. C., en dos contratos privados se seguía reconociendo como soberanos al «rey Ptolomeo y a la reina Cleopatra, los dioses que aman a su padre». Unos meses más tarde, hacia finales de octubre, el Senado de Roma, que se había posicionado a favor de Cneo Pompeyo,

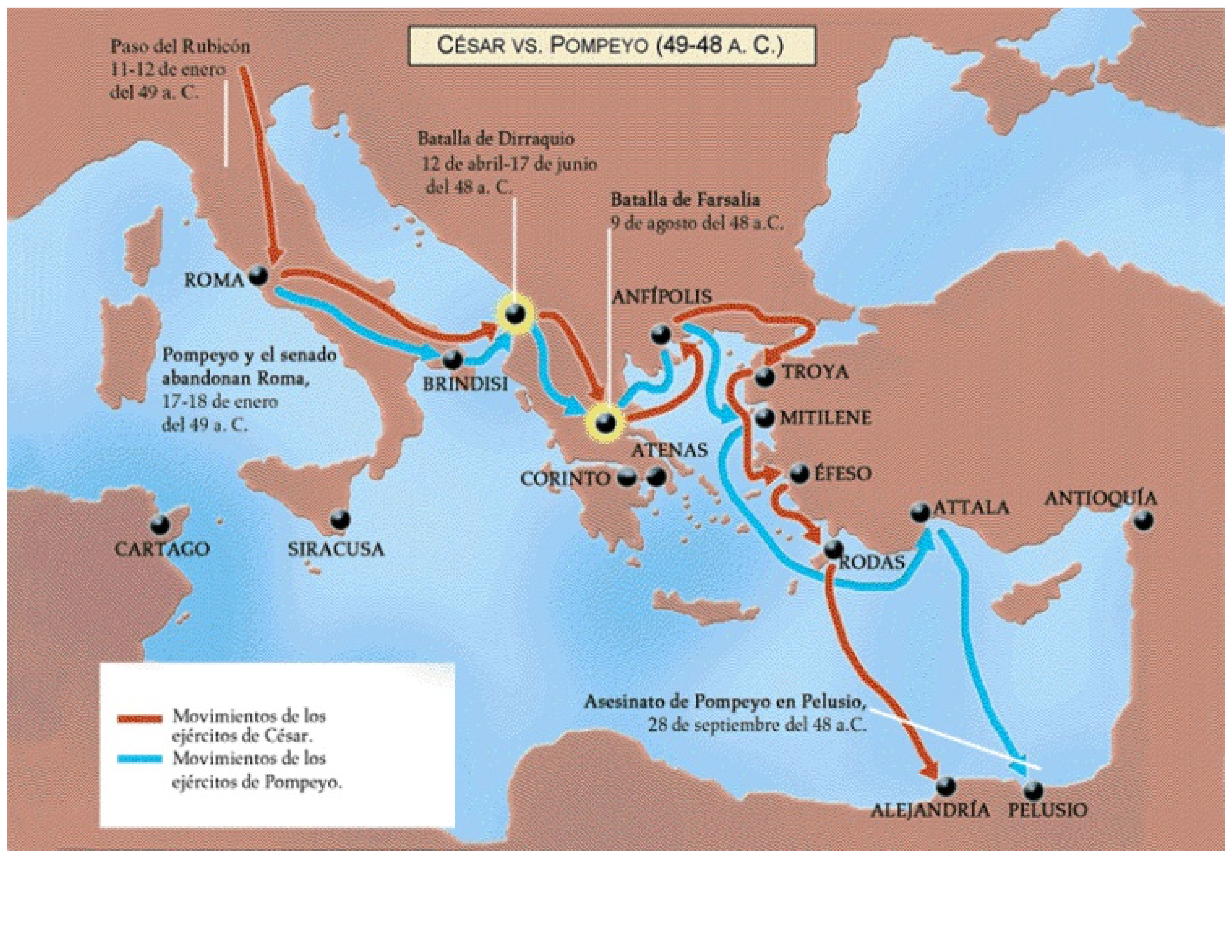
otorgaba oficialmente a Ptolomeo XIII el título de «amigo y aliado de Roma». Además, se le confiaba a Pompeyo la tutela del joven monarca. Ni la más mínima alusión a Cleopatra. ¿Qué había sido de ella?

Las tensas relaciones entre Cleopatra y Ptolomeo XIII, alentadas por la enemistad de los consejeros del joven rey con la reina, además de las aspiraciones al trono de su hermana menor Arsínoe, concluyeron en varios enfrentamientos armados –los consejeros de Ptolomeo XIII no tenían intención de permitir a Pompeyo convertir Egipto en base de sus operaciones durante la guerra que enfrentaría a pompeyanos y cesarianos (49-45 a. C.)–. A comienzos del año 48 a. C., las convulsiones imperantes en Alejandría obligaron a Cleopatra a tener que huir de la capital y refugiarse entre las tribus árabes, en la frontera oriental del reino, en las proximidades de Siria. De esta manera, y sin buscar apoyos exteriores, emprendería la conquista de su reino. Al frente de un ejército de mercenarios, marchó rápidamente sobre Alejandría, pero fue detenida en el promontorio de Casio, cerca de Pelusio, por las tropas de Ptolomeo XIII, que eran comandadas por sus tres regentes: el eunuco Potino, el soldado Aquilas y el retórico Teodoto. Los dos ejércitos se habrían enfrentado encarnizadamente si no hubiese tenido lugar un imprevisto: la llegada el 28 de septiembre del 48 a. C. de Cneo Pompeyo, a quien las tropas de Julio César acababan de infligir en el mes de agosto una derrota brutal en la ciudad tesalia de Farsalia, en Grecia.



El primer evento documentado del reinado de Cleopatra VII se remonta al 22 de marzo del 51 a. C., cuando la reina se trasladó a Hermontis, una localidad situada al sur de Tebas, para consagrar un nuevo toro Buchis, el intermediario terrestre del dios Montu. En la imagen, estela de Ptolomeo V realizada en honor del toro Buchis. Museo de El Cairo, Egipto.

El derrotado Cneo Pompeyo, que erraba desde hacía cuarenta días por el Mediterráneo, decidió finalmente solicitar la hospitalidad de los hijos de Auletes al haber ayudado antaño a Ptolomeo XII a ocupar el trono de Egipto. Empero, cometió un error irreversible, pues no tuvo en consideración los planes de Ptolomeo XIII y de sus consejeros. Tras haber sopesado las ventajas y los inconvenientes con que tendrían que enfrentarse, los consejeros del rey dedujeron que Julio César llegaría tras él acompañado de varias legiones. Por consiguiente, juzgaron que lo más oportuno era acabar con la vida de Pompeyo con el propósito de evitar una guerra civil si lo acogían.


CÉSAR VS. POMPEYO (49-48 A. C.)
Paso del Rubicón
11-12 de enero
del 49 a. C.
Batalla de Dirraquio
12 de abril-17 de junio
del 48 a. C.
Batalla de Farsalia
9 de agosto del 48 a.C.
ROMA
ANFÍPOLIS
Pompeyo y el senado
abandonan Roma,
17-18 de enero
del 49 a. C.
BRINDISI
TROYA
MITILENE
ATENAS
CORINTO
ÉFESO
ATTALA
ANTIOQUÍA
CARTAGO
SIRACUSA
RODAS
Asesinato de Pompeyo en Pelusio,
28 de septiembre del 48 a.C.
Movimientos de los
ejércitos de César.
Movimientos de los
ejércitos de Pompeyo.
ALEJANDRÍA
PELUSIO

El escenario fundamental de contacto directo entre Cneo Pompeyo y Julio César fue, como muestra el mapa, el Mediterráneo oriental, pues en realidad en occidente el dictador tuvo que lidiar contra los legados y los hijos del primero.

Al llegar a Pelusio, inmediatamente después de desembarcar de la pequeña nave que lo transportaba, Pompeyo murió asesinado por Lucio Septimio, un centurión romano que había luchado a sus órdenes años atrás contra los piratas cilicios. Su cuerpo decapitado fue entregado a Filipo, uno de sus libertos, al que se le sumó también Servilio Codro. Ambos lo incineraron entregando las cenizas a la esposa del difunto, Cornelia, quien las hizo sepultar en Egipto, donde posteriormente se levantaría en el lugar de su muerte un pequeño monumento.

Pocos días después, el 2 de octubre, Julio César llegó a las proximidades de Alejandría. Todavía ignoraba cuál había sido la suerte de Pompeyo. Fue en este lugar adonde Teodoto le trajo, a modo de homenaje, la cabeza de Cneo Pompeyo y su anillo. Las fuentes afirman que Julio César lloró a la vista de tan fúnebres testimonios. Poco después, entró oficialmente en Alejandría. El destino de Cleopatra se encontraba a partir de ese momento en sus manos.



Una de las pocas huellas romanas conservadas en Alejandría es el pilar granítico de veinticinco metros de altura que Julio César ordenó levantar para homenajear a su adversario. Situada en las proximidades del antiguo Serapeo, la columna de Pompeyo, en la imagen, debe su nombre a los caballeros cruzados que consideraron que esta indicaba el lugar donde habían sido enterradas las cenizas de Cneo Pompeyo.

4

Julio César y Cleopatra

El encuentro

Desde los inicios de su ambiciosa carrera, Julio César buscó en todo momento fuentes de financiación, pues en realidad el dinero era un instrumento indispensable con el que poder asegurar tanto la lealtad de las legiones como el favor de los aliados y de los apoyos políticos. Así pues, y tras obtener la victoria en la batalla naval de Farsalia en agosto del 48 a. C., marchó a Alejandría no sólo con el propósito de capturar a su máximo enemigo durante la guerra civil, sino también para reclamar el reembolso de los créditos que el banquero Rabirio Póstumo había concedido a Ptolomeo XII durante su exilio en Roma, créditos que superaban ya la cuantiosa cifra de diecisiete talentos. En este sentido, Egipto era un reino tan rico, y tan grandes eran las posibilidades de poder que se le ofrecían a quien lo controlara, que Julio César veía necesario convertirse en dueño y señor del país por todos los medios.

Como se indicó en el capítulo anterior, Julio César llegó a Alejandría el 2 de octubre del 48 a. C. Acompañado por dos legiones, el general se instaló en el palacio real, lugar en el que recibió la cabeza y el anillo de Pompeyo. No está muy claro si Julio César heredó del picentino las obligaciones hacia la dinastía ptolemaica, pero lo que sí es cierto es que estaba implicado desde hacía tiempo en las cuestiones egipcias, pues, de hecho, había sido uno de los máximos responsables en el reconocimiento de Ptolomeo XII como rey amigo y aliado de Roma.



La entrada de Cleopatra en el palacio real de Alejandría ha servido de pretexto para espectaculares y distorsionadas escenificaciones cinematográficas. Sin embargo, el encuentro no ha de ser interpretado como la unión del anciano con la reina del sexo como Hollywood ha querido transmitir. En la imagen, fotograma de la película *Cleopatra* de Joseph L. Mankiewicz (1963).

El alto número de herederos existentes a la muerte de Ptolomeo XII impidieron a Julio César convertir Egipto en una provincia romana como años antes había hecho Pompeyo con el reino seleúcida. Fue este uno de los motivos principales por los que consideró oportuno que Ptolomeo XIII y Cleopatra, quien en esos momentos se encontraba exiliada en Siria, pusieran fin en su presencia a sus respectivas divergencias. Por consiguiente, decidió imponer su arbitraje entre las dos partes en conflicto convocándolas en el palacio real de Alejandría el 7 de octubre del 48 a. C.

En esos momentos, Cleopatra se sentía incapaz de acudir a la capital del reino por el peligro que representaba el ejército de Aquilas en Pelusio y por las estrictas medidas de seguridad que había tomado Potino para mantener bajo su control los accesos a Alejandría tanto por tierra como por mar.

Cleopatra vio en Julio César el medio idóneo para recuperar y consolidar su poder en Egipto. Según la célebre narración de Plutarco, relato que ha servido de inspiración a numerosas recreaciones literarias, pictóricas y cinematográficas posteriores, Cleopatra, conociendo la debilidad del general romano por las mujeres, se hizo introducir clandestinamente en el palacio real de Alejandría envuelta en una alfombra o fardo de ropa que sería dejado a los pies de aquel a modo de regalo. Cleopatra, en aquel momento una joven de veintiún años, era una mujer experimentada en el arte de amar, en la seducción, y en el arte de la palabra, y aunque Julio César, entonces un hombre de cincuenta y dos años, se sintiese profundamente fascinado por ella, es más que probable que detrás de esta atracción existieran unos intereses políticos con los que poder ejercer una mayor influencia en Egipto. Y es que una alianza con esa mujer le podría garantizar el control del reino sin necesidad de tener que entablar

un conflicto armado con los gastos económicos y personales que ello implicaba. No obstante, en esta relación el interés primordial de Cleopatra consistió en evitar por todos los medios que su reino cayese en manos de Roma, defendiendo la amistad existente como la única fórmula de preservar el control sobre el mismo.

Según los textos clásicos, Cleopatra permaneció toda la noche en el palacio real junto a Julio César, momento que aprovechó la joven para seducirlo. Una vez que Ptolomeo XIII hizo su entrada en el palacio real a la mañana siguiente y observó a su odiada hermana al lado del romano, el adolescente sufrió una violenta crisis nerviosa, tiró al suelo la diadema real que le ceñía la frente y salió del complejo real gritando repetidamente «traición». Aunque rápidamente cogieron a aquel muchacho furioso y lo devolvieron al recinto del palacio, la agitación de una multitud ya calentada por la propaganda que había impulsado Potino se convirtió entonces en un amotinamiento.

Únicamente la locuacidad de Julio César logró evitar lo peor al precio de unas vagas promesas que apaciguaron provisionalmente los exaltados ánimos. Ante la asamblea del pueblo y en presencia de los dos hermanos, Julio César leyó el testamento de Ptolomeo XII, insistiendo reiteradamente en el hecho de que este les había confiado a los romanos su buen cumplimiento.



Potino, que temía ser la primera víctima de la reconciliación entre los dos hermanos, puso en marcha unas medidas de guerra psicológica ordenando que entregaran a los soldados romanos trigo que se había echado a perder con el pretexto de que los graneros estaban vacíos, con lo que trataba de excitar por todos los medios el odio hacia los romanos. Cuando Ptolomeo XIII y el resto de la corte llegaron finalmente a palacio, tuvieron que conformarse con ser servidos, de manera ostensible, en vajillas de barro cocido, manera que tuvo Potino de insinuar que Julio César se había apoderado de todas las piezas elaboradas con metales preciosos. En la imagen, cuencos de bronce de época ptolemaica. Museo Egipcio de El Cairo.

Además de instituir la reconciliación entre Ptolomeo XIII y Cleopatra, por su autoridad personal devolvió la isla de Chipre estableciendo como soberanos de la misma a los hijos menores del difunto rey: Ptolomeo XIV y Arsínoe IV. Con la devolución de dicho territorio oficialmente anexionado diez años antes, Julio César pretendía acabar con el odio que desde entonces sentían hacia Roma. Sin embargo, fue este uno de los varios errores que cometió el general romano durante su estancia en Egipto, pues la concesión de la isla de Chipre fue interpretada en realidad como un acto de debilidad.

La guerra de Alejandría

Cuando Julio César llegó a Alejandría el 2 de octubre del 48 a. C., en calidad de cónsul y no de general, en ningún momento imaginó verse inmerso en una guerra tan compleja hasta finales de marzo del 47 a. C. El propio general romano, relevado por uno de sus lugartenientes, nos dejaría un célebre y detallado relato del conflicto, el *Bellum Alexandrinum*.

Durante el transcurso del conflicto, Cleopatra se mantuvo prácticamente al margen del mismo y es muy probable que no abandonase el palacio real en ningún momento.

Fue una partida reñida entre el romano, atrincherado junto a la familia real en el barrio del palacio, y un enemigo que era muy superior en número y que además contaba con el apoyo activo de toda la población.

Como soberana legítima, los propósitos de Cleopatra pretendían continuar la línea política de su progenitor, contraria a los fines de los consejeros de su hermano-esposo. Julio César quería evitar que Egipto quedase en un plano de sumisión total respecto a Roma y para ello Cleopatra debía situarse como la responsable máxima del poder. Sin embargo, Potino se negó a cumplir estas disposiciones testamentarias al comprender que la posición de Ptolomeo XIII quedaba muy afectada en beneficio de su hermana mayor. De este modo, Potino ordenó entonces al ejército egipcio acaudillado por Aquilas que tomara cartas en el asunto. Así pues, con la ayuda de los alejandrinos, Aquilas logró que Julio César permaneciese cercado en la ciudad palatina de Alejandría, es decir, en el Bruquion.

En esta ocasión, los refuerzos de Julio César sólo podían proceder del exterior, para lo que resultaba de vital importancia mantener despejados los accesos al mar. Para ello, el 11 de noviembre tomó la decisión de incendiar todas las naves egipcias fondeadas en el puerto y en los astilleros, lo que afectó considerablemente a los edificios próximos como los depósitos de trigo y una parte importante de los archivos del puerto, confundidos siglos más tarde por Plutarco con la célebre Gran Biblioteca de Alejandría –es poco probable que todo el recinto bibliotecario ardiera en llamas ya que en época augustea fue frecuentado por importantes eruditos.

Julio César logró finalmente mantener custodiados en el palacio a Ptolomeo XIII y a su consejero Potino para utilizarlos como rehenes. Pero el eunuco, que seguía manteniendo contactos con Aquilas, intentó en varias ocasiones envenenar al dictador durante las fiestas que Cleopatra daba en su honor. Julio César, informado de las intenciones de Potino, mandó ejecutarlo por intento de

asesinato, lo que despertó una gran indignación entre los alejandrinos. Asimismo, la huida del palacio de Arsínoe y de su preceptor Ganímedes, quien provocó la sequía en Alejandría, levantó nuevos desórdenes. Paralelamente, comenzaron a salir a la luz diferencias internas y a surgir maquinaciones al sustituir Ganímedes a Aquilas tras su ejecución en el mando del ejército de la rebelión egipcia. Ante tales circunstancias, Julio César procedió a liberar a Ptolomeo XIII, lo que redujo considerablemente la influencia de Arsínoe y de Ganímedes.

Julio César logró finalmente sofocar la rebelión egipcia y levantar el bloqueo gracias al apoyo de Mitrídates Pergameno, un aventurero aliado de Roma, y del destacamento de mil quinientos judíos al mando de Antípatro, ministro del sumo sacerdote de Jerusalén y padre del futuro rey Herodes. Estas tropas, tras conquistar Pelusio, soslayaron el delta del Nilo y se dirigieron a Alejandría.

Los enfrentamientos decisivos entre los dos bandos tendrían lugar en el brazo Canópico del Nilo, en enero del 47 a. C. En sus inicios, Julio César sufrió graves pérdidas, pero finalmente acabó imponiéndose al ejército egipcio gracias a la efectividad del contingente judío en la conocida como batalla del «Campo de los judíos», librada el 15 de marzo de aquel año.



Julio César recordó en varias ocasiones cómo el contingente judío logró salvarle la vida en la batalla del Campo de los judíos el 15 de marzo del 47 a. C. Tal fue la gratitud que demostró a la comunidad judía, tan gravemente afectada por Pompeyo, que ordenó la mejora de su condición sociojurídica y la reconstrucción de las murallas de Jerusalén. El templo de Jerusalén, en la imagen, fue el lugar elegido para custodiar el *Senatusconsultum* por el que el Senado de Roma otorgó a Antípatro el control político y religioso de Judea, convirtiendo a la comunidad judía en amiga y aliada de Roma.

Durante la derrota de los suyos, Ptolomeo XIII, viendo que nada podía hacer ante la inutilidad de sus ejércitos, murió ahogado al verse entorpecido por su armadura mientras intentaba atravesar el río

en una embarcación demasiado pesada. Julio César ordenó que buscaran el cadáver para evitar cualquier rumor de que había sobrevivido. Pero su cuerpo jamás apareció, y lo único que se encontró fue la armadura dorada que Ptolomeo llevaba durante la batalla y que se exhibió a modo de trofeo ante el pueblo de Alejandría. Conocida la noticia, Alejandría terminó por capitular el 27 de marzo del 47 a. C.

Para Cleopatra, la consecuencia más inmediata de la guerra alejandrina fue la eliminación de la mayor parte de los aspirantes al trono.

Con la victoria en sus manos, Julio César podría haber proclamado entonces la anexión de Egipto, pero tal medida habría traído consigo más inconvenientes que ventajas ya que el general romano era consciente de que un gobernador provincial belicoso podría hacer de Egipto la base de su poder. Así pues, organizó de nuevo el país respetando, no obstante, las disposiciones del testamento de Ptolomeo XII. De esta manera, entregó la corona de Egipto a Cleopatra y a su hermano menor Ptolomeo XIV, un niño de apenas doce años –esta asociación era puramente formal, pues Cleopatra, al gozar completamente del apoyo de Julio César, ejercía el poder efectivo en solitario, lo que en adelante quedaría reflejado en el protocolo de la monarquía, en el que ella quedaba situada por delante de su hermano–, desterró a Arsínoe a Roma, donde sería mostrada como prisionera en la celebración de sus cuatro triunfos, y estacionó tres legiones en Egipto con el propósito de garantizar de esta manera el buen gobierno de los nuevos reyes.



En esta pintura, Pietro da Cortona (1596-1669) representó a Julio César según el modelo tradicional, con la cabeza ceñida por una corona de laurel, vistiendo el manto púrpura de general y conduciendo al trono a Cleopatra ante la indignación de su hermana Arsínoe. Museo de Bellas Artes, Lyon.

La cercana relación personal entre el dictador y la faraona permitieron a Roma gobernar de facto el reino de Egipto. Al mismo tiempo, se concedió a Antípatro la dirección del reino de Judea, decisión que quedó ratificada mediante un senadoconsulto que convertía al pueblo judío en amigo y aliado del pueblo romano. Paralelamente, la comunidad judía de Alejandría fue recompensada por la nueva reina con la ciudadanía alejandrina en justo pago por sus servicios a favor de la causa que ahora era oficialmente la de Egipto.

La situación política interna y externa vigente en Roma obligó a Julio César a tener que abandonar Egipto, pues nuevos problemas exigían su atención: al amenazador reagrupamiento de los partidarios de la causa pompeyana en África se sumaban, además, en Asia Menor las empresas de conquista de Farnaces, rey del Bósforo, que resucitaban la pasada gloria de su padre Mitrídates. Por consiguiente, ¿tuvo Julio César el tiempo suficiente como para poder disfrutar de un crucero por el Nilo acompañado de Cleopatra y escoltado por sus legiones, como pretenden casi dos siglos después Apiano y Suetonio? Lo que sí parece muy probable es que tanto el general romano como la reina de Egipto emprendieron una excursión triunfal hasta Menfis, la antigua capital del Egipto faraónico,

con el propósito de que Julio César conociese en primera persona todo el reino y de que el país entero contemplara a la nueva soberana sostenida por el poderío de Roma. Una alianza con la reina legítima de Egipto le podría garantizar el control de dichas tierras sin tener que entablar un conflicto armado con el gasto económico que ello implicaba. Gracias a Cleopatra, Julio César recorrió Egipto y tomó conciencia de las enormes riquezas del país, de su cultura y de sus costumbres. No obstante, en esta relación el interés primordial de Cleopatra consistió en impedir que su reino se convirtiese en propiedad de Roma defendiendo la amistad existente como única manera de conservar el control del reino de Egipto.



Concluida la guerra de Alejandría, Julio César y Cleopatra recorrieron el Nilo acompañados por un cortejo formado por más de cuarenta naves. El viaje, objeto de discusión entre los historiadores del momento, no fue mencionado por la mayoría de las fuentes contemporáneas. Más que una escapada de enamorados, hay que interpretarlo como una gira en la que Julio César satisfizo sus intereses geográficos y Cleopatra sus intereses políticos. En la imagen, Warren William y Claudette Colbert en los papeles de Julio César y de Cleopatra en la *Cleopatra* dirigida por Cecil B. DeMille en 1934.

Cleopatra en Roma

Julio César consiguió sendas victoria en la batalla de Zela sobre Farnaces en agosto del 47 a. C. y sobre los pompeyanos en la batalla de Thapsos en abril del 46 a. C. En cuanto le fue posible llegar a Roma, en mayo del 46 a. C., y tras haberse librado de casi todos sus enemigos, llamó a la ciudad a los soberanos egipcios muy probablemente con el único fin de mantenerlos bajo su control.

Es muy posible que Cleopatra llegara a tiempo para asistir a la celebración de los cuatro triunfos que Julio César celebró en el verano del 46 a. C., ceremonia en la que con toda seguridad se sentiría confundida al presenciar a su hermana Arsínoe encadenada como una prisionera y expuesta a la curiosidad de la plebe romana. No obstante, Julio César, preocupado por su imagen personal, terminaría por poner en libertad a Arsínoe, que, al igual que su padre diez años antes, encontraría refugio en el templo de Artemisa en Éfeso, dentro de lo que hoy es Turquía. Teodoto, el tercer miembro del grupo de consejeros de Ptolomeo XIII, sería localizado años más tarde en Asia por Marco Bruto, quien acabaría con su vida tras someterlo a tortura.

En realidad, contamos con una información relativamente escasa sobre la estancia de Cleopatra en Roma. La reina de Egipto se alojaría en una amplia finca situada en la orilla derecha del Tíber, en las señoriales afueras de la ciudad, actualmente en las inmediaciones de la Villa Farnesina.

Cleopatra no salió de Roma en la ausencia del general romano durante las campañas militares que este protagonizó, razón por la que se sospecha que quedó afincada en Roma con el único fin de permanecer controlada y retenida. De este modo, se le impedía cualquier ofensiva imprevista. Por tanto, aunque la reina contase con la protección de Julio César, en realidad estaba supeditada a él.





El regreso de la autoridad egipcia a la isla de Chipre fue celebrado con una emisión de monedas de bronce en las que la reina fue representada, muy oportunamente, con su hijo en brazos.

El hijo que Cleopatra pudo tener con Julio César ha sido objeto de polémica desde la Antigüedad. El niño que esperaba la reina de Egipto durante el desarrollo de la guerra de Alejandría nació finalmente el 23 de junio del 47 a. C., por lo que la concepción habría tenido lugar, con toda probabilidad, poco después de que Julio César llegase a tierras egipcias. El niño recibió el nombre de Ptolomeo César, al que el pueblo de Alejandría pronto apodó «Cesarión», o lo que es lo mismo, 'el pequeño César'. No obstante, en ningún momento Julio César reconoció oficialmente la paternidad del niño.

Paralelamente, se afirmó incluso que Julio César había preparado un decreto oficial que lo autorizaba a ser polígamo y, en consecuencia, a contraer matrimonio con Cleopatra, pero jamás se hizo público ningún texto similar. De hecho, todos esos rumores no estaban corroborados más que por un único gesto, si bien es cierto que bastante confuso: Julio César colocó una estatua dorada de Cleopatra representada como Isis en el templo de Venus Genetrix –todavía visible en el siglo III–, la divinidad antecesora de su propio linaje, que había fundado en el centro del nuevo foro, ofrecido de su propia fortuna personal al pueblo romano. Dedicar una estatua en un templo a un soberano o a un alto personaje era una práctica habitual en el Oriente helenístico, donde esa forma de homenaje estaba especialmente valorada. Sin embargo cabe suponer que, en Roma, rendir tal distinción a una reina extranjera no agradó a todos, pues era obvio que no podía ser más que un simple motivo de descontento al lado de las múltiples innovaciones que rompían con la tradición republicana y tendían cada vez más a asimilar el Estado romano a una monarquía de tipo helenístico, lo que traería consigo funestas consecuencias para Julio César



Cleopatra ordenó acuñar monedas en las que aparecía como Isis-Afrodita sosteniendo en brazos a un Horus-Eros y, asimismo, mandó decorar los muros de los templos de Hermontis y de Dendera con escenas que celebrasen la llegada de Cesarión al mundo.

Por otro lado, hay que tener en consideración que son varios los investigadores que han querido mostrar la influencia de la reina de Egipto en las grandes reformas que inició Julio César durante los dos años en que este ejerció el poder en solitario. Tal es así, que en el tiempo que Cleopatra estuvo presente en Roma, el dictador proyectó la construcción de un *Caesareum,* o lo que es lo mismo, un templo en honor de sí mismo y de su familia.

El retorno a Alejandría

A fines del 46 a. C., Cleopatra se encontraba de nuevo en Alejandría con el propósito de consolidar aún más su poder. A partir de ese momento, no fue más que una espectadora impotente de los sucesivos acontecimientos.

Si bien es cierto que la situación de Cleopatra en Roma era incierta y peligrosa tras la muerte de Julio César en los idus de marzo del 44 a. C., la faraona esperó varias semanas antes de abandonar la ciudad a pesar de que nunca fue aceptada por un pueblo romano que la miraba con desconfianza –Cicerón fue muy crítico con ella afirmando que todos los males que padecía Roma procedían de

Alejandría–. Tuvo que decidirse a ello para evitar convertirse en rehén de uno u otro de los partidos que se precipitaban fatalmente hacia una nueva guerra civil.

El crítico panorama imperante en Roma en la primavera del 44 a. C. ofrecía a Cleopatra una ocasión perfecta para establecer definitivamente su autoridad en Chipre, si bien es cierto que tenía que prevenir las intrigas de su hermana menor Arsínoe, quien trataba de apoderarse de la isla que el propio Julio César le había adjudicado inicialmente en octubre del 48 a. C.



Según el historiador judío Flavio Josefo (38-101), Cleopatra comprobaba la efectividad de los venenos con los reos e incluso con sus propios sirvientes. En la imagen, *Cleopatra probando venenos en los condenados a muerte,* de Alexandre Cabanel (1887). Museo Real de Bellas Artes, Amberes.

La ley romana prohibía designar como heredero a un extranjero, por lo que Cesarión no tenía ninguna opción de convertirse en el principal beneficiario de Julio César. De hecho, no existía ninguna mención directa a Cesarión en el testamento. No obstante, Suetonio indica que Julio César había señalado en la redacción de su testamento unos tutores para el «hijo que pudiera nacerle». ¿De qué mujer, entonces, podía estar esperando un hijo cuando redactó su testamento el 13 de septiembre del 45 a. C.? Es seguro que no de Calpurnia, su esposa legítima desde el 59 a. C., que por otra parte era estéril. Por consiguiente, es muy probable que esa cláusula concreta se refiriera, de hecho, sin nombrarla a Cleopatra –el único que defendió en el Senado el reconocimiento oficial de Cesarión como hijo legítimo de Julio César fue Marco Antonio, su lugarteniente, con el propósito de oponerse así a las ambiciones que su joven adversario Octavio, el sobrino-nieto de Julio César, basaba únicamente en su adopción póstuma.

Tan pronto como llegó a Alejandría, Cleopatra, ansiosa por la supervivencia política, recurrió al envenenamiento para acabar con el hermano-esposo que tres años antes le impusiera el dictador de Roma como corregente. Eliminado Ptolomeo XIV, Cleopatra se encontró durante un brevísimo periodo como la única soberana de Egipto hasta que nombrase corregente a su hijo. No obstante, el reino no atravesaba sus mejores momentos.

Cleopatra y los cesaricidas

Con el asesinato de Julio César en los idus de marzo del 44 a. C. el mundo perfecto con el que había soñado Cleopatra comenzaba a derrumbarse a su alrededor.

La confusión que caracterizó los acontecimientos de los años 44-43 a. C. se debió esencialmente a las desavenencias entre los varios pretendientes a la herencia cesariana, lo que permitió a los cesaricidas organizarse y reforzarse. Los dos cabecillas del cesaricidio se establecieron en Oriente: Marco Junio Bruto en Macedonia; Cayo Casio Longino en Siria. Pero esta última provincia se encontraba bajo la influencia de Publio Cornelio Dolabela, uno de los líderes de la causa cesariana. Escaso de efectivos militares, Dolabela envió a su legado Alieno a Egipto para que trajera las cuatro legiones que ocupaban el país desde el 47 a. C. Cleopatra no puso ningún inconveniente a su partida, pero, en contra de lo esperado, al volver Alieno fue interceptado por Casio, quien pudo entonces sumar esas cuatro legiones a su propio ejército, que era ya bastante considerable. Como, pese a todo, Dolabela cobró ventaja en el primer encuentro naval, Casio tuvo que exigir naves a todas las potencias marítimas orientales. Cleopatra, finalmente, adoptó una actitud ambigua afirmando que el estado de su país, asolado por el hambre y la peste, no le permitía enviar la flota solicitada. En este sentido, pretendió hacer creer que había preparado una flota para ayudar a Dolabela y que únicamente las inclemencias meteorológicas le habían impedido hacerlo.

Aun cuando sus antecedentes la alejaban del partido que había acabado con la vida de Julio César, Cleopatra no decidía su conducta más que en función de los intereses de su reino. Como la coyuntura parecía favorable a los republicanos, no podía correr el riesgo de proclamarse públicamente su enemiga, si bien tampoco era el momento de ayudarlos directamente. En esta tesitura la primera víctima fue Serapión, el gobernador egipcio en Chipre. Al apoyar a Casio, le ofrecía a Cleopatra plena libertad para aprobarlo o desautorizarlo ulteriormente según el desenlace del conflicto.

Gracias a los diversos refuerzos con los que pudo contar, Casio logró imponerse sobre Dolabela, quien terminó por suicidarse en julio del 43 a. C. Dueño del Oriente, Casio dirigió su atención hacia Egipto. Mientras se preparaba la invasión, Casio fue convocado por Bruto en Esmirna para una reunión de emergencia, pues Octavio, entonces un joven astuto de diecinueve años, y Marco Antonio dejaron de lado sus diferencias personales e intereses políticos formando con Lépido un nuevo triunvirato el 11 de noviembre del 43 a. C. Los triunviros reconocieron entonces por decreto el título de rey a Cesarión con el pretexto de recompensar a su madre la ayuda, o al menos la intención, que había prestado a Dolabela. Naturalmente, tal concesión no tenía otra finalidad que la

de obtener a buen precio la alianza de Egipto. Cleopatra, comprendiendo que no podía defraudar las esperanzas de los triunviros, formó apresuradamente una expedición para unirse a los cesarianos en el Adriático. Casio procuró impedir esa confluencia enviando una flota al cabo Taínaron, en el Peloponeso, con el propósito de interceptar las naves de Cleopatra. Sin embargo, no sirvió de nada la precaución, pues una tormenta derrotó a la armada egipcia frente a las costas de Libia y obligó a la reina a retornar a Alejandría. Cleopatra no tuvo ocasión para otro intento, pues Antonio y Octavio acabaron simultáneamente con los ejércitos de Casio y de Bruto en las dos batallas libradas en Filipos, al norte del mar Egeo, en octubre del 42 a. C.

En principio, la victoria del partido cesariano liderado por los triunviros tendría que haber sido un motivo de satisfacción para Cleopatra, pero la reina de Egipto no veía en la situación más que motivos para inquietarse. Asimismo, era consciente de que el reconocimiento de su hijo como rey respondía simplemente a disposiciones tácticas por parte de Roma.

Tras la victoria sobre los cesaricidas, o sobre los «libertadores», los triunviros se repartieron el pastel provincial dejando a Lépido prácticamente al margen. En todo reparto hay quien se queda con partes importantes, quien recibe los restos y quien apenas llega a probar nada. Esto es lo que le sucedió a los veteranos de las guerras civiles, a quienes Octavio asentó en tierras expropiadas en Italia. Las protestas de unos y otros por estas expropiaciones provocaron otro episodio bélico de esta larga contienda civil: la guerra de Perusia (hoy Perugia) entre los años 41-40 a. C. Octavio salió beneficiado de su victoria en esta guerra, pues, en el nuevo reparto del poder que solía suceder a las matanzas civiles, ya claramente recibía el Occidente, mientras que Antonio recibía el Oriente, quedando Lépido en la frontera entre ambos, en África.

5

Marco Antonio y Cleopatra

Desde el principio, Cleopatra se definió como una mujer políticamente ambiciosa. Su principal inquietud consistió en su propia supervivencia política, y en este sentido la vida de su hermano menor, Ptolomeo XIV, era prescindible, pues temía que actuase del mismo modo a como lo hizo poco antes Ptolomeo XIII. El hecho de que Cleopatra acabara asesinando a un familiar tan cercano fue una clara prueba de un comportamiento psicopático, pues asesinaba sin dar ninguna muestra de sentimiento de culpa o remordimiento.

Cleopatra acabó fácilmente con la vida de su hermano menor, pero sin Julio César a su lado era aún una mujer políticamente vulnerable a pesar de haber recuperado con grandes esfuerzos la economía del reino. Para conservar su puesto en el trono de Egipto, necesitaba una sólida y estrecha relación con Roma. Cleopatra, entonces una madura y experimentada mujer de veintiocho años, se fijó en Marco Antonio, un hombre de cuarenta y dos años y uno de los más ilustres generales del difunto dictador. Asociarse con Marco Antonio le ofrecería la posibilidad de revivir el Imperio alejandrino, pues su mayor prioridad consistía en dotar al reino de la máxima expansión territorial. Pocos años antes, el sexo y la seducción le habían funcionado con Julio César. ¿Por qué buscar ahora otra fórmula con su general?

Tradicionalmente, se ha descrito la relación entre Cleopatra y Marco Antonio como una unión motivada por una pasión amorosa y desbordada en la que la seducción femenina fue suficiente para doblegar la voluntad de un ilustre político y militar degradado hasta el límite de convertirse en un mero títere de la reina –en realidad, no abundan los estudios biográficos dedicados a Marco Antonio y las valoraciones sobre su vida y obra están demasiado ceñidas a las versiones legadas por el círculo de intelectuales de Octavio.

A la muerte de Julio César en los idus de marzo del 44 a. C., dos hombres se enfrentaron por el poder de Roma: Marco Antonio, el cónsul designado, y Octavio, a quien Julio César había

nombrado su heredero legal. Estalló así una breve pero intensa guerra civil en la que Marco Antonio fue finalmente derrotado en Módena el 21 de abril del 43 a. C.

Poco más tarde, el 23 de noviembre del 43 a. C., la *lex Titia* oficializaba un pacto por un periodo de cinco años entre Marco Antonio, Octavio y Lépido. Se constituía de esta manera el ya mencionado triunvirato, en el que estos tres hombres se repartirían todo el poder. En el nuevo reparto de las provincias, Marco Antonio recibió como ya se ha dicho la responsabilidad sobre Oriente con la vigilancia de los estados y los reinos aliados, entre los cuales figuraba Egipto. Antes de servir a las órdenes de Julio César, Marco Antonio había destacado como comandante de la caballería con el procónsul de Siria, Aulo Gabinio, y en esa función había desempeñado un papel importante en la expedición que restableció en el poder al padre de Cleopatra, Ptolomeo XII.

El encuentro de Tarso

Marco Antonio pasó el invierno del 42-41 a. C. en Grecia, donde acrecentó su popularidad demostrando su gusto por lo griego, aunque, no obstante, también impuso numerosas exacciones destinadas a financiar las gratificaciones que les había prometido a sus soldados. Poco después, se trasladó a Asia Menor, donde aumentaron tanto sus exigencias financieras como sus propósitos de ser identificado con el dios Dioniso, de quien se consideraba descendiente.

La expedición que Julio César había preparado contra los partos poco antes de morir, podía emprenderla Marco Antonio ahora que había dado por concluida la guerra civil y estaban sus enemigos sumidos en el más rotundo desconcierto. Para llevar a cabo esta empresa, no le era suficiente identificarse con Dioniso partiendo a la conquista de la India, sino que era necesario movilizar a todos los efectivos de Oriente. Por consiguiente, la cooperación de Egipto en esta empresa resultaba más que indispensable.

Establecido en la ciudad de Tarso, Marco Antonio convocó allí a Cleopatra a través de su legado Quinto Delio, quien informó a la reina del carácter y las dotes del general. En principio, la reina debía acudir a esta ciudad para justificar su comportamiento en los recientes conflictos y, en todo caso, sufrir las consecuencias.

La aparición de Cleopatra ante Marco Antonio en Tarso fue tremendamente espectacular. Nos cuenta Plutarco en la biografía que escribió del general romano que Cleopatra había pasado de la inexperiencia de la juventud a «aquella edad en la que la belleza de las mujeres está en todo su esplendor y la penetración en su mayor fuerza». La subida por el río Cidno hasta Tarso fue un espectáculo extraordinario e insolente. En una nave con velas de color púrpura que se deslizaba por las tranquilas aguas rodeadas por suaves perfumes que invadían el aire, Cleopatra dominaba la situación sentada en un trono dorado situado en lo alto de la popa, bajo un dosel bordado también en oro. A su alrededor iban niños maquillados como amores, y su tripulación, que manejaba remos de plata, estaba formada únicamente por mujeres de gran belleza vestidas como nereidas y gracias. Se trataba claramente de la epifanía de la diosa Afrodita lo que presenciaron las poblaciones ribereñas y

los habitantes de Tarso. Mientras tanto, Marco Antonio, expectante, recibiría a la reina sentado en el estrado en el que daba audiencia.



Con Cleopatra y Marco Antonio todo fue desmesurado y según las fuentes clásicas ambos mantuvieron una fuerte competitividad entre sí. Cuenta la leyenda que con el propósito de dejar perplejo al general romano con su riqueza, la reina ingirió una perla valorada en más de tres millones de sestercios disuelta en una copa llena de vinagre. No obstante, hay que tomar este relato como uno de los grandes mitos que utilizaron los autores romanos en su deseo de demonizar a Cleopatra ilustrando lo decadente que podía llegar a ser. En la imagen, *El encuentro de Marco Antonio y Cleopatra,* fresco de Giovanni Battista Tiepolo, Palazzo Labia, Venecia (1746-1747).

La fastuosa llegada sirvió de introducción a un gran banquete cuyo recuerdo estaría ya para siempre unido al nombre de Cleopatra. La exhibición de lujos que la reina desplegó en esta ocasión no fue más que un adelanto de lo que le esperaba a Marco Antonio en Alejandría.

Fue este el inicio de una aventura legendaria alimentada por la peligrosa combinación del amor y del poder. El lujo desmesurado de la barca con la que hizo su entrada en la ciudad de Tarso desveló a Marco Antonio la riqueza y el potencial de Egipto, que parecía ponerse a disposición de Roma. De esta manera, el general romano se percató de las grandes ventajas que podía suponer contar con su ayuda económica y militar, sin olvidar ni mucho menos su posición estratégica en Oriente.

Cleopatra había calculado todos los detalles para impresionar a Marco Antonio. Lejos de dejarlo fascinado, todo aquel espectáculo halagó, por el contrario, su orgullo. Al presentarse ante él como

una diosa y no como una simple vasalla, Cleopatra reafirmaba al triunviro en la convicción de su propia esencia divina, que le había revelado la entusiasta acogida. Se trataba, por ende, de un encuentro místico entre Dioniso y Afrodita y lo que estaba ahora en juego era la prosperidad de Oriente.



Mientras Arsínoe siguiera viva, la posición de Cleopatra en el poder no estaba totalmente asegurada. Su asesinato en el templo de Artemisa en Éfeso fue todo un escándalo en Roma. En la imagen, restos del templo de Artemisa en Éfeso.

Con este panorama, los malentendidos sobre la actitud de la reina durante la guerra civil se olvidaron inmediatamente, si bien Marco Antonio impuso algunas restricciones a la dominación de Cleopatra sobre Chipre. Por lo demás, la reina pidió y obtuvo del general la eliminación de su hermana menor Arsínoe, que seguía estando refugiada en el templo de Artemisa en Éfeso, así como la ejecución de un falso Ptolomeo XIII que había intentado hacerse con el poder.

La «vida inimitable»

Reafirmada su posición, Cleopatra regresó a su reino con la promesa de que Marco Antonio debía reunirse con ella en Alejandría en cuanto hubiera terminado de solucionar los asuntos de Oriente. El más importante de estos asuntos, la proyectada expedición contra los partos, se aplazó hasta el año siguiente, a pesar de la inminente amenaza de estos, empujados a la acción por el general republicano Labieno, el cual traicionando a su patria había encontrado refugio junto al rey Orodes II.



La vida de Cleopatra era sinónimo de fiesta y de placer. Junto con un reducido grupo de amigos, Cleopatra y Marco Antonio formaron una especie de fraternidad que se entregó a la «vida inimitable», que perseguía una alegría, una libertad y una ebriedad de vivir permanentes. En la imagen, *Banquete de Marco Antonio y Cleopatra,* fresco de Giovanni Battista Tiepolo, Palazzo Labia, Venecia. (1746-1747).

Antonio dejó en un segundo plano los intereses de Roma cuando a fines del 41 a. C. se apresuró a acudir a Alejandría. Permanecería en la capital egipcia durante un año frecuentando centros culturales y salas de conferencias y visitando monumentos y santuarios. Curiosamente, durante su estancia en la capital egipcia vivió como un ciudadano particular al reemplazar la toga romana por la clámide griega.

Un nuevo panorama

Entre la partida de Marco Antonio, en la primavera del 40 a. C., y finales de aquel mismo año, Cleopatra dio a luz a dos gemelos: Alejandro Helios, el Sol; y Cleopatra Selene, la Luna. El nacimiento de dos gemelos era una buena señal y los nombres que se eligieron evidenciaron a todas luces la condición divina de la relación de la que eran fruto.

De nuevo en Roma, en la primavera del 40 a. C., Marco Antonio tuvo que hacer frente a las críticas de sus enemigos, aunque también de sus partidarios, quienes le reprochaban su relación con

la reina de Egipto y el abandono de sus competencias. El comportamiento mostrado por Marco Antonio fue aprovechado por Octavio para desacreditarlo en el triunvirato –había sucumbido al imperio de los sentidos hasta el extremo de desatender su misión y sus obligaciones, dejando Oriente insuficientemente organizada y no prestando la debida atención a los graves acontecimientos que se estaban dando en Occidente–. De esta manera, se le instó a que demostrara su defensa de los intereses de Roma.



La base de la relación entre Cleopatra y Marco Antonio fue el ansia de poder. En este sentido, Cleopatra se aseguró desde un primer momento de que ella debía ser la única soberana de Egipto, realidad que quedó manifiesta en el relieve del templo de Dendera donde se representó a Cleopatra como dueña absoluta del poder egipcio.

Por otro lado, a comienzos del 40 a. C. el panorama vigente en Alejandría era sumamente peligroso, pues los ejércitos partos, dirigidos por Pacoro y por el desertor romano Labieno, avanzaban rápidamente por Siria y Asia Menor, provincias donde Marco Antonio había estacionado escasos efectivos militares. Apamea y Antioquía caerían en manos del ejército parto; en el norte, tras haber ocupado Cilicia, Labieno avanzó hasta Caria, llegando a orillas del mar Egeo; en el sur, Pacoro había expulsado al sumo sacerdote judío Hircano II, cuyo poder acababa de ser confirmado por Marco Antonio, para poner en su lugar a su protegido Antígono. Con tales acontecimientos daba la impresión de que todo el Oriente estaba cayendo poco a poco en manos de los partos.

Sin dudarlo Marco Antonio se dirigió a Tiro, donde le llegaron alarmantes noticias procedentes de Italia. Incitado por su segunda esposa, Fulvia, mujer posesiva y de la alta aristocracia que participó en primera persona en las operaciones políticas y militares del triunviro, el hermano de Marco

Antonio, Lucio Antonio, se había enfrentado a Octavio. El origen del conflicto radicó en el problema de la reinserción de los veteranos de las últimas guerras, cuestión que Octavio había resuelto en su propio beneficio. Con ese propósito había confiscado las tierras de pequeños y grandes propietarios para instalar en las mismas a sus propios soldados desmovilizados sin atender a los veteranos de Marco Antonio, todavía muy numerosos en Occidente. A Fulvia le pareció apropiado aprovecharse de las frustraciones de los terratenientes desposeídos y de los veteranos que no habían recibido nada para prestarle un servicio a Marco Antonio desembarazándose de Octavio.

Este nuevo conflicto civil se saldó rápidamente con la derrota de los efectivos de Lucio Antonio. Asediado en Perusium (Perugia), no le quedó más remedio que rendirse mientras Fulvia huía a Grecia.

Marco Antonio comprendió entonces que era más importante ocuparse en primera instancia de los asuntos de Occidente. Desde Tiro se dirigió a Atenas, donde se encontró con Fulvia. Después desembarcó en Italia preparado para enfrentarse contra Octavio. Este prefirió llegar a un acuerdo pacífico e inició unas largas negociaciones que culminaron en el acuerdo firmado en Brundisium (Brindisi) en octubre del 40 a. C. De esta manera, el triunvirato quedaba reconstruido sobre los mismos cimientos que antes. Además, como Fulvia acababa de morir en Sición, en el Peloponeso, Marco Antonio contrajo matrimonio con Octavia, la hermana de Octavio, como muestra de paz y de alianza con su antiguo adversario.



Fulvia, la segunda mujer de Marco Antonio, le dio al general romano dos hijos, Marco Antonio Antilo y Julio Antonio Crético, que se criaron junto con la hija que Marco Antonio había tenido en un primer matrimonio. Fulvia fue la primera mujer en la historia de Roma en aparecer representada en las monedas. En la imagen, moneda acuñada en la ciudad frigia de Humea con el busto de Fulvia en el anverso.

La paz parecía consolidarse finalmente en Italia, y en el 39 a. C. los triunviros celebraron el acuerdo de Miseno con su último gran oponente, Sexto Pompeyo, que ocupaba Sicilia.

Por su parte, Cleopatra tenía motivos más que suficientes para estar alarmada cuando Roma reforzó sus posiciones en las fronteras de Egipto nombrando a Herodes, enemigo de la reina pero aliado de Marco Antonio desde hacía tiempo, rey de Judea, Idumea y Samaria –el triunviro vio en él una pieza fundamental para lograr la reconquista de Oriente.

Cuando Marco Antonio optó por volver a Oriente en el otoño del 39 a. C., se instaló en Atenas acompañado por Octavia y la hija que esta acababa de darle, Antonia. Desde Atenas, Marco Antonio preparó la liberación de las provincias romanas y de los territorios aliados de Asia ocupados por los partos. Sin embargo, no fue él quien dirigió las operaciones sino que se las encomendó a su legado Publio Ventidio. Fue su legado quien desafió a Labieno en Asia Menor, y poco después, en las proximidades de Antioquía, al príncipe heredero Pacoro, que encontró la muerte en el combate del 38 a. C.

Por primera vez Roma lograba imponerse a los partos. Marco Antonio no intervino personalmente más que para reducir a Antíoco de Comagene, uno de los reyes que había abandonado la alianza con Roma, quien se vio obligado a entregar su capital, Samosata, en las orillas del río Éufrates. No obstante, los logros de Marco Antonio fueron bastante precarios pues no logró acabar del todo con los partos. Asimismo, numerosos territorios orientales, cuya población y cuyos jefes locales sufrían la rapacidad de los representantes de Roma, estaban siempre dispuestos a rebelarse. Por eso, Marco Antonio tuvo que pensar en una nueva campaña que garantizara el orden en el Mediterráneo oriental. Para ello era necesario contar con el apoyo de Occidente, es decir, de Octavio, quien acababa de sufrir un importante imprevisto en su lucha contra Sexto Pompeyo, que todavía seguía controlando Sicilia y que ponía en serio peligro el abastecimiento a Roma del trigo egipcio.

Mediante el Tratado de Tarento del 37 a. C., Marco Antonio cambió ciento veinte naves que necesitaba Octavio para eliminar a Sexto Pompeyo por veinte mil legionarios, además de prolongar por cinco años más el triunvirato, cuyo plazo acababa de expirar oficialmente a finales del 38 a. C.

La campaña de Oriente

A mediados del 37 a. C., Marco Antonio dejó por última vez Italia rumbo a Antioquía. Su mujer Octavia lo acompañó hasta la isla de Corfú, si bien allí la instó a que regresara a Roma, donde daría a luz a su segunda hija, Antonia Minor.

En Antioquía, una de sus primeras medidas fue invitar a Cleopatra a que fuera a verlo. Cualquiera que fuera la razón que empleó Marco Antonio para enviar a su esposa de regreso a Italia, pasaba inevitablemente por un alejamiento de la esposa legítima con objeto de retomar la relación con la reina de Egipto, como si la prolongada ausencia no hubiera hecho más que acentuar todavía más la pasión que sentía por ella.

Para el nuevo enfrentamiento contra los partos era más que necesaria la colaboración de Egipto. En este sentido, se necesitaba la presencia de Cleopatra para la redistribución de los territorios de los

que Marco Antonio hacía una condición previa indispensable para la nueva política que pretendía llevar a cabo en Oriente en nombre de Roma.

Cleopatra tuvo que asistir a Marco Antonio como soberana de un país amigo de Roma. No obstante, a consecuencia de las humillaciones anteriores, la reina, antes de prestar la ayuda solicitada, impuso a Marco Antonio una serie de condiciones que este cumplió en su práctica totalidad: la reina reclamaba que Cesarión fuese reconocido como hijo legítimo y heredero de Julio César, la entrega de territorios orientales y africanos a Egipto, la cesión de la biblioteca de Pérgamo, la aceptación de la paternidad de los gemelos Alejandro Helios y Cleopatra Selene y la celebración de un matrimonio que oficializase formalmente su relación –este enlace nunca sería aceptado en Roma al no estar reconocida la poligamia–. Fruto de este encuentro nacería su tercer hijo, Ptolomeo Filadelfo. Los acuerdos no quedaron registrados por escrito, aunque, sin embargo, fueron suficientes para que Cleopatra comprometiera la ayuda de su reino en la campaña contra los partos.

Tras los diversos fracasos sufridos por sus predecesores, Marco Antonio optó por reducir al mínimo la administración directa de los representantes romanos y reforzar el papel de los estados aliados, siempre que se confiaran estos a hombres leales. Fue de esta manera como gran parte de Asia Menor se repartió entre tres grandes reyes que, sin pertenecer a ninguna dinastía establecida, debieron su ascenso al general romano. Pero donde más se puso de manifiesto la originalidad del sistema ideado por el triunviro fue en las concesiones territoriales que le hizo a Cleopatra: se le confirmó el dominio de Chipre y de otras muchas ciudades y territorios en la costa sirio-palestina y cilicia. Entre esas nuevas posesiones había incluso un estado entero, el reino árabe de Calcis, cuyo soberano había colaborado con los partos. De esta manera, y sin necesidad de tener que recurrir a las armas, Cleopatra había logrado reconstruir en gran parte el imperio existente a comienzos del siglo III a. C.

La situación era realmente confusa en la corte real de los partos: Orodes II, quien años antes había derrotado a Craso, acababa de ser asesinado por su hijo menor, Fraates IV. Como reacción contra este, un grupo de altos dignatarios dirigidos por Moneses se había pasado al bando romano.

Tras reunir un ejército formado por ciento veinte mil hombres, Marco Antonio dirigió un ataque consistente en la invasión del territorio parto internándose en Armenia con el propósito de someterla y contar de esta manera con la ayuda del rey armenio Artavasdes. Sin embargo, el triunviro cometió el error de no dejar estacionadas tropas en el territorio armenio, lo que llevó a Artavasdes a cambiar de bando cuando Marco Antonio se dirigió a la capital de la Media Atropatene, Fraaspa.

La mala fortuna, los errores tácticos y las traiciones transformaron el avance triunfal romano en una rotunda catástrofe. El ejército parto hostigó las líneas de abastecimiento de Marco Antonio dejándolo sin recursos. Ante tal tesitura, Marco Antonio decidió regresar a Siria a través de Armenia, maniobra que le costó la vida de más de treinta mil hombres.

Desde Leucecome solicitó la ayuda de Cleopatra, que había retornado a Alejandría al partir la expedición. La respuesta de la reina se hizo esperar, sin duda más por las dificultades de reunir los refuerzos que Marco Antonio solicitaba que por la renuncia que le reprocharon sus enemigos. En la

espera, el triunviro se entregó a la bebida. Cuando finalmente apareció Cleopatra, pudo conocer a su último hijo.

Al mismo tiempo, Octavio lograba en Occidente varios éxitos que le permitieron proclamar el fin de las guerras civiles. Marco Vipsanio Agripa, el más brillante de sus generales, lograba poner fin a la resistencia ejercida por Sexto Pompeyo en la batalla naval de Nauloco el 3 de septiembre del 36 a. C.

Por otro lado, Lépido, el tercer triunviro, creyó que podría aprovechar la ocasión para añadir Sicilia a sus dominios africanos. Sin embargo, fue una maniobra presuntuosa, pues Octavio, mejor posicionado, vio en ello el argumento necesario para destituirlo del poder. El triunvirato, prorrogado en Tarento en el 37 a. C. por un período de cinco años, se convertía así en un duunvirato, lo que preocupaba mucho a Marco Antonio. Además, Octavio se ocupó de poner a la aristocracia romana de su lado después de contraer matrimonio con Livia.

Contando con los recursos egipcios, Marco Antonio pudo invadir Armenia en represalia por la deslealtad de Artavasdes, siendo esta vez una campaña victoriosa al capturar al rey armenio y anexionarse parte de su reino.

Ante la petición de Marco Antonio para que le suministrara veteranos de las legiones asentadas en Galia tras las importantes bajas sufridas en la campaña parta, Octavio encontró la ocasión ideal para dejar a Marco Antonio en una complicada tesitura: accedió a devolver la mitad de la flota que había precisado para vencer a los piratas de Sexto Pompeyo y le envió únicamente dos mil veteranos, junto con Octavia –sólo una décima parte del contingente acordado en los acuerdos de Tarento del 37 a. C.–. Al comprobar los exiguos recursos militares enviados por Octavio, Marco Antonio comprendió que sus propósitos consistían en iniciar un nuevo conflicto civil, por lo que acabó aceptando las escasas tropas recibidas y repudiando a Octavia, quien continuó viviendo en el hogar de su adúltero marido criando tanto a los hijos que este había tenido con Fulvia como a los suyos propios. Con ello, Octavio logró el argumento necesario para empezar a acusar a Marco Antonio y alejarlo cada vez más del poder político, argumentando que era un hombre sin moral que había abandonado a su fiel esposa y a sus hijos para pasar el resto de sus días junto a Cleopatra. Entre todas estas acusaciones, quizás la más evidente a los ojos de Roma fue la de que Marco Antonio se alejaba de las costumbres romanas adoptando los gustos orientales.

Mientras Marco Antonio, instalado en Alejandría, se recuperaba de su fracaso y se preparaba para la revancha contra los partos, Octavio dirigía con éxito una guerra contra las tribus ilirias que representaban una seria amenaza para las posiciones romanas en la costa del Adriático. A su regreso, en vez de celebrar un triunfo, rindió excepcionales honores a su hermana Octavia y a su esposa Livia, oponiendo de esta manera las virtudes de estas dos mujeres a los supuestos vicios de la reina de Egipto.

Paralelamente, Marco Antonio resolvió los problemas ocasionados por Sexto Pompeyo, quien se había trasladado a Asia Menor, donde logró reunir un pequeño ejército. Pompeyo, tras el fracaso de Marco Antonio en Media, trató de entenderse con los partos. Fue esta traición la que llevó al general a mandar contra Pompeyo un ejército que finalmente lo capturó y ejecutó.

Durante el invierno del 35-34 a. C., Cleopatra mantuvo una intensa actividad diplomática con los estados vecinos. Comenzó sellando una alianza con el rey de Armenia mediante el enlace matrimonial de Alejandro Helios con la hija del rey, matrimonio que no llegó a celebrarse. Acto seguido, tomó una firme postura en el conflicto que en Judea enfrentaba a Herodes con la población asmonea y, finalmente, negoció un tratado con el rey de los medos contra los partos.

En la primavera del 34 a. C., instalado en Siria, Marco Antonio, pese a los reproches de Cleopatra, celebró un nuevo acuerdo con Herodes. A continuación, ocupó completamente Armenia y se alió con el país de los medos.

Poco después obligó al rey Artavasdes a negociar. Aunque el hijo de este se apoderó entonces del trono con la ayuda de la nobleza, las legiones romanas no tardaron mucho tiempo en desbloquear la resistencia armenia forzando al usurpador a huir y refugiarse con los partos. Impresionado por esta demostración de fuerza, el rey medo no tuvo más remedio que acabar aceptando el compromiso matrimonial de su única hija con Alejandro Helios.

Las donaciones de Alejandría

En lugar de celebrar el triunfo en Roma, Marco Antonio prefirió hacerlo en Alejandría. De esta manera, hizo que sus tropas desfilaran por la capital egipcia precedidas por los cautivos y por el rey Artavasdes. Cleopatra asistió al acto y, sentada en un trono de oro, recibió su homenaje. En esta ocasión, no se trataba de un triunfo a la romana: Marco Antonio, coronado con hiedra en vez de laurel, blandiendo el tirso en lugar del cetro de los generales victoriosos, se consideraba de nuevo la encarnación del dios Dioniso. No obstante, la propaganda de Octavio sabrá insinuar que, bajo la influencia de Cleopatra, Marco Antonio había preferido dedicar los bienes logrados al dios greco-egipcio Serapis en vez de a Júpiter capitolino, privando así a la plebe romana, en beneficio del pueblo alejandrino, de los festejos que por derecho le correspondían.

La ceremonia fue realmente asombrosa. Marco Antonio pronunció un discurso, muy probablemente en griego, distribuyendo los territorios de Egipto y los que él mismo había conquistado –incluso varios territorios que todavía no habían caído bajo su poder–. Rodeado de Cleopatra y de los cuatro hijos de esta, comparecía ante el pueblo de Alejandría que se había congregado para presenciar el evento. Proclamó solemnemente a Cleopatra como «reina de reyes». Cesarión, con apenas trece años recién cumplidos, fue reconocido oficialmente como hijo legítimo de Julio César recibiendo el título de «rey de reyes». Ya prometido a la hija del rey medo, Alejandro Helios, de seis años, vestido a la manera persa y tocado con la tiara, recibió el poder real sobre Armenia y sobre todos los países situados más allá del Éufrates hasta el Indo, es decir, el Imperio parto y sus territorios satélites, que Marco Antonio tenía el propósito de conquistar en breve. Ptolomeo Filadelfo, con tan sólo dos años de edad, se convirtió en el soberano de Siria, Fenicia y la mayor parte de Asia Menor hasta el Helesponto. Por último, Cleopatra Selene debía contentarse con reinar sobre la Cirenaica y tal vez sobre una parte de Creta.



El pueblo alejandrino estaba acostumbrado a presenciar suntuosas procesiones, las *Ptolemaia,* organizadas por los soberanos egipcios con fines propagandísticos. Las victorias militares eran un motivo perfectamente idóneo para estas fastuosas fiestas. En la imagen, fotograma de la película *Cleopatra* de Joseph L. Mankiewicz (1963).

De los territorios bajo la jurisdicción de Marco Antonio no se le dejaban al pueblo romano más que las provincias de Aquea, Macedonia y Asia. El resto de territorios orientales se anexionaban así a un imperio heterogéneo dirigido en última instancia por Cleopatra. De esta manera, estas proclamaciones, conocidas en la historiografía clásica y moderna como las «Donaciones de Alejandría», intentaban restablecer, al menos en teoría, el antiguo Imperio ptolemaico.

Sin embargo, el nuevo Estado monárquico dirigido por Cleopatra quedaba bajo el dominio de Roma en calidad de estado vasallo. Por otro lado, la propaganda octaviana explotaría una interpretación negativa de esta ceremonia afirmando que Marco Antonio buscaba poner en manos de la reina de Egipto un vasto reino rival de Italia.

Por consiguiente, estas proclamaciones no fueron sino la causa de la ruptura definitiva en las relaciones de Marco Antonio con Roma. Lo que más inquietaba a Octavio era el hecho de que Cesarión hubiera sido proclamado como el hijo legítimo de Julio César y su heredero. Fue a partir de este momento cuando Octavio consolidó la reputación de Cleopatra como la reina fulana para dar validez a su guerra: cuanto peor fuera la imagen de aquella, más justificado estaría el conflicto.





Tras contraer matrimonio con Marco Antonio, Cleopatra decidió comenzar una nueva numeración de los años de su reinado. En las monedas de la época, excelente reflejo de la solvencia económica del reino, se distingue el sentido de la nueva política que se definió en Alejandría. En los denarios de acuñación romana el retrato y el nombre de Marco Antonio están acompañados por la leyenda «ARMENIA DEVICTA», que proclama la victoria sobre Armenia en el 34 a. C., mientras que en el reverso se representa a Cleopatra como «Reina de reyes cuyos hijos son reyes». Se recoge, por tanto, la concepción de un Oriente que ha de ser gobernado por reyes.

6

La ruptura definitiva con Roma

Lucha de libelos

Roma resultó muy ofendida con la celebración de las «Donaciones de Alejandría», al comprobar que Marco Antonio ya no pretendía conquistar nuevos territorios para la ciudad y su dominio, sino que, por el contrario, lo que realmente buscaba era constituir un gran imperio para sí y contar con Cleopatra como socia, es decir, fundar una nueva monarquía helenística cuya capital fuese Alejandría. Además, los detractores de Marco Antonio vieron en las concesiones una prueba irrefutable de la sumisión del dirigente romano a la reina, como había sucedido pocos años antes con Julio César. No obstante, conviene señalar que Marco Antonio había actuado en su potestad de oficial para administrar el territorio que gobernaba, y si concedió los territorios a Cleopatra fue porque le interesaba fundamentalmente el apoyo financiero que Egipto podía proporcionarle para llevar a buen término sus empresas militares.

Existiera o no un proyecto ideológico tras las «Donaciones de Alejandría», estas difícilmente podrían ser aceptadas en Roma. Tanto los partidarios de Marco Antonio como el mismo Octavio, cuyo principal temor era que la victoria de su adversario sobre los armenios eclipsara sus éxitos en Iliria, evitaron en un primer momento dar demasiada publicidad a la cuestión de las iniciativas del primero. Fue el intercambio de mensajes oficiales y de correspondencia lo que acabó por enfrentar aún más a ambas causas. Así pues, los dos triunviros se lanzaron mutuamente multitud de reproches, siendo la promiscuidad sexual una de las acusaciones más frecuentes entre los dos contendientes.

Mientras Cleopatra consolidaba su alianza con el rey de los medos, quien cedió al ejército egipcio un cuerpo de caballería, Marco Antonio y Octavio se entregaron en cuerpo y alma a una guerra propagandística que llegaría a su punto máximo en el año 32 a. C. En este sentido, Octavio dirigió

ataques muy duros contra la reina de Egipto –es en este preciso momento cuando se potencia la imagen de Cleopatra como la reina ramera– y contra su pueblo, al que consideraba una comunidad decadente que permitía ser gobernada por una mujer.

Los dos adversarios rivalizaron en un legalismo superficial y en una fingida moderación, cada uno de ellos con el fin de conseguir la voluntad del mayor número posible de senadores. Marco Antonio propuso así renunciar a sus poderes de triunviro si Octavio aceptaba hacer lo mismo, pues estaba convencido de que este se negaría a hacerlo ganándose de esta manera, al mismo tiempo, la reprobación de la opinión pública romana.

Octavio supo aprovechar todos los errores de su antiguo colega para acrecentar aún más el desprestigio de este. Varias acusaciones fueron bastante artificiales, como las referidas al asesinato de Sexto Pompeyo y al trato supuestamente indigno que había recibido el rey armenio, Artavasdes. Marco Antonio, por su parte, reprochaba a Octavio el que no le hubiera enviado más que unos escasísimos refuerzos para la guerra contra los partos, que se hubiera adueñado de los territorios y de las tropas de Sexto Pompeyo y de Lépido sin concederle nada a él y, finalmente, que hubiera repartido todas las tierras disponibles únicamente entre sus veteranos, en detrimento de los del ejército de Oriente. A todo ello se sumaban recriminaciones puramente privadas recogidas en numerosas cartas, como una en la que, según Suetonio, Marco Antonio reconocía que se acostaba con la reina egipcia y acto seguido hacía una muy instructiva enumeración de las amantes de Octavio: «¿Qué te ha enojado? ¿Que me acueste con la reina? Es mi mujer. ¿Acaso no dura ya nueve años? ¿Es que tú sólo te acuestas con Livia?». Por otro lado, al rumor de que siempre estaba ebrio, respondió con «Sobre la ebriedad», un discurso que lamentablemente no se ha conservado.

En realidad, Octavio se sentía profundamente ofendido por el reconocimiento de Cesarión como hijo legítimo de Julio César, lo que evidenciaba que él no era el único heredero del dictador.

Con apenas treinta y cinco años, y con el apoyo incondicional de Marco Antonio, los poderes de Cleopatra jamás habían sido tan grandes. Paralelamente, en Roma, Octavio no podía tolerar bajo ningún concepto la expansión egipcia. El enfrentamiento era más que inevitable.

Marco Vipsanio Agripa, la mano derecha de Octavio, expulsó de la ciudad a todos los sospechosos de espiar en beneficio de la reina, incluyendo a todos los magos y astrólogos extranjeros. En Roma, el propio Octavio había comenzado a establecer los elementos de un culto en su honor, levantando en sus propiedades del Palatino un templo dedicado a Apolo, como respuesta a la mística de Marco Antonio-Dionisos-Osiris presente en Alejandría.

Igualmente, los seguidores de Marco Antonio y de Octavio se enfrentaron por medio de libelos y discursos en los que era válido cualquier argumento. De esta manera, corrieron, entre otros, los rumores de que Cesarión no era hijo de Julio César, que Marco Antonio participaba asiduamente en orgías en compañía de Cleopatra, y que se había convertido en un monarca puramente oriental hechizado por las artes de una maga.

La declaración de guerra

Marco Antonio quería evitar el conflicto armado por todos los medios posibles. Prefería permanecer en la legalidad y deseaba que el Senado reconociese su autoridad sobre Oriente. Con dicho propósito, a fines del año 33 a. C. envió sus *acta* o informes a Roma. Dos de sus seguidores, Sosio y Ahenobarbo, cónsules para el año 32 a. C., los leyeron ante los senadores en febrero de ese mismo año. Octavio, que estaba prudentemente rodeado de un grupo de amigos y soldados, replicó con violencia intimidando al Senado. Poco más tarde, en el curso de una nueva sesión denunció oficialmente las «Donaciones de Alejandría». Los partidarios de Marco Antonio, unos doscientos senadores, decidieron entonces, ante la creciente hostilidad de los romanos, abandonar la península itálica para reunirse con su líder en Éfeso. La ruptura se había consumado totalmente. El enfrentamiento entre los dos colegas se había convertido de esta manera en una escisión dentro del Senado.

Octavio logró definitivamente persuadir al Senado para que de manera formal despojase de sus poderes a Marco Antonio, declarando la guerra no a este sino a la reina de Egipto, a la que acusaba de querer ser la reina de Oriente y dominar el Imperio romano, puesto que ella conservaba las provincias cedidas por Marco Antonio. A partir de este momento, Octavio realizó una espectacular declaración de guerra contra Cleopatra. La guerra fue oficialmente declarada en octubre del 32 a. C., pero no a Marco Antonio, sino a la reina de Egipto, de la que Dion Casio afirmaba que «cada vez que pronunciaba un juramento, su mayor voto era que algún día administraría justicia en el Capitolio».

No obstante, ninguno de los dos bandos quería ser el primero en tomar las armas. Octavio pretendió incluso que la marcha de los cónsules y de una parte del Senado se había producido con su consentimiento, negándose a ver en ello la causa del conflicto.

Desde comienzos de marzo del 32 a. C., Cleopatra se instaló con Marco Antonio en Éfeso, donde fueron capaces de concentrar un ejército y una flota poderosos. La reina de Egipto había suministrado doscientas naves –tal vez ciento cuarenta de transporte y sesenta de guerra– así como veinte mil talentos y gran cantidad de víveres para alimentar a todo el ejército durante el conflicto. Cleopatra desempeñaba el papel de soberana, escoltada por una guardia de soldados romanos en cuyos escudos estaba presente su monograma. Acompañada por Marco Antonio, administraba justicia y presidía las reuniones. Según el círculo de eruditos que rodeó a Octavio, se la podía ver cruzando la ciudad a caballo o en litera, mientras que el general romano la seguía a pie. Cleopatra se apoderó de las riquezas de la región y las envió a Alejandría, desde los doscientos mil volúmenes de Pérgamo hasta todo tipo de estatuas y piezas de arte.

En época de Cleopatra no era insólito que los magistrados romanos de las provincias se apoderasen de las obras de arte local. El gran error de Marco Antonio consistió en apropiarse de estas piezas no en su nombre sino en el de Cleopatra. Entre estas figuraron bellas estatuas de Apolo, Zeus, Atenea, Heracles o Áyax.



Según la tradición, Octavio declaró la guerra a Cleopatra en el templo de Belona, la diosa de la guerra. Vestido con el traje de fecial, lanzó una jabalina de madera dirigida simbólicamente contra el enemigo exterior. En la imagen, estatua de Belona.

Los poderes de la faraona sorprenderían incluso a los seguidores de Marco Antonio, que solicitaron que regresase a Egipto. Tan sólo Canidio la defendió incondicionalmente al comprender que la presencia de Cleopatra se explicaba tanto por el deseo que manifestaba la reina de velar por sus propios intereses como por la necesidad que tenía Marco Antonio de las riquezas y del ejército egipcio para conservar Oriente.

En el mes de abril, Marco Antonio y Cleopatra abandonaron Éfeso, convertida entonces en una sólida base militar, en dirección a la isla de Samos, donde celebraron numerosas y suntuosas fiestas a la vez que planificaban la nueva estrategia que habrían de seguir. Al mes siguiente se encontraban en Atenas, cuyos habitantes debieron de recibirlos efusivamente, pues sus estatuas divinizadas fueron colocadas en la Acrópolis. Al principio del verano, Cleopatra obtuvo un gran triunfo personal ya que Marco Antonio repudió a Octavia, quien en consecuencia se vio obligada a abandonar su casa de Roma. El hecho de que Marco Antonio repudiara oficialmente a Octavia al expulsarla de su casa de Roma, en la que ella había seguido residiendo hasta entonces, no fue tampoco pretexto suficiente para declarar la guerra. Para Cleopatra, aquel divorcio mucho tiempo aplazado era una victoria que

encadenaba definitivamente al suyo el destino de Marco Antonio, aunque no se modificara la condición no oficial de su unión.



Según Plutarco, mientras los senadores de Roma se mostraban indecisos, Marco Antonio y Cleopatra organizaron en Oriente un formidable ejército en las ciudades aliadas de Éfeso, Samos y Atenas. En la imagen, ruinas de la biblioteca de Éfeso, cuyos fondos compitieron con los de Alejandría.

Ante tal gesto, algunos partidarios de la causa de Marco Antonio desertaron y se pasaron al enemigo. Entre estos figuraron Planco y Ticio, quienes estaban al corriente de todos sus secretos y revelaron a Octavio la existencia de un testamento redactado por Marco Antonio y custodiado por las vestales. Sin temer ni lo más mínimo el comportamiento sacrílego de sus actos, Octavio se apoderó sin problema del documento y leyó su contenido ante el Senado: «En el testamento, Marco Antonio recoge bajo juramento –según Dion Casio– que Cesarión era realmente hijo de Julio César, legaba ingentes sumas a los hijos de la reina de Egipto que él había educado, y pedía ser enterrado en Alejandría junto a Cleopatra». Esta última voluntad fue interpretada como el deseo de Marco Antonio de trasladar la capital a Alejandría y fundar allí una nueva dinastía, lo que acabó originando la definitiva hostilidad de la opinión pública hacia Marco Antonio y Cleopatra.

A la reina de Egipto se la identificaba con Ónfale, la mítica reina de los lidios que había reducido a Heracles a la esclavitud, obligándolo a vestirse y a comportarse como una mujer. Y era precisamente a Heracles a quien Marco Antonio reivindicaba como ancestro y como modelo. Con tales insinuaciones, Octavio pudo ganar la voluntad de toda Roma y reunir de esta manera unos extraordinarios efectivos militares. Paralelamente, para financiar a sus tropas, Marco Antonio emitió una moneda de inusitada magnitud que inundó todo el Oriente, haciendo circular por todas partes la imagen de sus águilas y de sus naves, así como los nombres de sus diversos cuerpos del ejército.



Octavio se colocó bajo la protección de Marte, el dios romano de la guerra al que levantó un templo y a quien, antes de cada campaña, había que ofrecer un sacrificio. En la imagen, estatua etrusca del Marte de Todi, siglo V a. C.

Octavio recibió los juramentos de fidelidad de Italia, Galia, África, Sicilia y Cerdeña. Reforzado con este reconocimiento para presentarse como defensor de la libertad contra la monarquía, de Occidente contra Oriente, de la romanidad contra la barbarie, se embarcó rumbo al este para enfrentarse contra Marco Antonio y Cleopatra, que se encontraban en Patrás, en el noroeste del Peloponeso. La elección de esta ciudad indicaba que el teatro de operaciones iba a ser una vez más Grecia.

La estrategia puramente defensiva que finalmente adoptó Marco Antonio fue un error decisivo, pues se limitó a ocupar una línea de plazas fortificadas en la costa occidental de Grecia, desde Corfú hasta el cabo Taínaron, en un dispositivo destinado a proteger la ruta marítima hacia Egipto pero cuya fragilidad no tardaría en ponerse de manifiesto.

Octavio, en condiciones de emprender el choque definitivo, se decidió a tomar la iniciativa. El momento fue propicio, pues el régimen del triunvirato, previsto para cinco años en el 37 a. C., expiraba oficialmente en el 32 a. C. Con estas condiciones, pudo privar así a Marco Antonio de todos sus poderes sin dar la impresión de violar la legalidad.

Sin la menor intención de que se le declarase responsable de una nueva guerra civil, trató de plantear la cuestión como un conflicto con una potencia extranjera. Para ello respetó todos los ritos ancestrales que debían acompañar a toda declaración de guerra. El enemigo designado era únicamente Cleopatra. El pretexto, la intención que se le atribuía de reducir a Roma a la esclavitud,

como ya había realizado con Marco Antonio. Al nombrar de esta manera a Cleopatra como única culpable, daba la impresión de que Octavio le ofrecía a Marco Antonio una solución: le bastaba con romper con la causa de la egipcia para recuperar su puesto en la vida política romana. Sus partidarios podían en cualquier caso beneficiarse de esa misma inmunidad, cosa que por otra parte hicieron muchos de ellos en cuanto se cambiaron las tornas.

7

Accio

La batalla

La propaganda oficial de Octavio, unida a las incorrectas actuaciones de Marco Antonio y a la deserción y huida de los cónsules y de trescientos senadores partidarios de este último a comienzos del año 31 a. C., acentuó sobremanera las hostilidades entre ambos triunviros.

Si bien es cierto que Octavio buscó desde el principio el enfrentamiento directo con Marco Antonio, la guerra, como decíamos, se declaró oficialmente contra Cleopatra, a la que se acusó de querer ser la reina de Oriente y dominar todo el Imperio romano. Así se evitaba el estallido de una nueva guerra civil.

Para evitar que el conflicto se desenvolviera en Italia, Octavio y Agripa decidieron trasladar a sus tropas al otro lado del mar Adriático. Las diferencias entre Octavio y Marco Antonio se resolverían finalmente en la batalla naval de Accio, en la costa occidental de Grecia, el 2 de septiembre del 31 a. C. En esta ocasión, las fuerzas de ambos bandos eran notablemente dispares: Octavio tenía preparadas cuatrocientas trirremes o naves ligeras con tres o, como mucho, seis filas de remos, dirigidas por Agripa, quien en todo momento sabría sacar el mayor provecho de las indecisiones y los errores de Marco Antonio. Asimismo, disponía de setenta mil soldados de infantería y doce mil jinetes experimentados reclutados en Italia y en las provincias occidentales. Por otro lado, Marco Antonio contaba solamente con doscientas embarcaciones de guerra, aunque con un calado muy superior. Dichas naves presentaban seis o nueve filas de remos dispuestas en tres niveles y, además, estaban dotadas de una torre de varios pisos en la popa. A los setenta y cinco mil legionarios habría que añadir también veinticinco mil auxiliares –muy probablemente simples mercantes sin adiestramiento militar– y doce mil jinetes. Cleopatra, a bordo del *Antonia* –una de las pocas embarcaciones del periodo helenístico cuyo nombre se conoce–, su nave insignia con velas de color

púrpura, dirigía su personal escuadra de guerra formada por sesenta navíos. Paralelamente, Marco Antonio y Cleopatra contarían con el apoyo de los estados clientes de Libia, Cilicia, Capadocia, Paflagonia, Comagene, Tracia, Ponto, Arabia, Judea y Galacia.



El *rostrum* o espolón de proa estaba destinado a romper el casco de las naves enemigas. En la imagen, reverso de un sextante de cobre de época tardorrepublicana con la proa de una nave de guerra, Museo Británico, Londres.

A pesar de las ventajas iniciales conseguidas por las tropas de Marco Antonio, fueron varios los errores estratégicos que cometió el general a lo largo de todo el conflicto. En este sentido, había dado la orden de atacar con las velas a bordo, aparentemente para poder perseguir al enemigo, pero tal vez para preparar la retirada.

La toma de Metona en la primavera del 31 a. C. amenazó el conjunto de las posiciones antoninianas y la ruta del abastecimiento egipcio. Tras apoderarse con cierta facilidad de la isla de Corfú, Octavio pudo desembarcar a sus tropas sin ningún impedimento e ir ocupando metódicamente la costa y las islas hacia el golfo de Ambracia, al sur del Epiro, donde estaba fondeando la mayor parte de la flota de Marco Antonio. Este, acompañado por la reina de Egipto, salió precipitadamente de Patrás e instaló seguidamente su campamento en la orilla sur del estrecho que daba acceso al golfo, en las proximidades del templo de Apolo en Accio.

En poco tiempo, los dos ejércitos llegaron finalmente al golfo de Ambracia. Tanto Marco Antonio como Octavio habían instalado sus campamentos sobre el promontorio de Accio, en Acarnania, donde permanecieron frente a frente durante varias semanas. Las primeras escaramuzas no se producirían hasta bien entrada la primavera. En estas refriegas, Agripa pudo tomar la mayoría de las bases de su retaguardia, la isla de Leúcade y sobre todo Patrás, lo que hizo absolutamente insostenible la situación de las tropas antoninianas.

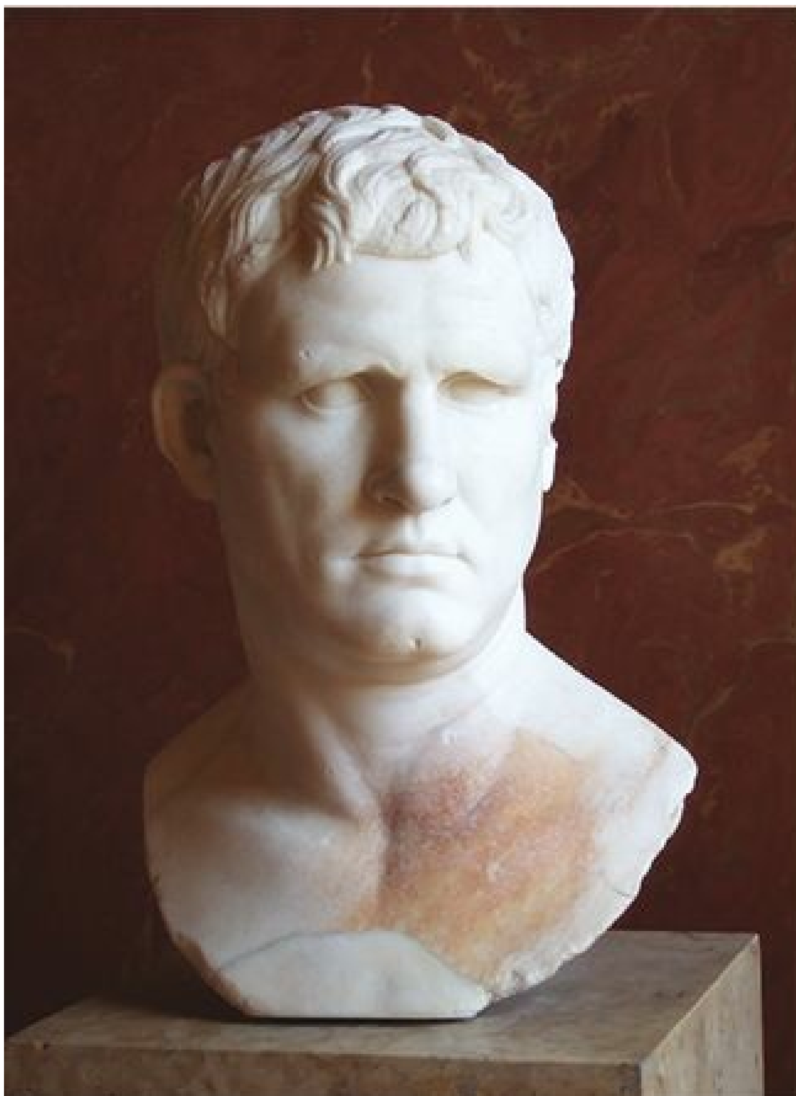


El *arpax* o arpón, diseñado, según Apiano, por Marco Vipsanio Agripa, consistía en un listón de madera de dos metros y medio de longitud reforzado con hierro y un garfio en uno de sus dos extremos para poder asaltar las naves enemigas y luchar cuerpo a cuerpo.

En lugar de abandonar las naves y de forzar al enemigo a librar una batalla terrestre, Marco Antonio, siguiendo ciegamente el consejo de una Cleopatra incapaz de decidirse a hundir la totalidad de la flota, optó por forzar el bloqueo. El ejército de Marco Antonio, rodeado, presentaba serias dificultades para el abastecimiento. Sus fuerzas disminuían precipitadamente, pues los reyes de Tracia y de Paflagonia, conscientes de que la pareja estaba condenada al fracaso, se unieron sin ninguna vacilación a Octavio buscando con ello la confirmación de sólidos lazos de fidelidad con Roma. Asimismo, el legado Quinto Delio también abandonó la causa de Marco Antonio, llevándose consigo los nuevos planes de batalla.

La flota antoniniana se encontraba dividida en cuatro escuadras listas para el combate. Paralelamente, la pequeña escuadra de Cleopatra, que incluía el conjunto de las naves mercantes junto con el cofre del tesoro, permanecía en la retaguardia.

Agripa embarcó a cuarenta mil soldados y tentó a Marco Antonio para que saliera a luchar a mar abierto. Sin embargo, este intentó llevar a cabo un combate cerca de la costa, donde no era posible que sus naves fueran rodeadas por el enemigo. Se produjo, por consiguiente, una situación de estancamiento.

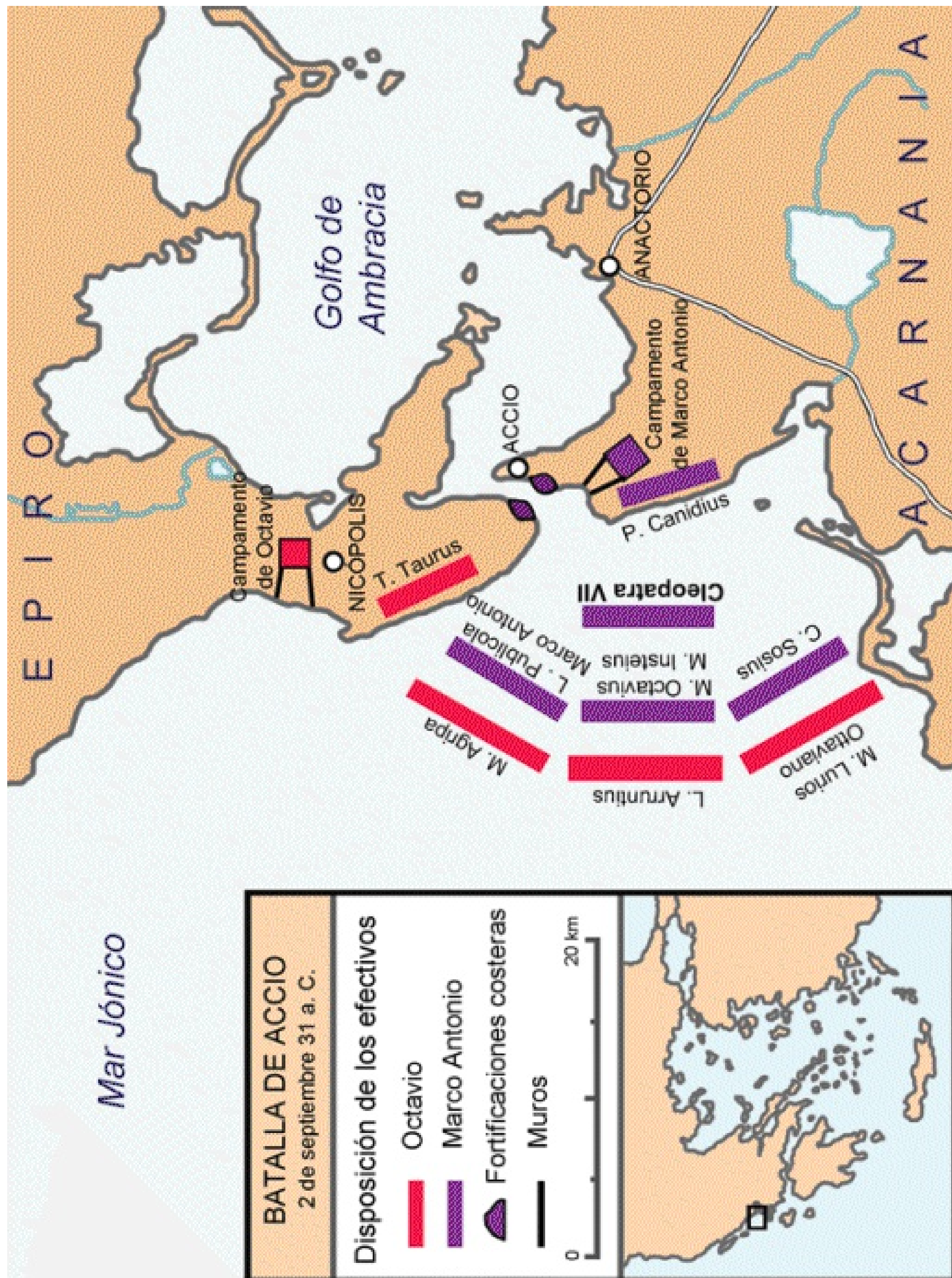


Marco Vipsanio Agripa (63-12 a. C.), uno de los estrategas más ilustres de la Antigüedad, encargado de los asuntos militares de Octavio, fue el verdadero responsable de la derrota de Marco Antonio y Cleopatra en la batalla naval de Accio. En la imagen, busto marmóreo de Marco Vipsanio Agripa, (siglo I a. C.). Museo del Louvre, París.

Finalmente, al mediodía del 2 de septiembre del 31 a. C., debió empezar a soplar una ligera brisa que permitiría a las naves de Marco Antonio poder escapar del alcance de las tropas de Agripa, que había dejado las velas en la costa. De esta manera, Marco Antonio avanzó rápidamente mar adentro para aprovechar el viento. En primer lugar tomó posición el ala izquierda de su flota, y ambos efectivos navales se encontraron frente a frente. Agripa comenzó a extender las líneas para desbordar a Marco Antonio por el flanco. El ala derecha de la flota antoniniana debía desplazarse al norte para evitar esta maniobra, y empezó a separarse del centro. Las naves de Marco Antonio, grandes y lentas, dirigidas por el entonces cónsul Cayo Sosio, fueron finalmente derrotadas por las naves más pequeñas y maniobrables de Agripa y su superior armamento. El pequeño contingente naval de Cleopatra, en vez de luchar, huyó por el centro de la línea de Agripa a través de las naves combatientes.

La única solución para poder escapar con vida era romper el bloqueo de Agripa con una flota reducida al mínimo. El tesoro fue colocado en el *Antonia*. Las velas de las naves antoninianas no fueron retiradas, como se solía hacer para el combate, sino que se llevaron a bordo listas para ser izadas y agilizar la huida. En este sentido, en la historiografía tanto clásica como moderna existen

claras diferencias a la hora de valorar el enfrentamiento, pues por un lado se encuentran aquellos que postulan que Marco Antonio buscaba una retirada completa y por otro lado se alzan aquellos que sugieren que lo que buscaba era un enfrentamiento con una parte del ejército que encubriese lo que en realidad era una huida.



Disposición de los efectivos antoninianos y octavianos en la batalla naval de Accio.

Únicamente quedaron en pie doscientas cuarenta naves frente a las cuatrocientas de Octavio. Todo estaba preparado para huir por mar, mientras que el ejército de tierra era confiado a Publio Canidio Craso, quien debía llevar las tropas por Macedonia y Tracia hasta Asia Menor, donde Marco Antonio tenía la intención de continuar el combate. Sin embargo, por desgracia para él, unos emisarios de Octavio lograron convencer a la tropa y a los suboficiales, cuya moral estaba a un nivel muy bajo después de lo sucedido, de que abandonaran la causa de un jefe que parecía haberlos dejado solos. Todavía más que el desastre naval, esta defección masiva de su ejército sellaba el destino de Marco Antonio, que a partir de ese momento carecía de cualquier medio para invertir la situación.

La propaganda octaviana y la tradición historiográfica clásica presentaron la victoria de Octavio como un triunfo total, pues los dioses y la propia naturaleza así lo habían decidido. Esta guerra sería presentada como una guerra justa y no como una guerra civil, puesto que, como había aclamado Octavio antes de la batalla, Marco Antonio ya ni siquiera era romano. Se trataba, por tanto, de la victoria aplastante de Occidente sobre Oriente, de la virtud sobre la lujuria, de la República romana sobre la monarquía oriental.



Tras la batalla naval de Accio, Octavio, consciente de la importancia del poder marítimo, reorganizó la marina con la creación de flotas permanentes para la protección de las expediciones civiles y mercantes. En este bajorrelieve la popa de la nave está decorada con un cocodrilo, símbolo tradicional de Egipto. El animal, encadenado y puesto a los pies de los marineros, es el emblema de una victoria que Octavio presentó como incuestionable. Relieve de Preneste, fines del siglo I a. C. Museo Pío-Clementino, Vaticano.

LOS COMPAÑEROS DE LA MUERTE

Según el relato de Plutarco, Marco Antonio logró alcanzar finalmente la nave de Cleopatra.

Pese a la huida de Marco Antonio y de Cleopatra, sus tropas siguieron combatiendo a sabiendas de que no conseguirían derrotar al rival. Fue entonces cuando Octavio dio la orden de incendiar las naves enemigas.

Tal vez la reina, presa del nerviosismo, deseaba conservar sus fuerzas intactas frente al posible desembarco de las tropas octavianas en Egipto. Aunque semivencidos, Marco Antonio y Cleopatra habían logrado escapar de la trampa de Octavio. Sin saberlo, estaban navegando rumbo a la muerte.

Tras la batalla naval de Accio, Roma contaba con un señor único e indiscutible: Octavio. Para Marco Antonio y Cleopatra, Accio significó la pérdida de una parte importante de su ejército y la defección de numerosos aliados. La derrota de Accio sepultó los sueños de grandeza de la reina: poco después, Egipto se convertiría en una provincia romana y fracasaría su sueño de inaugurar una nueva dinastía que uniera Roma y Egipto.

La reina no tenía la más mínima intención de regresar a Egipto como una derrotada. Así pues, las naves de su pequeña escuadra, copiosamente adornadas con guirnaldas, entraron en el puerto de Alejandría al ritmo de himnos triunfales. En el cabo Ténaro, al sur del Peloponeso, fue informada de que el ejército de tierra que había dejado en el promontorio de Accio se había rendido a Octavio a cambio de su clemencia, lo que venía siendo una práctica bastante habitual desde tiempos de Julio César.

Los intereses de Cleopatra se fundamentaban en la salvaguarda del futuro de sus hijos y de la independencia de su reino, razón por la que solicitó ayuda a los jefes orientales medos y nabateos.

Una vez en Alejandría, volvió a tomar las riendas del poder y ordenó ejecutar a todos los individuos sospechosos de traición confiscando sus bienes. Asimismo, saqueó los templos con el propósito de acumular la mayor cantidad de fondos posibles (hay quienes han interpretado estas medidas como el resultado de una situación de bancarrota total).

Por su parte, Marco Antonio, consciente de su debilidad, licenció a unos cuantos compañeros que todavía le eran fieles y los recompensó con generosidad. Aún contaba con cuatro legiones estacionadas en la Cirenaica. Se detuvo en Libia para ponerse al frente de ellas, mientras Cleopatra llegaba a Alejandría. Cuando el general romano conoció la defección de las legiones de la Cirenaica, sus hombres más cercanos a duras penas lograron impedir que se suicidara.

De regreso a Alejandría, Marco Antonio cayó una vez más en la más rotunda apatía. Se hizo construir en la isla de Faro, en las proximidades del puerto, una casa pequeña a modo de refugio en la que viviría como un ermitaño, apartado de la corte, y a la que dio el nombre de *Timoneion,* en recuerdo del misántropo Timón de Atenas. Cleopatra, por su parte, alimentaba los proyectos más quiméricos para conjurar la suerte que la esperaba, intentando reconstruir un ejército y una flota y soñando momentáneamente con establecerse en la península ibérica o en la India. Y es que, históricamente, Hispania era una tierra muy rica en recursos naturales y que acogía sin problemas a los romanos que estaban en desacuerdo con el gobierno central.

Paralelamente, Cleopatra, consciente de que Octavio no se quedaría de brazos cruzados, intentó negociar por la vía diplomática con el romano, quien en aquellos momentos se encontraba en Rodas. Solicitaba que el reino fuese asignado a sus hijos y que a Marco Antonio le fuese concedido el derecho de vivir en Egipto o en Atenas como un simple ciudadano romano.

Fue necesaria toda la energía de la reina para sacar a Marco Antonio de su profundo retiro. De esta manera, Cleopatra organizó numerosas fiestas: en honor de la imposición de la toga viril a Antilo, el hijo de Marco Antonio y Fulvia; en honor del ingreso de Cesarión en la lista efebia, lo que tranquilizó considerablemente a la población alejandrina, y, finalmente, en honor del cincuenta y tres aniversario de su esposo. Marco Antonio consintió entonces en volver con sus amigos, que ya no eran los adeptos de la vida inimitable, sino «los compañeros de la muerte» (*synapothanoumenoi*). Habían acordado morir juntos, pero a la espera de la última hora tenían el propósito de compartir los últimos placeres. Una leyenda negra afirma que fue en este preciso momento cuando la reina empezó a probar la eficacia de numerosos venenos en los esclavos y en los prisioneros. Dion Casio afirma también que la reina egipcia había reunido todas sus riquezas en su tumba, amenazando con prenderles fuego si se veía en peligro.

A fines del 31 a. C., antes de marchar a Alejandría, Octavio se vio obligado a regresar a Italia para resolver diversas crisis, entre ellas la revuelta de sus propios veteranos, que estaban descontentos con su suerte. Sobre todo tenía que hacer frente a la nueva crisis económica, y la manera más sencilla de remediar la situación consistía en apoderarse del tesoro lágida. En este sentido, Octavio le encargó a Cornelio Galo, quien había sustituido al antiguo antoniniano Escarpo en Cirene, que invadiera Egipto a través de tierra libias. Marco Antonio se presentó ante él en Paretonion, pero no pudo impedir que tomara la plaza y siguiera avanzando hacia el este. Octavio, por su parte, se aproximaba rápidamente por la costa siria, alcanzando Ptolemaida, la futura San Juan de Acre, donde fue recibido efusivamente por Herodes, quien no había temido en ningún momento salir a su encuentro en Rodas para convencerlo de la sinceridad de su adhesión. Se confirmaban de este modo las previsiones de Cleopatra respecto al rey que Marco Antonio les había dado a los judíos. Herodes adoptó esta posición al ser consciente de que después de Cleopatra era el aliado más fuerte con el que contaba Marco Antonio.

Paralelamente, Amintas de Galacia y Deyotaro de Paflagonia abandonaron también la causa de la pareja a sabiendas de que nada tenían que hacer si seguían apoyándolos.



Desde el primer momento Cleopatra preparó a Cesarión para la sucesión, realidad que viene constatada en la estela de Copto datada el 21 de septiembre del 31 a. C. Museo Británico, Londres.

Plutarco y Dion Casio insinúan que Cleopatra practicó un doble juego tratando de negociar a espaldas en perjuicio del propio Marco Antonio. Pese a todo, es muy probable que la reina tratara de conseguir de Octavio la salvación de sus hijos, y tal vez incluso que le permitiera a Cesarión reinar sobre un Egipto nuevamente vasallo de Roma. La única contrapartida que todavía podía ofrecerle era el libre acceso a Egipto y a su capital. En esas circunstancias cabría plantearse la siguiente pregunta: ¿consintió ella en entregar sin llegar a las armas la plaza de Pelusio a cambio de algunas vagas promesas? De todas maneras, el rumor se propagó rápidamente, pero también en esta ocasión la ingenuidad de tal actitud es difícilmente contrastable con lo que conocemos de su carácter.

Cleopatra no tenía ninguna razón para creer en la sinceridad de los tranquilizadores mensajes que le enviaba Octavio. De hecho, creyó tan poco en ellos que mucho antes de que se produjera la llegada de las legiones enemigas dispuso la huida de Cesarión al reino de Sudán. Ella, por su parte, se encerró con su tesoro y algunos criados en la tumba que se había construido, prueba irrefutable de que bajo ningún concepto quería caer con vida en manos del vencedor, mientras que Marco Antonio, por su parte, trataba de movilizar lo que quedaba de sus fuerzas terrestres y navales para oponer una última resistencia a la desesperada.

Ya no había nada que hacer salvo esperar la llegada de Octavio.

8

Mordida por un áspid: la muerte de la última reina de Egipto

Tras conseguir una rotunda victoria en la batalla naval de Accio, el principal propósito de Octavio fue tomar a Cleopatra como prisionera y exhibirla en Roma durante la celebración del triunfo, simbolizando con ello la superioridad y el éxito sobre la derrotada enemiga como años antes hiciera Julio César con su hermana Arsínoe en agosto del 46 a. C.

Después de entrevistarse con Octavio, un hombre al que bajo ningún concepto podría seducir o sugestionar, Cleopatra comenzó a ser consciente a partir de ese momento de su propio destino. Viendo y rechazando, pues, su futuro como esclava de Roma, prefirió morir y recurrió para ello al suicidio.



Como ya hicieran los autores clásicos, el pintor Raphael Mengs (1728-1779) también planteó la duda de si Cleopatra suplicó o no a Octavio que le perdonase la vida. En la imagen, *Octavio y Cleopatra,* de Raphael Mengs.

Los últimos días de Cleopatra y Marco Antonio

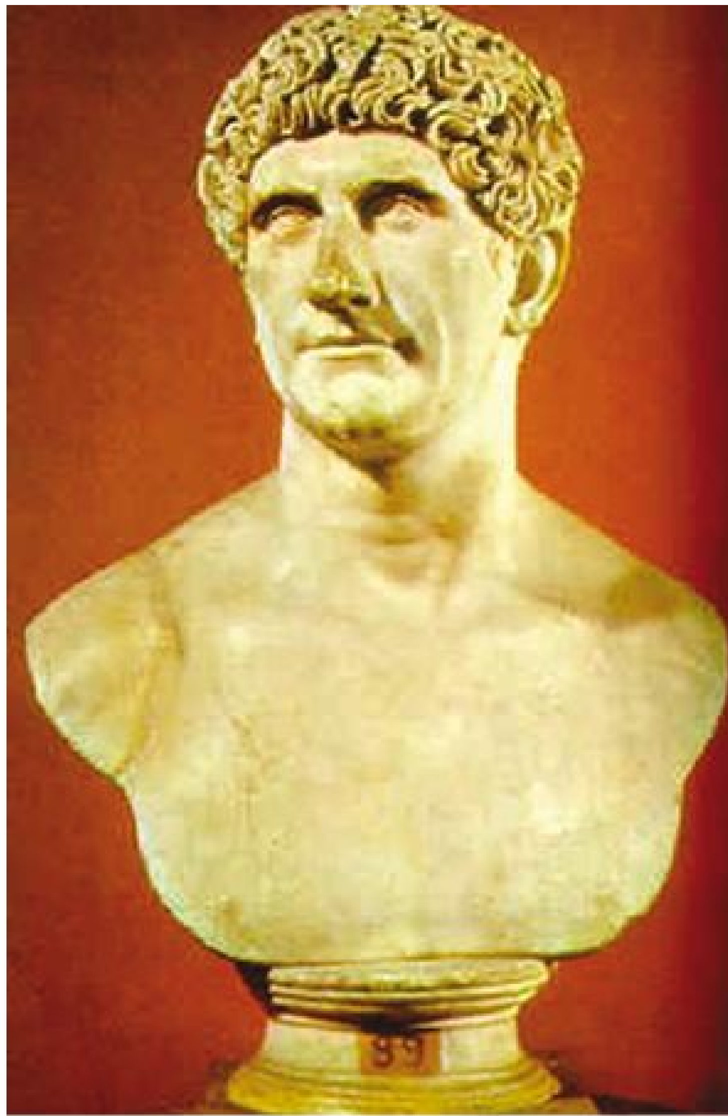
A comienzos del año 30 a. C., Octavio llegaba a la frontera oriental egipcia a la vez que las legiones de Cornelio Galo se estacionaban en la frontera occidental. Egipto estaba contra las cuerdas. La pareja intentó entonces negociar con Octavio: Marco Antonio estaba dispuesto a renunciar a todos sus poderes y convertirse en un simple ciudadano en Egipto o en Grecia; de hecho, como señala Dion Casio, incluso estaba dispuesto a ofrecer su propia vida si con ello lograba salvar la de Cleopatra. Octavio no dio ninguna respuesta, pero, por el contrario, planteó una propuesta a la reina, que ya le había enviado su cetro y su diadema en señal de alianza. Le pidió que abdicase oficialmente la corona e hiciese ejecutar a su amado. La reina, como era de esperar, se negó a hacerlo, si bien es cierto que en ese preciso momento podría haber surgido la incertidumbre.

Según Plutarco, Cleopatra reunió diferentes venenos mortales y, al igual que sus predecesores en el trono, preparó su propia sepultura: una alta torre cuadrangular iluminada tan sólo por dos ventanas. Fue en este lugar donde la reina metió su preciado tesoro acompañado de una gran cantidad de material inflamable para quemarlo todo en caso de que cualquier enemigo intentase apoderarse de la torre. En este sentido, Tiros, el nuevo mensajero que Octavio envió para convencer a la reina de que aceptase una sumisión a Roma, fue golpeado y expulsado violentamente por Marco Antonio, que temía una alianza entre Octavio y Cleopatra.

Entrada la primavera del 30 a. C., las tropas octavianas se apoderaron fácilmente de Pelusio y a comienzos del verano de ese mismo año se encontraban a las puertas de Alejandría. Marco Antonio realizó entonces una salida afortunada con su caballería, si bien esta escaramuza estaba muy lejos de ser una victoria decisiva.

El 31 de julio del 30 a. C., Marco Antonio lanzó a su ejército contra Octavio. Sin embargo, se trataba de un ejército bastante debilitado ya que sólo se batió la infantería –la caballería y la flota ya se habían rendido al enemigo–. La noche anterior había corrido el rumor de que el dios Dionisio, su protector, había abandonado Alejandría en medio de un gran cortejo y al ritmo de varios instrumentos musicales. Como indicó Plutarco, «el dios a quien Marco Antonio quería imitar y parecerse, y con el que deseaba ser confundido, lo abandonaba definitivamente». Era la derrota final. Las legiones octavianas continuaron a las puertas de la ciudad, y Marco Antonio no tuvo más remedio que dejar el campo de batalla.

Fue entonces cuando Marco Antonio fue informado por medio de sus generales de que Cleopatra, encerrada en su mausoleo y presionada por la circunstancia que estaba viviendo, acababa de quitarse la vida. Angustiado por tal noticia, cogió su espada y la tendió a su esclavo Eros, suplicándole que le atravesase con ella. Sin embargo, el joven esclavo la utilizó para matarse a sí mismo. Estimulado al presenciar tal acto, Marco Antonio se clavó la espada en el vientre en el momento en que Diomedes, el secretario personal de Cleopatra, aparecía para anunciar que la reina todavía seguía viva. Marco Antonio moría así víctima de un malentendido.



Afectado por los acontecimientos y las noticias de la supuesta muerte de Cleopatra, Marco Antonio decidió quitarse la vida hundiéndose la espada en el vientre. En la imagen, busto marmóreo de Marco Antonio, Museos Vaticanos, Roma.

Moribundo, Marco Antonio fue llevado al mausoleo donde se encontraba Cleopatra para ver por última vez a su amada. Sin embargo, Cleopatra se había aislado de tal manera para protegerse de los soldados de Octavio, que fue necesario izar el cuerpo sangrante por una de las dos ventanas. Tras recogerlo de esta manera y recostarlo en el lecho, puso sobre él sus propias vestiduras rasgadas para cubrirlo, y empezó a golpearse y arañarse el pecho con sus manos, y secándole la sangre con su rostro, le llamaba su señor, su marido y su emperador, y casi se olvidaba de sus propios males, compadeciendo los de Marco Antonio. Este murió finalmente en sus brazos, no sin antes aconsejarle que intentase salvar la vida.

Octavio temía que Cleopatra, encerrada en su mausoleo, acabase con su propia vida y destruyese el tesoro. Por eso la quería viva. Ante todo deseaba que desfilase encadenada durante la celebración del triunfo ante la mirada y las burlas del pueblo romano. De esta manera, ordenó a Proculeyo, uno de sus hombres de confianza, que hiciera todo lo posible para apoderarse de ella. Pero la reina solamente aceptó parlamentar a través de la puerta cerrada. Únicamente le preocupaba una cosa: que sus hijos siguiesen con vida y heredasen el reino de Egipto.



Según las fuentes, Cleopatra sintió un tremendo dolor cuando sostuvo en sus brazos a un Marco Antonio moribundo. Con su muerte, sabía que el final de sus días era inminente. En la imagen, *La muerte de Marco Antonio y Cleopatra* de A. Turchi. Museo del Louvre, París.

A continuación, también intervino Galo, y mientras distraía la atención de la reina, Proculeyo entró por una de sus ventanas, sorprendió a Cleopatra y le arrancó el puñal con el que tenía intención de quitarse la vida. A partir de ese momento Cleopatra quedaba prisionera y vigilada de cerca por Epafrodito, un liberto de Octavio.

El 1 de agosto del 30 a. C., Octavio entró finalmente en Alejandría por la puerta Canópica. Para tranquilizar a la población, explicó en un extenso discurso pronunciado en griego las razones del comportamiento clemente que iba a seguir: la riqueza y la belleza de la ciudad, la admiración por su fundador Alejandro Magno y la amistad que tenía con el filósofo alejandrino Areio. Después hizo registrar la urbe para encontrar a Antilo, el hijo de Marco Antonio y Fulvia, y a Cesarión. El primero, denunciado por su mentor, fue decapitado en el mismo lugar donde había encontrado refugio, es decir, en el templo que Cleopatra había dedicado a los manes de Julio César. Por el contrario, los hombres de Octavio no lograron localizar tan fácilmente a Cesarión, a quien Cleopatra había ordenado huir hacia la India por la ruta de Etiopía con una gran suma de dinero. Sin embargo, el primogénito de la reina de Egipto no iba a permanecer a salvo durante mucho tiempo.

Cleopatra, que había recibido la venia de Octavio para rendir las debidas honras fúnebres a Marco Antonio, cumplió con esta última obligación. Había decidido suicidarse para ahorrarse así la

humillación de desfilar en el triunfo de Octavio. Sin armas, y vigilada en todo momento por los hombres del nuevo señor de Roma, empezó a dejar de comer y a autolesionarse. Se estaba consumiendo, sin duda ayudada por su médico. Al tener noticia del comportamiento de la reina, Octavio la amenazó: si continuaba comportándose de esa manera, acabaría vilmente con Cesarión. Entonces consintió que la curasen y volvió a alimentarse.

Octavio acudió finalmente a visitar a la reina a su mausoleo. En este sentido, Dion Casio acusa a la reina de haber intentado seducir al romano en el curso de esta última entrevista, de haberse entregado a dulces miradas y palabras. Octavio habría resistido a la tentación. Por su parte, Plutarco recoge la escena con una mirada diferente: pálida, delgada y consumida por la fiebre, la reina no estaba en condiciones de seducir a nadie. No obstante, ofreció a Octavio parte de su tesoro a la vez que recurría a su clemencia. Octavio se cercioró de que Cleopatra todavía tenía intenciones de vivir.

Sin embargo, la reina estaba decidida a morir. El 12 de agosto del 30 a. C., antes de quitarse la vida, visitó por última vez la tumba de Marco Antonio. A continuación, se dedicó a los últimos preparativos: se hizo bañar, maquillar y vestir como una verdadera reina por dos de sus esclavas, Iras y Carmión. Luego envió una misiva a Octavio en la que le solicitaba que su cuerpo fuera sepultado cerca del de su amado. Los hombres de Octavio, para evitar su suicidio, marcharon rápidamente a donde se encontraba la reina. Pero ya era demasiado tarde. Cleopatra, con las insignias de sus ancestros, tanto faraónicos como macedonios, yacía sobre un lecho con sus dos sirvientas a su lado, moribundas. Se hizo venir a médicos y sanadores para evitar la muerte de la reina. Empero, todos los intentos fueron inútiles.

Así moría Cleopatra, la última faraona de Egipto, la gran reina oriental y mujer todopoderosa que había sido capaz de seducir y enfrentarse a Roma.



Como señalan los autores clásicos, Cleopatra murió de la misma manera que vivió: con un gran gesto dramático, pues la teatralidad siempre caracterizó su personalidad. En la imagen, *La muerte de Cleopatra,* óleo de Jean André Rixens, (1874). Musée des Augustins, Toulouse.

Llegados a este punto, hemos de preguntarnos si Cleopatra se suicidó con una aguja impregnada en un veneno que mantenía oculto en una de sus joyas o si por el contrario se hizo morder por un áspid. Conocido en toda Alejandría el hecho de que Cleopatra se había suicidado el 12 de agosto del 30 a. C., a los pocos días comenzó a correr la noticia de que un campesino había traído una cesta de higos en la que habría podido disimular una serpiente.

Con treinta y nueve años Cleopatra había elegido la única libertad que le quedaba: la muerte. Su última estratagema había consistido en burlar la confianza de Octavio.

A pesar de su cólera, Octavio ordenó que su cuerpo fuese sepultado cerca del de Marco Antonio. Asimismo, mandó derribar las estatuas erigidas a la gloria de su enemigo, pero a cambio de una gran suma de dinero que le remitió un fiel amigo de Cleopatra, Arquibio, dejó intactas las estatuas de la reina, si bien es cierto que su destrucción hubiera sido un acto totalmente intolerable.

Las circunstancias en que se produjo el suicidio de la última reina de Egipto siguen siendo todavía un gran misterio, tanto por la aparente facilidad con la que encontró la ocasión para cometerlo como por la naturaleza misma del instrumento. La propaganda octaviana transformó dicho suicidio, que solía considerarse en la época un acto noble y valeroso, en una falacia por parte de Cleopatra que le privaba así de la facultad de ejercer con ella su clemencia.



Muerte de Cleopatra, Claude Vignon (1593-1670). Museo de Bellas Artes de Rennes, Francia.

Estrabón, pese a ser coetáneo a los acontecimientos, evitó elegir entre dos versiones contemporáneas: la que atribuía a su muerte un veneno y la que se basaba en la intervención de una serpiente. Encontramos el mismo tratamiento en los relatos de Plutarco y de Dion Casio. Empero, y pese a su evidente falta de verosimilitud, prevaleció la tesis de la serpiente. De esta manera, los poetas de la época augustea, es decir, Virgilio, Horacio y Propercio, se refirieron a mortíferos reptiles en el momento de tratar la muerte de la última reina de Egipto. Por sus múltiples implicaciones simbólicas y religiosas, aquella forma de morir podía llegar a la imaginación de cualquier individuo. El rumor fue alimentado a su vez por la presencia en el desfile triunfal celebrado por Octavio en Roma de una estatua que representaba a la reina con un áspid enrollado en el brazo. Pero, en realidad, esta estatua no representaba sino a Isis en calidad de Gran Maga. Con ese apoyo iconográfico, se entiende que la leyenda del áspid prevaleciese hasta convertirse en un hecho indiscutible. Los autores modernos tomaron el relevo de los clásicos y encontraron en la víbora –que, en realidad, sería más bien una cobra egipcia, el símbolo del Egipto faraónico– múltiples significaciones, unas relacionadas con las creencias helenísticas y otras extraídas de los antiguos cultos faraónicos.

A fecha de hoy, los monumentos funerarios de Marco Antonio y de Cleopatra no han sido localizados, pero la memoria de ambos personajes ha causado tal impacto que veintiún siglos más tarde siguen siendo objeto de apasionadas versiones históricas y literarias. Su memoria fue honrada durante siglos por los egipcios –al menos hasta el siglo IV, pues ellos lograron entender las actitudes y

los comportamientos de una mujer que ante todo quiso reinar pero haciéndolo en un estado libre de la presencia romana.



El mausoleo de Cleopatra aún no ha sido localizado. Plutarco afirma que se encontraba cerca del templo de Isis. En 2003 se planteó que podría encontrarse en el barrio este de Alejandría. Lamentablemente, sobre dicho emplazamiento existen numerosos edificios, por lo que la excavación arqueológica resulta muy compleja. En 2006, el director del Consejo Superior de Antigüedades Egipcias, Zahi Hawass, sugirió otra localización, Taposiris Magna, a unos cincuenta kilómetros de Alejandría, donde al parecer se localizaron algunos indicios que prometían una rápida resolución del enigma. No obstante, las obras se paralizaron tras las revueltas populares de febrero de 2011 y no se disponen de resultados positivos y determinantes hasta la fecha. En la imagen, recreación del mausoleo de Cleopatra, grabado del siglo XVII, Biblioteca Nacional de París.

Pocos días después de la muerte de Cleopatra, los alejandrinos recibieron asombrados la noticia de que Cesarión retornaba a la capital del reino para suceder a su madre con el título de Ptolomeo XV –en realidad, se trata de un dato ideado por los cronistas egipcios para poder llenar el vacío histórico existente entre la muerte de la madre y el paso a estar bajo el poder oficial de Roma–. Su preceptor, Rhodon, le convenció de que no debía temer en ningún sentido a Octavio. Sin embargo, jamás llegó a Alejandría, pues fue asesinado en el camino de regreso. Ahora Octavio era el único que se podía presentar como heredero de Julio César.

Otra víctima menos famosa pero bastante significativa fue Petubastis IV, sacerdote de Ptah y primo de Cleopatra. Su asesinato eliminó al pretendiente más importante al trono de Egipto.

Por lo que respecta a los hijos de Marco Antonio y Cleopatra, fueron enviados a Roma, donde los acogió Octavia. Únicamente sobreviviría Cleopatra Selene, pues Alejandro Helios y Ptolomeo

Filadelfo desaparecerían rápidamente en misteriosas circunstancias.

Octavio logró apoderarse del tesoro de Cleopatra sin problemas. Saqueó el palacio real, confiscó las propiedades de los alejandrinos sospechosos de complicidad con la reina, se adueñó de dos tercios de los bienes de los ciudadanos adinerados e impuso a la ciudadanía gravosos tributos. Estas medidas le permitieron recompensar generosamente a sus soldados, incluidos aquellos que habían combatido a las órdenes de Marco Antonio, y enviar a Roma una cuantiosa suma de metales preciosos –el tesoro egipcio representó una parte considerable de las dieciséis libras de oro y los cincuenta millones de sestercios en piedras preciosas y perlas que Octavio hizo llegar al templo de Júpiter Capitolino.



La hija de Cleopatra y Marco Antonio, Cleopatra Selene, casada con Juba de Mauritania, se convirtió en reina de la provincia de África, es decir, Numidia y Mauritania, y fundó con su esposo una próspera capital, Cesarea, la actual ciudad argelina de Cherchell. Las monedas acuñadas con su efigie contaban con la marca de su ascendencia egipcia. Tras su muerte y el asesinato en el año 40 de su hijo Ptolomeo por el emperador Calígula (37-40), la dinastía lágida se extinguió. En la imagen, denario acuñado en Cesarea con las efigies de Juba II y Cleopatra Selene.

Tras haber visitado el reino de Egipto hasta la ciudad de Menfis, solucionado los problemas de Oriente y recibido el homenaje de Siria, Judea, Fenicia y de los griegos de Asia, Octavio regresó a Roma a comienzos de agosto del 29 a. C. Se le concedieron numerosos honores, entre ellos tres días de triunfo: el 13 de agosto celebró su victoria sobre los dálmatas; el 14, sobre los bárbaros asiáticos derrotados en Accio, y el 15, sobre Egipto.

En el espectacular desfile que atravesó la ciudad hasta llegar al Capitolio figuraban, además de las alegorías del Nilo y de Egipto, los hijos de Cleopatra y una estatua de su madre, acostada en un lecho fúnebre en la postura que tenía en el momento de su muerte, con una serpiente enrollada en el brazo.

EGIPTO: PROVINCIA ROMANA

Por razones obvias las virtudes de Cleopatra no fueron reconocidas por Roma en ningún momento, si bien es cierto que el ideal de la monarquía helenística contribuyó durante siglos a definir las bases de la política romana.

Tras la caída de Alejandría, Egipto quedó bajo el dominio de Roma pero, a diferencia de las demás provincias, y en buena medida gracias a su importancia económica y estratégica, disfrutaría de una categoría especial. Propiedad personal de Octavio, dependería directamente del emperador, conservando sus rasgos específicos esenciales.

Octavio se adaptó fácilmente al modelo faraónico que había imperado en Egipto durante siglos. De esta manera, se convirtió en el rey del Alto y del Bajo Egipto, hijo del Sol, César eternamente vivo, amado de Ptah y de Isis. En su honor se erigieron estatuas de Octavio-Osiris, Octavio-Thot y Octavio-Faraón. Igualmente, se consagraron varios templos al nuevo faraón como el templo de File en el año 13 a. C.



Al igual que Octavio, los emperadores romanos que le sucedieron fueron representados como faraones. En la imagen, *Octavio como faraón,* Museo de El Cairo, Egipto.

Octavio inauguró de esta manera la larga lista de los emperadores romanos que serían faraones de Egipto hasta fines del siglo IV.

De regreso a Roma, prohibió la construcción de capillas privadas de divinidades egipcias dentro del recinto sagrado o *pomerium,* y embelleció la ciudad con el dinero y los gustos egipcios. Parafraseando a Horacio, «el Egipto conquistado conquistó a Roma».

Octavio estaría más interesado en explotar los recursos del país y de asegurar su dominio sobre el territorio que en respetar las tradiciones locales y las aspiraciones indígenas. Se intensificó sobremanera la explotación agrícola y se mejoró la red de canales de regadío. Paralelamente, se flexibilizaron los monopolios en beneficio de la burguesía helenizada y se intensificaron los intercambios comerciales exteriores. La economía egipcia se mantendría hasta bien entrado el siglo III y el país sería uno de los más prestigiosos graneros de Roma –en realidad, la política administrativa romana únicamente estaba dirigida a obtener riquezas para Roma y no para Egipto.



Para tranquilizar al mismo tiempo a los pueblos y a los dioses de los países conquistados, el sincretismo romano adaptaba sus propias divinidades a las de sus antiguos enemigos. En la imagen, Anubis como legionario romano, siglo II d. C., catacumba de Kom el Shukafa, Alejandría.

Octavio delegaría la gestión de Egipto a un prefecto de rango ecuestre, Cornelio Galo. Fueron respetadas las estructuras administrativas, pero a la enorme masa de funcionarios pagados por el poder central se sumaron los sacerdotes que, privados de sus tierras, recibieron a partir de entonces un salario y fueron cubiertos de honores, puesto que el nuevo faraón no podía permitirse el lujo de ganarse la hostilidad de un clero todopoderoso.

Ningún senador podría pisar suelo egipcio sin la autorización de Octavio, y ningún egipcio, salvo si era alejandrino, podría obtener la ciudadanía romana. La actitud de Octavio respecto a Alejandría

sería ambigua: debía tener en consideración a los elementos griegos y judíos de la población sobre los que se apoyaba, pero al mismo tiempo desconfiaba de ellos. La ciudad no tendría ni magistrados, ni comicios ni asambleas elegidas.

Finalmente, Egipto perdería su régimen especial con la reorganización administrativa del año 395 cuando quedó incorporado al Imperio romano de Oriente y dividido en provincias.

Epílogo

CLEOPATRA: UNA REINA DE LEYENDA

«Si la nariz de Cleopatra hubiera sido más corta, toda la faz de la Tierra habría cambiado».

Con esta afirmación el filósofo y teólogo francés Blaise Pascal (1623-1662) remite al episodio en el que la reina del Nilo intentó persuadir sin éxito a Octavio, quien, sin dudar lo más mínimo, la rechazó con tono firme alegando que su nariz era demasiado grande para su gusto. Tomando como base la conocida como teoría del «efecto mariposa», Pascal quiso dar a entender con este episodio histórico que por un pequeño instante la toma de una simple decisión podría haber cambiado el devenir de la historia.

Tras la batalla naval de Accio, Octavio se había convertido en el hombre más importante de Roma, y de haber caído bajo los influjos y encantos de Cleopatra, como anteriormente ya hicieran Julio César o Marco Antonio, muy probablemente lo hoy conocido como occidental estaría influido por los usos orientales de la reina del Nilo, o incluso Egipto formaría parte de lo que hoy conocemos como Occidente.

Desde el principio, Cleopatra no se enfrentó a Roma como egipcia, sino como una civilizada griega que consideraba bárbara la civilización romana. De haber logrado con éxito todas sus metas, se habría instaurado una monarquía grecorromana, la influencia del helenismo se habría extendido por todo el mundo conocido y Alejandría podría haberse convertido en la capital de un nuevo imperio.

Ningún personaje femenino de la historia ha sido tantas veces recreado en las distintas artes como Cleopatra. De hecho, incluso podríamos afirmar que la última reina de Egipto aún sigue viva entre nosotros tras más de veinte siglos de historia. Después de su muerte, Cleopatra fue adquiriendo un halo de grandeza hasta el extremo de convertirse en el símbolo de los grandes peligros que amenazaban a la cultura y a la tradición romanas.



Busto marmóreo de Cleopatra. Altes Museum, Berlín.

El 12 de agosto del 30 a. C. Cleopatra ponía fin a su vida. La elección del suicidio y los propios avatares de su existencia la convirtieron en un mito que se ha mantenido latente hasta el día de hoy. Si bien es cierto que Cleopatra ha suscitado un gran interés entre los historiadores, han sido fundamentalmente poetas, dramaturgos, novelistas, pintores, músicos y cineastas quienes han rememorado en mayor número de ocasiones su figura elaborando en la mayoría de los casos un modelo femenino bastante alejado del personaje histórico –su biografía ha sido víctima de constantes deformaciones que se detectan también en las investigaciones históricas.

A diferencia de otras mujeres de la historia, Cleopatra ha sido objeto de una fascinación constante en la cultura visual y literaria de Occidente prácticamente desde el momento de su muerte. No obstante, la mayoría de las representaciones suelen estar bastante lejos de lo que fue su propia realidad histórica. Realmente, la imagen de Cleopatra que ha imperado a lo largo de los siglos tan sólo se inspira parcialmente en la vida real de la última reina de Egipto; de ahí la afirmación de que fue uno de los personajes históricos más adulterados de la Antigüedad.

A la figura de Cleopatra se la ha privado de relevancia histórica y se la ha fijado directamente en el ámbito de la leyenda o el mito, ocultando determinados aspectos o primando otros. De esta manera, su figura es conocida a través de un retrato particularmente hostil que se ha mantenido hasta época contemporánea.

Cualquiera que revise los episodios decisivos de su vida podrá contemplar a una reina que reflexionaba y que calculaba detenidamente y en cada momento la toma de sus decisiones, teniendo en cuenta siempre el interés de su reino y el de sus hijos.

Las interpretaciones, tanto antiguas como modernas, de la reina del Nilo han permitido la aparición de diversas y discordantes Cleopatras a lo largo de la historia. Durante siglos, los artistas las han tomado y en ocasiones transformado, y hasta puede afirmarse que cada época ha creado a su propia Cleopatra.

Cuando Cleopatra optó por el suicidio como única salvación era ya una figura famosa gracias, en gran medida, a una imagen literaria creada por los autores contemporáneos como propaganda contra Marco Antonio –poner fin a su vida fue una decisión destinada a reforzar su propia posición de poder–. Reina, extranjera, mujer, frívola, lujuriosa, Cleopatra reunía en su persona todos los vicios y las debilidades que un ciudadano romano despreciaba y temía, pues ante todo era una mujer exótica capaz de cualquier cosa con tal de conseguir sus propósitos, y, al igual que todos los egipcios, capaz de llevar a cabo las más horribles traiciones.

Se hace más que necesario apuntar los diferentes rasgos que sobre Cleopatra se han ido elaborando a lo largo de la historia para poder comprender cómo han ido surgiendo los diversos tópicos sobre el personaje y entender de esta manera los rasgos que han influido en las distintas versiones que sobre la última reina de Egipto se han realizado.

Con la propaganda ideada por Octavio antes y después de la muerte de Cleopatra se comenzó a elaborar el mito de la mujer fatal perpetuado en todas las artes. Las fuentes egipcias y griegas nos permiten conocer mejor a Cleopatra en sus facetas de reina y de madre. Como hemos comprobado, el principal interés de la reina fue mantener la independencia de su país, yendo incluso más allá que sus predecesores –esta política quedó claramente manifiesta en sus acuñaciones monetarias, en las que encontramos a una mujer que reina en solitario y que emite monedas en su propio nombre sin la presencia de ningún compañero masculino.

Apoyándose en la religión oficial y en el culto al soberano, las representaciones realizadas por Cleopatra de sí misma a lo largo de su reinado son, además de una muestra propagandística de su persona y de sus acciones políticas, una forma de legitimar su poder con el único propósito de justificar su posición al frente del país.

En Roma, y ya como Augusto, a Octavio tampoco le interesaba que se perdiera el recuerdo de su enemiga, pues toda la ideología augustea se fundamentaba en la victoria naval de Accio, oficialmente lograda sólo sobre la reina de Egipto.

La figura y obra de Cleopatra acabaron por obsesionar a la imaginación del mundo grecorromano: su magnificencia, su orgullo, su supuesto lujo, las circunstancias de su muerte, pero también su cultura, su ciencia, sus dotes para la magia y, por supuesto, el elemento novelesco de sus apasionados amores, se convirtieron en temas literarios habituales que siguieron desarrollándose mucho más allá del reinado de Augusto –escritores como Virgilio (70 a. C.-19 a. C.), Horacio (65 a. C.-8 a. C.), Lucano (39-65), Plinio el Viejo (23-79), Flavio Josefo (38-101), Apiano (95-165) o Dion Casio (155-235) transmitieron una imagen negativa de la reina de Egipto.

Cada época, incluso cada autor, ha contado con su propia Cleopatra. Entre la Edad Media y el siglo XIX se pasó desde la mujer de mala vida, codiciosa, lujuriosa y psicópata hasta el arquetipo mismo de la mujer ideal. Es decir, unas veces se difamaba en ella a la prostituta diabólica, otras se

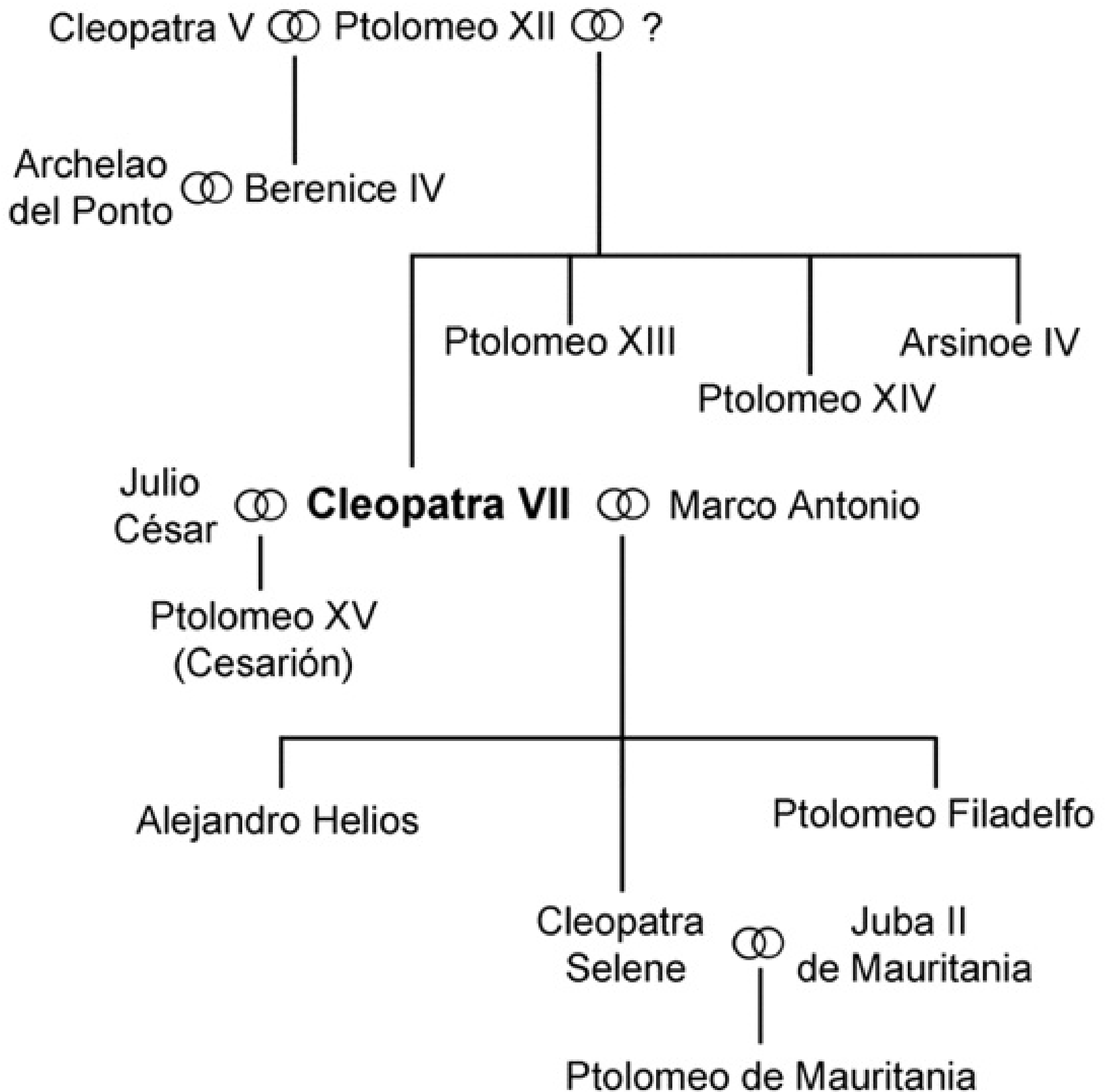
celebraba su sabiduría y castidad. Tras todas estas interpretaciones se oculta la verdadera Cleopatra y, como los relatos de los propios historiadores de la Antigüedad no son realmente objetivos, los únicos testimonios que están fuera de toda sospecha son los documentos contemporáneos que nos ofrecen la imagen que Cleopatra quiso dar de sí misma a sus coetáneos y a la posteridad. Pero, no obstante, se hace necesario interpretar dichas fuentes con cautela.

Lo mítico y lo puramente histórico se entremezclaron en la vida de la última reina de Egipto, biografía adulterada por los tópicos y los convencionalismos que desde la Antigüedad están presentes en todas las artes.

En suma, aunque se hayan vertido ríos de tinta con la intención de definir de la manera más detallada y completa posible su vida y obra, todavía existen numerosas cuestiones que siguen siendo un misterio y que es bastante improbable que lleguemos a resolver. Podremos realizar diferentes hipótesis sobre ellas, pero no conocerlas, por lo que cada uno de nosotros, ineludiblemente, será el directo responsable de construir a su propia Cleopatra.

Genealogía

GENEALOGÍA



Cleopatra V
Ptolomeo XII
?
Archelao del Ponto
Berenice IV
Ptolomeo XIII
Arsinoe IV
Ptolomeo XIV
Julio César
Cleopatra VII
Marco Antonio
Ptolomeo XV (Cesarión)
Alejandro Helios
Ptolomeo Filadelfo
Cleopatra Selene
Juba II de Mauritania
Ptolomeo de Mauritania

Cronología

332 a. C.	Alejandro Magno es nombrado en Menfis faraón del Alto y del Bajo Egipto.
331 a. C.	Alejandro Magno funda Alejandría junto al delta del Nilo.
323 a. C.	Muerte de Alejandro Magno e inicio de la dinastía ptolemaica (322-30 a. C.).
69 a. C.	Nacimiento de Cleopatra VII, hija de Ptolomeo XII.
58 a. C.	Ptolomeo XII huye de Egipto y su hija mayor, Berenice IV, usurpa el trono.
55 a. C.	Gabinio restaura en el trono de Egipto a Ptolomeo XII y Berenice IV es ajusticiada.
52 a. C.	Ptolomeo XII redacta un testamento en el que nombra corregentes a sus dos hijos mayores, Cleopatra VII y Ptolomeo XIII.
51 a. C.	Muerte de Ptolomeo XII.
50 a. C.	La influencia y el poder de Ptolomeo XIII aumentan gracias al apoyo de los consejeros de su padre.
49 a. C.	Ptolomeo XIII comienza la datación de su propio reinado; comienza la guerra civil entre Cneo Pompeyo Magno y Cayo Julio César.
48 a. C.	Cleopatra abandona temporalmente Egipto; victoria de los cesarianos en la batalla de Farsalia; asesinato de Cneo Pompeyo Magno y llegada de Julio César a Alejandría, quien impone la reconciliación entre Cleopatra y Ptolomeo XIII y nombra regentes de Chipre a Arsínoe IV y a Ptolomeo XIV; los consejeros de

	Ptolomeo XIII inician la guerra de Alejandría, conflicto que prosigue hasta la primavera del año siguiente; Arsínoe se une a la causa de Ptolomeo XIII.
47 a. C.	La guerra de Alejandría concluye a comienzos de año con la muerte de Ptolomeo XIII; Julio César nombra corregentes del reino de Egipto a Cleopatra y a su hermano menor, Ptolomeo XIV; Arsínoe es excluida de la sucesión y es llevada a Roma como prisionera; Julio César permanece en Alejandría durante varias semanas; nacimiento de Cesarión.
46 a. C.	Julio César celebra en Roma sus cuatro triunfos; exilio de Arsínoe en Éfeso; Cleopatra y Ptolomeo XIV se trasladan a Roma, donde son oficialmente reconocidos como soberanos aliados; la reina vuelve a Alejandría en otoño.
44 a. C.	Cleopatra regresa a Roma; asesinato de Julio César (15 de marzo); la reina marcha a Alejandría y de manera simultánea Octavio llega a Roma; en el verano Cleopatra asesina a su hermano menor, Ptolomeo XIV.
43 a. C.	Segundo Triunvirato entre Octavio, Marco Antonio y Lépido.
42 a. C.	Batalla de Filipos; muerte de los cesaricidas Bruto y Casio; Marco Antonio permanece en Oriente.
41 a. C.	Encuentro de Marco Antonio y Cleopatra en Tarso.
40 a. C.	Marco Antonio abandona Egipto para resolver los problemas existentes en Siria y en Roma; nacimientos de Alejandro Helios y de Cleopatra Selene; muerte de Fulvia, mujer de Marco Antonio; tras los acuerdos de Brindisi, Marco Antonio obtiene oficialmente el Oriente y contrae matrimonio con Octavia; Herodes visita a Cleopatra.
37 a. C.	Renovación del triunvirato; se inician los preparativos para la guerra pártica; Marco Antonio establece su cuartel general en Antioquía, donde manda llamar a Cleopatra, quien acude con sus gemelos; nuevas anexiones territoriales; las medidas adoptadas por Marco Antonio, instrumentalizadas por Octavio, provocan el descontento en Roma.
36 a. C.	Inicio de la expedición pártica; Cleopatra da a luz a su cuarto hijo, Ptolomeo Filadelfo; desastre de la expedición pártica.
35 a. C.	Marco Antonio organiza una nueva expedición pártica; se acentúa la hostilidad entre Marco Antonio y Octavio; Marco Antonio abandona la campaña pártica sin haber conseguido ningún éxito significativo.

34 a. C.	Donaciones de Alejandría.
33 a. C.	Guerra propagandística.
32 a. C.	Senadores y cónsules fieles a Marco Antonio abandonan Roma para unirse a él en Oriente; Marco Antonio repudia a Octavia y se traslada con Cleopatra a Éfeso, donde comienza a formar su propio ejército; Octavio se apodera del testamento de su rival y, tras una selectiva lectura pública, declara la guerra a la reina; Cleopatra convence a Marco Antonio de no atacar a Octavio en Italia.
31 a. C.	La pareja se establece en Accio para impedir a Octavio cualquier acción en los confines de Egipto; victoria naval de Octavio el 2 de septiembre; Cleopatra abandona el campo de batalla y vuelve a Egipto, donde se prepara para dejar el poder en manos de su primogénito.
30 a. C.	Octavio invade Egipto; suicidios de Marco Antonio y Cleopatra; Cesarión es nombrado rey, pero sólo nominalmente, y es asesinado de inmediato; conversión del reino de Egipto en una provincia romana.
29 a. C.	Celebración del triunfo.
27 a. C.	Octavio es nombrado Augusto.

Glosario

Accio: Octavio declaró oficialmente la guerra contra Cleopatra, a la que acusó de querer ser la reina de Oriente y de dominar todo el Imperio romano evitando así el estallido de una nueva guerra civil. La batalla naval de Accio tuvo lugar el 2 de septiembre del 31 a. C. entre las flotas de Octavio, lideradas por Marco Vipsanio Agripa, y las de Marco Antonio, en las proximidades del golfo de Ambracia y el promontorio de Accio, en la costa occidental de Grecia. La batalla concluyó con la rotunda victoria de Octavio y la huida de Marco Antonio y Cleopatra.

Agripa: Marco Vipsanio Agripa, la mano derecha de Octavio en los asuntos militares, fue uno de los estrategas más ilustres de la Antigüedad al ser el verdadero responsable de la derrota de Marco Antonio y de Cleopatra en la batalla naval de Accio. Como procónsul fue el encargado de la reorganización de la flota y del Ejército romano, e igualmente destacó gracias a las construcciones que embellecieron la ciudad de Roma así como por el mapa del mundo antiguo que diseñó a partir de los datos que recogió durante sus viajes. Gracias a su matrimonio con Julia, la hija de Octavio, fue elegido su sucesor pero, sin embargo, falleció antes que él.

Alejandría: la ciudad de Alejandría, la futura capital del Egipto ptolemaico, fue fundada por el rey macedonio Alejandro Magno el 7 de abril del 331 a. C. El lugar exacto sobre el que el rey macedonio fundó la ciudad se llamaba Rhakotis, un pequeño poblado habitado por pescadores. Como el resto de ciudades griegas, contó con una gran plaza central, el *agora,* y con una calle principal de treinta metros de anchura y seis kilómetros de largo que atravesaba la ciudad, con calles paralelas y perpendiculares, cruzándose siempre en ángulo recto. El geógrafo Estrabón afirma que en el área norte se encontraban el museo, los palacios reales, los jardines, la tumba de Alejandro Magno y las de los primeros Ptolomeos, y que en el área sur se situaban algunos templos y edificios públicos. En tiempos de Cleopatra, Alejandría sería la mayor ciudad del mundo antiguo.

Alejandro Helios: hijo mayor de Marco Antonio y de Cleopatra y hermano mellizo de Cleopatra Selene, su madre lo llamó así en honor de sus antepasados griegos. A fines del 34 a. C., en las

Donaciones de Alejandría, se le nombró rey de Armenia, Media y Partia. La tradición historiográfica sostiene que tras los suicidios de sus progenitores murió en extrañas circunstancias.

Alejandro Magno: hijo de Filipo II y de Olimpia, el rey macedonio Alejandro Magno fue acogido efusivamente por los egipcios tras lograr la victoria definitiva sobre los persas en el 332 a. C. Como salvador y libertador del pueblo egipcio, se le concedió la corona de los dos reinos, es decir, del Alto y del Bajo Egipto, siendo nombrado faraón en Menfis a fines del 332 a. C. Dos acontecimientos significativos evidenciaron su presencia en Egipto: la fundación de Alejandría y la visita al oasis de Siwa para consultar el oráculo del dios Amón, que le reconoció como hijo prometiéndole soberanía universal. Con motivo de las nuevas campañas programadas en Oriente, en el 331 a. C. dejó en Egipto a un virrey que debía administrarlo en su nombre. Pero pocos años después, en el verano del 323 a. C., Alejandro murió. Con su muerte, sus generales se repartieron su inmenso imperio. Egipto fue asignado a Ptolomeo, el hijo de Lagos, uno de los más distinguidos generales que lucharon junto al rey macedonio y que en un primer momento asumió las funciones propias de un virrey y ejerció el poder primero en nombre del hermano de Alejandro, Filipo Arrideo y, más tarde, en el de su hijo Alejandro IV.

Aquilas: comandante de la flota egipcia y tutor de Ptolomeo XIII, que fue reemplazado por Ganímedes tras su asesinato.

Arquelao: esposo de Berenice IV. Murió en la batalla contra Aulo Gabinio, el gobernador romano de Siria, que restauró a Ptolomeo XII en el trono de Egipto.

Arsínoe IV: hermana menor de Cleopatra, durante la guerra de Alejandría pudo escapar al campamento de las tropas egipcias gracias a la ayuda de Ganímedes. Con la victoria de las tropas cesarianas fue llevada a Roma y Julio César la perdonó e incluso la hizo reina de Chipre, reservando Egipto para Cleopatra. Molesta por el reparto, Arsínoe IV atacó a su hermana, pero fue derrotada y desterrada a Éfeso, donde más tarde sería ejecutada por Marco Antonio para satisfacer los deseos de Cleopatra.

Augusto: título concedido por el Senado de Roma al primer emperador, Octavio, en el 27 a. C. Desde entonces, fue asumido por todos los emperadores que le sucedieron.

Berenice IV: hija mayor de Ptolomeo XII Auletes, expulsó del trono a su padre en el 58 a. C. tras las revueltas provocadas por la anexión romana de Chipre. Después de una breve corregencia con su madre, desde el año 57 a. C. gobernó como única reina de Egipto. En el año 55 a. C., gracias al apoyo del procónsul de Siria, Aulo Gabinio, Ptolomeo XII logró recuperar el trono ordenando ejecutar a su hija.

Biblioteca de Alejandría: las fuentes sitúan su fundación alrededor del año 295 a. C. y desde entonces contó con una amplísima colección bibliográfica. Estuvo dirigida por hombres ilustres que a la vez ejercieron como profesores de los hijos de la aristocracia. La organización de los fondos se fundamentaba en la división de los autores griegos y latinos entre las categorías de prosa y poesía.

Julio César y Marco Antonio estuvieron muy ligados al destino de la biblioteca de Alejandría. Al primero se le culpa del incendio y la desaparición de la mayoría de sus fondos durante la guerra de Alejandría y al segundo se le atribuye la adquisición de más de doscientos mil volúmenes procedentes de la biblioteca de Pérgamo para compensar a Cleopatra por la pérdida anterior. El cierre de la biblioteca de Alejandría se produjo muy probablemente durante el reinado de Teodosio (379-395), si bien las verdaderas razones de su desaparición fueron varias: las guerras, las invasiones, los saqueos, el fanatismo religioso, la degradación del papiro, la dispersión de los fondos y sobre todo la inactividad y la desidia.

Caesareion: dedicado al emperador Augusto (27 a. C.-14 d. C.), el primer emperador de Roma, la construcción del templo comenzó en tiempos de Cleopatra. En tiempos del emperador Constantino (306-337) se transformó en una iglesia dedicada a san Miguel, y desde mediados del siglo IV se convirtió en la sede oficial del patriarca de Alejandría.

Cleopatra Selene: hija mayor de Marco Antonio y de Cleopatra y hermana melliza de Alejandro Helios, a fines del 34 a. C., durante las Donaciones de Alejandría, se le concedió la Cirenaica y Libia. Contrajo matrimonio con el rey Juba de Mauritania y se convirtió así en reina de la provincia de África, es decir, Numidia y Mauritania, fundando con su esposo una próspera capital, Cesarea. Tras su muerte y el asesinato en el año 40 de su hijo Ptolomeo por el emperador Calígula, la dinastía Lágida se extinguió completamente.

Clientela: en época clásica, relación de dependencia sacra y hereditaria que vinculaba a familias aristocráticas con familias de menor rango.

Dictadura romana: magistratura extraordinaria de seis meses de duración dotada de poderes supremos civiles y militares a la que se recurría en tiempos de crisis extrema en sustitución del consulado. Marco Antonio la abolió en el 44 a. C. con la *lex Antonia de dictatura tollenda*.

Donaciones de Alejandría: celebradas a fines del 34 a. C., fueron un conjunto de medidas por medio de las cuales Marco Antonio distribuyó territorios entre los hijos de Cleopatra y proclamó oficialmente su divorcio con Octavia. Las Donaciones de Alejandría provocaron la ruptura definitiva de las relaciones de Marco Antonio con Roma y acentuaron aún más el distanciamiento entre este y Octavio.

Dioiketes: primer ministro egipcio.

Faro de Alejandría: ubicado en el lado oriental de la isla de Faros, las obras comenzaron durante el reinado de Ptolomeo I. Considerado una de las siete Maravillas del Mundo, contaba con una compleja estructura formada por tres niveles distintos. El faro alcanzaba los ciento veinte metros de altura y su cúspide estaba coronada por una estatua de Poseidón, el dios griego del mar. Fue víctima de varios terremotos y en el año 1477 sus restos fueron transformados en una fortaleza por orden del sultán Qait Bey.

Ganímedes: tutor de Arsínoe IV y comandante de la flota egipcia a la muerte de Aquilas, huyó de

Egipto al término de la guerra de Alejandría.

Idus: en el calendario romano corresponde al día 15 de los meses de marzo, mayo, julio y octubre, y al día 13 del resto de los meses del año.

Legión: unidad principal del ejército romano con unos efectivos que oscilaban entre los cuatro mil ochocientos y cinco mil hombres, si bien en la práctica el número de soldados era frecuentemente menor.

Mausoleo: monumento fúnebre levantado en honor de un personaje ilustre.

Museo de Alejandría: templo consagrado a las Musas, las diosas de las artes y de las ciencias, el museo de Alejandría fue en realidad un centro de investigaciones científicas que sirvió de lugar de encuentro a los más importantes filósofos, científicos, poetas y estudiosos del momento.

Nilo: Egipto fundamentó su economía en la irrigación de las aguas del río Nilo, ya que aportaba pescado y papiro y en sus riberas se cultivaba trigo, cebada y lino. Asimismo, también funcionaba como una eficiente vía de transporte.

Octavia: hermana de Octavio y defensora de las virtudes tradicionales romanas, contrajo matrimonio en el 40 a. C. con Marco Antonio para consolidar las relaciones entre este y su hermano. No obstante, en el 36 a. C. Marco Antonio la abandonó por Cleopatra, con la que ya tenía tres hijos. Cuatro años más tarde, Marco Antonio se divorció oficialmente de ella, lo que provocó la ruptura definitiva entre los triunviros y el comienzo de una nueva guerra civil. Cuando Octavio venció a Marco Antonio y a Cleopatra en la batalla naval de Accio, Octavia se hizo cargo de los tres hijos de la pareja.

Palacio de Alejandría: situado en el norte de Alejandría, concretamente en el promontorio de Lochias, Estrabón afirma que el Palacio Real de Alejandría ocupaba una tercera o cuarta parte de toda la ciudad. Era un palacio de tradición griega completamente decorado con mármol blanco y con un amplio jardín en el que existían numerosas fuentes y estatuas.

Potino: tutor de Ptolomeo XIII junto con el general Aquilas y Teodoto de Quíos. La tradición historiográfica defiende que en el 48 a. C., actuando como corregente, utilizó su influencia para poner a Ptolomeo XIII en contra de su hermana Cleopatra y obligarla a abandonar el país. Con el estallido de la guerra civil entre Pompeyo y Julio César, se encontró con el dilema de a quién debía apoyar. Finalmente, y tras la pérdida del bando pompeyano en la batalla de Farsalia en agosto del 48 a. C., creyó que lo más oportuno era acabar con la vida de Pompeyo para confirmar así el favor de Julio César. No obstante, y en contra de lo esperado, este reaccionó con indignación y la aparición en escena de Cleopatra decidió al general romano en su contra. Fue así como Potino levantó Alejandría en contra de Julio César. En la batalla, Ptolomeo XIII murió ahogado durante la huida mientras que Potino fue capturado y ejecutado. En consecuencia, Cleopatra quedaba como única soberana de Egipto.

Pompeyo: los poderes extraordinarios concedidos a Cneo Pompeyo Magno evidenciaron la inadecuación del ordenamiento republicano a las nuevas necesidades derivadas de su proyección imperialista. Junto con Cayo Julio César y Marco Licinio Craso formó el primer triunvirato y ejerció una brillante carrera militar a lo largo de dos décadas. Tras ser derrotado por el bando cesariano en la batalla de Farsalia, murió asesinado en Alejandría el 28 de septiembre del 48 a. C.

Principado: sistema de gobierno imperial instaurado por Augusto en el año 27 a. C. y que se prolongó hasta el año 305 con la abdicación de Diocleciano.

Propaganda octaviana: la propaganda oficial de Octavio, unida a las incorrectas actuaciones de Marco Antonio y a la deserción y huida de los cónsules y de trescientos senadores partidarios de Marco Antonio a comienzos del año 31 a. C., acentuaron en sumo grado las hostilidades entre ambos triunviros. Mientras Cleopatra consolidaba su alianza con el rey de los medos, quien cedió al ejército egipcio un cuerpo de caballería, Marco Antonio y Octavio emprendieron una guerra propagandística que llegaría a su punto más alto en el año 32 a. C. La propaganda octaviana y la tradición historiográfica clásica presentaron la victoria de Octavio en la batalla de Accio como un triunfo total. El conflicto entre Octavio y Cleopatra fue presentado como una guerra justa y no como una guerra civil, puesto que, como había aclamado Octavio antes de la batalla, Marco Antonio ya ni siquiera era romano. Se trataba, por consiguiente, de la victoria aplastante de Occidente sobre Oriente.

Ptolomeo Filadelfo: hijo menor de Marco Antonio y Cleopatra que, en virtud de las Donaciones de Alejandría del 34 a. C., se convirtió en el soberano de Siria, Fenicia y la mayor parte de Asia Menor hasta el Helesponto. Al igual que su hermano mayor Alejandro Helios, se cree que murió en extrañas circunstancias.

Ptolomeo XI: a la muerte de su tío Ptolomeo IX, Roma hizo todo lo posible para lograr su acceso al trono. Se le exigió que contrajera matrimonio con su tía Berenice III, pero la hizo asesinar poco después de la boda. El pueblo alejandrino, indignado por lo sucedido, lo linchó.

Ptolomeo XII «Auletes»: hijo bastardo de Ptolomeo XI, su reconocimiento como soberano legítimo de Egipto en el 59 a. C. se hizo posible gracias a los sobornos realizados a Pompeyo y a Julio César. Empero, en dicho reconocimiento Roma no incluyó a Chipre, que se anexionó en el 58 a. C. ante la pasividad del rey egipcio. Reconocido como rey, fue famoso por su corrupción y maldad y por buscar en todo momento apoyos en Roma. Poco antes de morir en el 51 a. C., nombró corregentes a sus hijos, Cleopatra VII y Ptolomeo XIII, que tuvieron que contraer matrimonio según la ley de los Ptolomeos.

Ptolomeo XIII: a la muerte de Ptolomeo XII «Auletes» el trono de Egipto quedó en manos de sus hijos Ptolomeo XIII y Cleopatra, quienes contrajeron matrimonio en virtud de la ley de los Ptolomeos. En el 48 a. C. el tutor de Ptolomeo XIII, el eunuco Potino, intentó deponer a Cleopatra, lo que provocó que estallase la guerra entre ambos hermanos. Para congraciarse con

Julio César hizo asesinar a Pompeyo. Pero, sin embargo, fue realmente su hermana quien logró ganarse el favor de Julio César. Finalmente, murió ahogado en el Nilo mientras huía.

Ptolomeo XIV: hermano menor de Cleopatra, fue proclamado su corregente tras la muerte de su hermano Ptolomeo XIII. La tradición historiográfica defiende que Cleopatra ordenó asesinarlo con el único propósito de reemplazarlo por su hijo Ptolomeo XV «Cesarión».

Ptolomeo XV «Cesarión»: tradicionalmente considerado como el hijo ilegítimo que Julio César tuvo con Cleopatra, Ptolomeo XV fue conocido popularmente por los alejandrinos como Cesarión, es decir, 'el pequeño César'. A finales del 44 a. C., en las Donaciones de Alejandría se le nombró corregente de Egipto, Chipre, Libia y el sur de Siria, subordinado a su madre, y también fue nombrado «rey de reyes» a la vez que se le proclamaba hijo y heredero legítimo de Julio César. Esta declaración fue la causa que rompió definitivamente las relaciones entre Marco Antonio y Octavio. Finalmente, Octavio invadió Egipto en el 30 a. C. y estaba decidido a asesinar a Cesarión, quien se vio obligado a huir del reino. Poco después del suicidio de su madre, Cesarión, aconsejado por su tutor, quien creía que era mejor confiar en Octavio, regresó a Alejandría donde finalmente murió asesinado.

Ptolomeos: la dinastía ptolemaica o lágida fue fundada por Ptolomeo I Sóter, general de Alejandro Magno, en el año 323 a. C., y gobernó Egipto desde entonces hasta el 30 a. C., en que se convirtió en provincia romana.

Puerto de Alejandría: la fundación del puerto de Alejandría permitió a Egipto contar con el puerto marítimo del que entonces había carecido, pues a través del él los productos egipcios tendrían una fácil salida. Fundado por Alejandro Magno, se encontraba dispuesto a lo largo de una estrecha extensión de tierra entre el mar, al norte, y el lago Mareotis, al sur, mirando a la isla de Faros, que estaba situada a poco más de un kilómetro y medio de distancia.

Serapeion: los Ptolomeos confirmaron un culto nacional hermanando creencias griegas y egipcias mediante la construcción de un culto a Serapis, la divinidad oficial. El templo se mantuvo activo durante siglos y fue muy frecuentado por todo tipo de peregrinos, hasta que en el año 391 el patriarca cristiano de Alejandría, Teófilo, arrasó el edificio en su deseo de acabar con los cultos paganos.

Teodoto de Quíos: retórico griego preceptor de Ptolomeo XIII que junto con el eunuco Potino y el comandante del ejército egipcio Aquilas se dedicó a fomentar las desavenencias entre Ptolomeo XIII y Cleopatra y a promover disturbios en Alejandría en contra del gobierno de la reina. En plena guerra civil, y con objeto de ganarse la voluntad de Julio César sin temer las represalias de Pompeyo, decidió acabar con la vida del picentino. De esta manera, podrían ganarse la amistad de Julio César y no tendrían que temer la enemistad de Pompeyo argumentando que «los muertos no muerden». Al llegar Julio César a Egipto preguntando por Pompeyo, Teodoto le entregó el anillo y la cabeza de su rival. Sin embargo, la reacción de Julio César no fue la esperada, pues lloró la

muerte de quien antes había sido su amigo y yerno, y exigió la ejecución de los autores del crimen y el destierro de Teodoto.

Triunfo: en la antigua Roma, era una ceremonia organizada por el Senado para honrar a un general victorioso. Para su obtención era necesario haber derrotado a un enemigo honorable o haberle ocasionado cinco mil bajas en una sola acción. Vestido como Júpiter, con manto púrpura bordado en oro, el *triumphator* recorría la Vía Sacra de Roma montado en una cuadriga y al llegar al Capitolio ascendía por la escalinata precedido de los lictores y seguido por los magistrados y su familia. A su espalda, un esclavo le recordaba su condición humana, mientras sus tropas recitaban versos sarcásticos en torno a su persona. Tras este cortejo figuraban los carros con los botines conseguidos y los cautivos. La ceremonia culminaba con la ejecución ritual del líder enemigo.

Triunvirato: alternativa política al régimen repu-blicano fundamentada en la dirección del Estado por parte de tres miembros con igualdad de poderes extraordinarios.

Bibliografía

Ashton, Sally Ann. Cleopatra and Egypt. Oxford: Blackwell, 2008.

Becher, Ilse. Der Bild des Kleopatra in der griechischen und lateinischen Literatur. Berlín: Deutsche Akademie des Wissenschaft, 1966.

Bevan, Edwyn R. The House of Ptolemy: A History of Egypt under the Ptolemaic Dynasty. Chicago: Ares Publisher, 1985.

Boorstin, Daniel J. La nariz de Cleopatra: ensayos sobre lo inesperado. Barcelona: Crítica, 1996.

Bradford, Ernle. Cleopatra. Barcelona: Salvat, 1995.

Burstein, Stanley M. The reign of Cleopatra. Norman: University of Oklahoma Press, 2007.

Cid López, Rosa María. «Cleopatra: mitos e historia en torno a una reina». En: *Studia histórica. Historia antigua,* 2000; 18: 119-141.

—, y González González, Marta (coord.). *Mitos femeninos de la cultura clásica: creaciones y recreaciones en la historia y en la literatura.* Oviedo: KRK Ediciones, 2003.

Claus, Manfred. Cleopatra. Madrid: Acento, 2001.

Chauveau, Michel. Cleopatra: Beyond the Myth. Ithaca: Cornell University Press, 2002.

Domínguez Arrand, Almudena (ed.). *Mujeres en la Antigüedad Clásica: género, poder y conflicto.* Madrid: Sílex Universidad, 2010.

Fraser, Peter Marshall. Ptolemaic Alexandria. Oxford: The Clarendon Press, 1972.

Gómez Espelosín, Francisco Javier y Pérez Largacha, Antonio. Egiptomanía. Madrid: Alianza Editorial, 1997.

Grant, Michael. Cleopatra. Roma: Newton Compton Editori, 1983.

Gruen, Erich S. The Last Generation of the Roman Republic. Berkeley: University of California Press, 1995.

Heinen, Heinz. Historia del helenismo: de Alejandro a Cleopatra. Madrid: Alianza Editorial, 2007.

Hölbl, Günther. A History of the Ptolemaic Empire. Londres: Routledge, 2001.

Hughes-Hallet, Lucy. Cleopatra. Milán: Sperling & Kupfer, 1999.

Kleiner, Diana E. E. *Cleopatra and Rome*. Cambridge: The Belknap Press of Harvard University Press, 2005.

Ludwig, Emil. Cleopatra. Barcelona: Ediciones Folio, 2004.

Martin, Paul Martin. Antoine et Cléopâtre,la fin d'un rêve. París: Albin Michel, 1991.

Mckenzie, Judith. The Architecture of Alexandria and Egypt 300 b.*C. to A.D. 700*. New Haven: Yale University Press, 2007.

Novillo López, Miguel Ángel. Breve Historia de Roma. Madrid: Nowtilus, 2012.

Pomeroy, Sarah. Women in Hellenistic Egypt from Alexander to Cleopatra. Nueva York: Schocken Books, 1984.

Roller, Duane W. Cleopatra: A biography. Oxford: Oxford University Press, 2010.

Rowlandson, Jane. Women & society in Greek & Roman Egypt. Cambridge: Cambridge University Press, 1998.

Tiradritti, Francesco. El antiguo Egipto: de las pirámides a Cleopatra: las maravillas de una gran civilización. Madrid: Electa, 2000.

Vanoyeke, Violaine. Los Ptolomeos: últimos faraones de Egipto. *Desde Alejandro Magno a Cleopatra*. Madrid: Alderabán, 2000.

Vázquez, Ana María. Historia del mundo antiguo, II. *El mundo mediterráneo hasta Augusto: macedonia, Alejandro Magno, reinos helenísticos, Roma I*. Madrid: Sanz y Torres, 2005.

Volkmann, Hans. Kleopatra: Politik und Propaganda. Múnich: Staandard Boekhandel, 1959.

Walker, Susan y Higgs, Peter. Cleopatra: Regina d'Egitto. Milán: Electa, 2000.

Wilkinson, Toby A. H. *Auge y caída del antiguo Egipto: historia de una civilización desde el año 3000 a. C. hasta la época de Cleopatra*. Barcelona: Debate, 2011.

Webgrafía

-www.artehistoria.jcyl.es/historia/personajes/4453.htm
Web gestionada por la Junta de Castilla y León que ofrece un amplio repertorio de biografías.

-www.terraeantiqvae.com/video/canal-de-historia-cleopatra-la
Web en la que se puede visualizar el documental producido por Canal Historia sobre la vida de la última reina de Egipto.

-www.coinarchives.com
Web con un amplio catálogo numismático.

-www.institutoestudiosantiguoegipto.com
Web del Instituto de Estudios del Antiguo Egipto.

-www.tudiscovery.com/egipto/faraones_reinas/cleopatra/index.shtml
Web del canal temático Discovery Channel dedicada a la historia de la civilización egipcia.

-www.fundclos.com
Web del Museu Egipci de Barcelona.

-www.perseus.tufts.edu
Web que permite la consulta de las obras más ilustres de la literatura griega.

-www.thelatinlibrary.com
Web que permite la consulta de las obras más ilustres de la literatura latina.

Colección Breve Historia...

- Breve historia de los samuráis, Carol Gaskin y Vince Hawkins
- Breve historia de los vikingos, Manuel Velasco
- Breve historia de la Antigua Grecia, Dionisio Mínguez Fernández
- Breve historia del Antiguo Egipto, Juan Jesús Vallejo
- Breve historia de los celtas, Manuel Velasco
- Breve historia de la brujería, Jesús Callejo
- Breve historia de la Revolución rusa, Íñigo Bolinaga
- Breve historia de la Segunda Guerra Mundial, Jesús Hernández
- Breve historia de la Guerra de Independencia española, Carlos Canales
- Breve historia de los íberos, Jesús Bermejo Tirado
- Breve historia de los incas, Patricia Temoche
- Breve historia de Francisco Pizarro, Roberto Barletta
- Breve historia del fascismo, Íñigo Bolinaga
- Breve historia del Che Guevara, Gabriel Glasman
- Breve historia de los aztecas, Marco Cervera
- Breve historia de Roma I. *Monarquía y República,* Bárbara Pastor
- Breve historia de Roma II. *El Imperio,* Bárbara Pastor
- Breve historia de la mitología griega, Fernando López Trujillo
- Breve historia de Carlomagno y el Sacro Imperio Romano Germánico, Juan Carlos Rivera Quintana
- Breve historia de la conquista del Oeste, Gregorio Doval
- Breve historia del salvaje oeste. *Pistoleros y forajidos.* Gregorio Doval
- Breve historia de la Guerra Civil Española, Íñigo Bolinaga
- Breve historia de los cowboys. Gregorio Doval
- Breve historia de los indios norteamericanos, Gregorio Doval
- Breve historia de Jesús de Nazaret, Francisco José Gómez
- Breve historia de los piratas, Silvia Miguens
- Breve historia del Imperio bizantino, David Barreras y Cristina Durán

- Breve historia de la guerra moderna, Francesc Xavier Hernández y Xavier Rubio
- Breve historia de los Austrias, David Alonso García
- Breve historia de Fidel Castro, Juan Carlos Rivera Quintana
- Breve historia de la carrera espacial, Alberto Martos
- Breve historia de Hispania, Jorge Pisa Sánchez
- Breve historia de las ciudades del mundo antiguo, Ángel Luis Vera Aranda
- Breve historia del Homo Sapiens, Fernando Diez Martín
- Breve historia de Gengis Kan y el pueblo mongol, Borja Pelegero Alcaide
- Breve historia del Kung-Fu, William Acevedo, Carlos Gutiérrez y Mei Cheung
- Breve historia del condón y de los métodos anticonceptivos, Ana Martos Rubio
- Breve historia del Socialismo y el Comunismo, Javier Paniagua
- Breve historia de las cruzadas, Juan Ignacio Cuesta
- Breve historia del Siglo de Oro, Miguel Zorita Bayón
- Breve historia del rey Arturo, Christopher Hibbert
- Breve historia de los gladiadores, Daniel P. Manix
- Breve historia de Alejandro Magno, Charles Mercer
- Breve historia de las ciudades del mundo clásico, Ángel Luis Vera Aranda
- Breve historia de España I, las raíces, Luis E. Íñigo Fernández
- Breve historia de España II, el camino hacia la modernidad, Luis E. Íñigo Fernández
- Breve historia de la alquimia, Luis E. Íñigo Fernández
- Breve historia de las leyendas medievales, David González Ruiz
- Breve historia de los Borbones españoles, Juan Granados
- Breve historia de la Segunda República española, Luis E. Íñigo Fernández
- Breve historia de la Guerra del 98, Carlos Canales y Miguel del Rey
- Breve historia de la guerra antigua y medieval, Francesc Xavier Hernández y Xavier Rubio
- Breve historia de la Guerra de Ifni-Sáhara, Carlos Canales y Miguel del Rey
- Breve historia de la China milenaria, Gregorio Doval
- Breve historia de Atila y los hunos, Ana Martos
- Breve historia de los persas, Jorge Pisa Sánchez
- Breve historia de los judíos, Juan Pedro Cavero Coll
- Breve historia de Julio César, Miguel Ángel Novillo López

- Breve historia de la medicina, Pedro Gargantilla
- Breve historia de los mayas, Carlos Pallán
- Breve historia de Tartessos, Raquel Carrillo
- Breve historia de las Guerras carlistas, Josep Carles Clemente
- Breve historia de las ciudades del mundo medieval, Ángel Luis Vera Aranda
- Breve historia del mundo, Luis E. Íñigo Fernández
- Breve historia de la música, Javier María López Rodríguez
- Breve historia del Holocausto, Ramon Espanyol Vall
- Breve historia de los neandertales, Fernando Diez Martín
- Breve historia de Simón Bolívar, Roberto Barletta
- Breve historia de la Primera Guerra Mundial, Álvaro Lozano
- Breve historia de Roma, Miguel Ángel Novillo López
- Breve historia de los cátaros, David Barreras y Cristina Durán
- Breve historia de Hitler, Jesús Hernández
- Breve historia de Babilonia, Juan Luis Montero Fenollós
- Breve historia de la Corona de Aragón, David González Ruiz
- Breve historia del espionaje, Juan Carlos Herrera Hermosilla
- Breve historia de los vikingos (reedición), Manuel Velasco
- Breve historia de Cristóbal Colón, Juan Ramón Gómez Gómez
- Breve historia del anarquismo, Javier Paniagua
- Breve historia de Winston Churchill, José Vidal Pelaz López
- Breve historia de la Revolución Industrial, Luis E. Íñigo Fernández
- Breve historia de los sumerios, Ana Martos Rubio

Próximamente...

- Breve historia de Napoleón, Juan Granados
- Breve historia de al-Ándalus, Ana Martos Rubio
- Breve historia de Fernando el Católico, José María Manuel García Osuna
- Breve historia del islam, Ernest Y. Bendriss
- Breve historia de la astronomía, Ángel Rodríguez Cardona